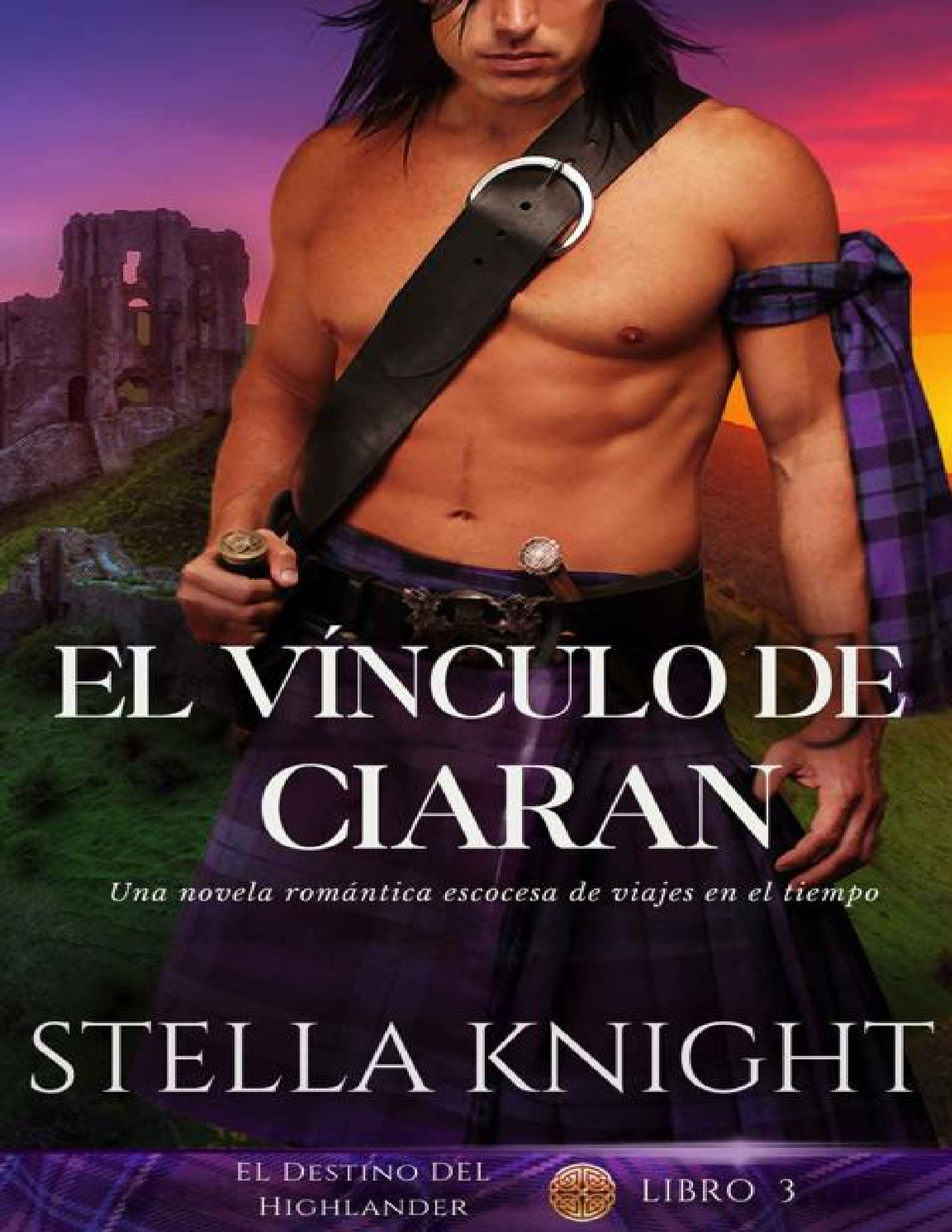




EL VÍNCULO DE CIARAN

Una novela romántica escocesa de viajes en el tiempo

STELLA KNIGHT

EL DESTINO DEL
HIGHLANDER



LIBRO 3

EL VÍNCULO DE CIARAN

EL DESTINO DEL HIGHLANDER

LIBRO TRES



STELLA KNIGHT

Derechos de autor © 2025 por Stella Knight

Todos los derechos reservados.

Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido, ni almacenado en un sistema de recuperación, ni transmitido de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de otra manera, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Vista Previa De La novia De Niall](#)

[La novia de Niall](#)

[También De Stella Knight](#)

[Sobre La Autora](#)

CAPÍTULO 1



Actualidad
Larkin, Escocia

Un escalofrío recorrió a Isabelle mientras maniobraba su coche de alquiler por las estrechas calles empedradas de Larkin. El pueblo, enclavado en las Tierras Altas de Escocia, era el destino previsto de su amiga Fiona, quien había desaparecido hacía meses.

¿Fue este el último pueblo que viste antes de desaparecer, Fiona? se preguntó Isabelle, apretando el volante con más fuerza. Este pintoresco pueblo apenas parecía un lugar para misteriosas desapariciones, pero recientemente se había enterado de otra mujer desaparecida: Kara Forrester, una periodista de Nueva York. Había desaparecido hacía unas semanas después de salir de su posada aquí en Larkin, la misma posada a la que Isabelle se dirigía ahora.

Isabelle exhaló un suspiro tenso mientras se detenía frente a la posada, la única en el pueblo, un edificio de ladrillo que parecía una gran cabaña. Apagó el motor y se recostó en su asiento, con el corazón latiendo con nerviosismo y anticipación.

Desde que llegó a Escocia hace un par de días, Isabelle había buscado sin descanso a Fiona, siguiendo los pasos de su amiga. Había volado a Aberdeen, tal como lo había hecho Fiona semanas atrás, antes de conducir hasta Inverness. Los posaderos del bed-and-breakfast donde se había alojado Fiona fueron tan poco útiles como la primera vez que Isabelle vino a buscar. Le habían contado la misma historia: la última vez que vieron a Fiona, había salido del bed-and-breakfast con sus materiales de dibujo, y se había ido sola.

Después de salir de Inverness, Isabelle había conducido hacia el oeste, deteniéndose en algunos pueblos pequeños por el camino, donde había mostrado la foto de Fiona a los clientes de posadas y pubs. Pero nadie la reconoció.

Isabelle miró su bolso en el asiento del copiloto. En él había guardado una carta que Fiona le había enviado semanas atrás, insistiendo en que estaba bien y urgiéndole a que no la buscara. Pero dado que Fiona había escrito la carta en un pergamino de aspecto antiguo sin dirección de remitente, Isabelle estaba suspicaz. Desaparecer de esa manera era tan impropio de la amable y considerada Fiona que la preocupación de Isabelle solo había aumentado. Como era verano y el instituto donde daba clases estaba de vacaciones, Isabelle había aprovechado la oportunidad para reanudar su búsqueda.

Y se había permitido considerar algo que antes había descartado. Cuando Fiona desapareció por primera vez, Isabelle había hablado con un camarero anciano en Inverness que le había contado sobre un pueblo, Tairseach, donde se rumoreaba que la gente simplemente... desaparecía. Isabelle lo había descartado como una superstición, pero desde que recibió la

misteriosa carta de Fiona, la historia había estado rondando su mente. Había intentado hablar de nuevo con el camarero, solo para enterarse de que había fallecido recientemente.

No te servirá de nada entretenerte con rumores supersticiosos, se dijo Isabelle. Necesitaba centrarse en los hechos para encontrar a su amiga.

Salió del coche, estirando sus miembros doloridos. Había conducido durante horas y había afectado a sus piernas. Se giró, observando las pintorescas calles de Larkin. El pequeño pueblo parecía sacado de una postal, con sus sinuosas calles empedradas y las casas y tiendas de estilo vintage que las bordeaban.

Mientras lo contemplaba, una oleada de determinación la invadió. Tal vez aquí hubiera respuestas. Respuestas que se le habían escapado antes.

Isabelle entró en el bed-and-breakfast, donde la recibió una mujer menuda de mediana edad que se presentó como Sophie.

—Aquí tienes tus llaves, querida —dijo Sophie, entregándole a Isabelle un juego de llaves después de registrarla—. Tu habitación es la primera puerta a la derecha por ese pasillo.

—Gracias —dijo Isabelle. Se mordió el labio mientras la estudiaba. Sophie quizás ya había respondido preguntas sobre Fiona a la policía, pero no perdía nada por preguntar más—. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Ha visto a esta mujer por casualidad?

Isabelle sacó su teléfono y se lo entregó a Sophie. En la pantalla había una foto de ella y Fiona; era la última foto que se habían tomado juntas fuera de un bar de mala muerte en Chicago. Isabelle la había llevado allí para consolarla por su ruptura con su prometido, Derek. Fue allí donde Isabelle había convencido a Fiona de venir a Escocia para su luna de miel... en solitario.

—Lo siento, querida. Me temo que no la reconozco —dijo Sophie con una sonrisa de disculpa.

El corazón de Isabelle se hundió. Pero deslizó el dedo hacia otra foto, esta vez de Kara Forrester, la otra mujer que había desaparecido en Larkin.

—¿Sabe algo sobre la desaparición de esta mujer? —preguntó Isabelle, esperando no sonar demasiado desesperada—. Desapareció de su posada hace unas semanas.

Sophie se puso tensa, su sonrisa amistosa desvaneciéndose. Miró a Isabelle con los ojos entrecerrados.

—¿Es usted de la prensa? —exigió—. Porque ya le dije a la policía todo lo que sé.

—No —dijo Isabelle con vehemencia—. Solo estoy buscando a mi amiga. Yo... pensé que tal vez había un vínculo entre sus desapariciones.

—No sabría decirle si lo hay —respondió Sophie—. Lamento lo de su amiga, de verdad. Pero no sé nada. Tendría que ir a la policía.

Isabelle se tragó su decepción, asintiendo temblorosamente. No serviría de nada presionar a Sophie para obtener información que no tenía. Se giró para dirigirse a su habitación.

—Espere.

Isabelle se dio la vuelta. La expresión de Sophie se suavizó; le hizo un gesto para que volviera al mostrador.

—Lo siento. Hemos tenido reporteros entrometidos y teóricos de la conspiración molestándonos desde que la señorita Forrester desapareció. Puedo decirte esto: Kara solo se quedó aquí una noche antes de desaparecer. No le dijo una palabra a nadie. Un amigo suyo, Jon, llamó y preguntó por ella después de que desapareció. Él podría decirte más. Puedo darte su información de contacto si quieres.

—Gracias —susurró Isabelle, sintiendo una oleada de algo que no había experimentado desde que Fiona desapareció. Esperanza.

Cuando Isabelle se instaló en su habitación momentos después, se apoyó contra la puerta, mirando el trozo de papel donde Sophie había escrito la información de contacto de Jon. Solo podía rezar para que él supiera algo que pudiera ayudarla.

Las lágrimas le escocían los ojos mientras pensaba en Fiona. Le había tomado cariño tan pronto como comenzó a trabajar como profesora de arte en el mismo instituto donde Isabelle enseñaba inglés. Habían pasado muchas horas de almuerzo en la sala de profesores quejándose de los estudiantes revoltosos, los compañeros molestos y sus míseros salarios. Su relación pronto floreció de compañeras de trabajo amistosas a mejores amigas a medida que se conocían. Aunque eran diferentes en cuanto a personalidad —Fiona era más tímida y reservada, Isabelle audaz y extrovertida— tenían mucho en común. Ambas eran apasionadas de las materias que enseñaban; Fiona amaba el arte y era una artista hábil por derecho propio, Isabelle amaba la literatura clásica e intentaba transmitir esa pasión a sus estudiantes. Ambas tenían poco en cuanto a familia: sus padres habían muerto hacía mucho tiempo, aunque Isabelle tenía un hermano, Scott, con quien era muy cercana.

Ella y Fiona se habían convertido en familia en cierto sentido, y Scott quería a Fiona como a una hermana. Había ayudado a Isabelle en su búsqueda de Fiona cuando desapareció por primera vez y regularmente contactaba a la policía en Inverness para obtener actualizaciones en nombre de Isabelle.

La culpa le aguijoneó el pecho mientras pensaba en Scott; él vivía en Edimburgo, donde trabajaba como profesor de clásicos en la Universidad de Edimburgo. Le debía una llamada telefónica. Apenas había estado en contacto con él desde que llegó a Escocia; su búsqueda de Fiona había consumido la mayor parte de su tiempo. Pero se dirigía a Edimburgo para una visita prolongada con él y su esposa después de su búsqueda. Esperaba que Fiona estuviera a su lado cuando lo hiciera.

Sacó su teléfono, mirando la foto de su amiga sonriente.

—Fiona —susurró Isabelle a la foto de su amiga—. ¿Dónde demonios estás?



—ESPERA, ¿tú también recibiste una carta? —preguntó Jon con incredulidad.

Era temprano a la mañana siguiente, e Isabelle había programado una llamada en línea con Jon para discutir la desaparición de Kara.

Ahora, él la miraba fijamente desde la pantalla de su portátil, con los ojos abiertos de asombro.

—Sí —dijo Isabelle, su corazón acelerándose.

—Recibí algo similar de Kara —dijo Jon lentamente—. Era una carta escrita en pergamino. Escribió que no podía decirme dónde estaba, pero que es feliz donde está y que no la busque.

Isabelle se reclinó en su silla, su mente dando vueltas.

—Eso no puede ser una coincidencia —susurró.

—No —coincidió Jon—, no puede serlo. Pero... escucha. Me duele que no me dijera que planeaba irse para siempre y que elija no mantener el contacto, pero le creo cuando dice que está a salvo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Isabelle, su cuerpo tensándose—. ¿No quieres encontrarla?

—Sí quiero, más que nada. Pero conociendo a Kara, me patearía el trasero por rastrearla en contra de sus deseos. No te culpo por querer encontrar a tu amiga, y no estoy sugiriendo que no

deberías. Pero voy a dejar a Kara en paz.

Isabelle cerró los ojos, apretando los dientes con frustración. Había esperado que Jon se uniera a ella en la búsqueda, especialmente dadas las similitudes en las desapariciones de sus amigas.

—Bueno, necesito confirmar con mis propios ojos que Fiona está a salvo —dijo Isabelle con firmeza—. ¿Kara te dijo algo? ¿Algo... raro antes de irse? ¿Algo que indicara que no tenía intención de volver?

—Bueno —dijo Jon, tras una larga pausa—. Nos reunimos para almorzar antes de que volara a Escocia. Y habló de algunas cosas raras durante nuestra comida.

—¿Como qué?

—Me preguntó si creía en... alienígenas. Lo sobrenatural. Que había algo que su difunta abuela quería que hiciera, pero no me dijo qué era.

Isabelle se quedó inmóvil, su mente yendo inmediatamente a Tairseach.

—Básicamente le dije que lo hiciera, que hiciera esa cosa misteriosa que su abuela quería —continuó Jon, con una expresión de culpa cruzando su rostro—. No tienes idea de cuánto me arrepiento de haber dicho eso ahora. Claramente influyó en su decisión de irse... para siempre. Pero por su carta, dondequiera que esté... es feliz. Mira, desearía poder ser de más ayuda, Isabelle.

Isabelle suspiró, frotándose las sienes. Parecía que cuantas más preguntas hacía, más preguntas surgían, como un frustrante juego de golpear topos. Kara le preguntó a Jon si creía en lo sobrenatural antes de desaparecer. ¿Por qué? ¿Sabía ella sobre Tairseach? ¿Estaba Tairseach vinculado a algo sobrenatural? La inquietud la invadió mientras pensaba en las rumoreadas desapariciones allí.

—Y... hay una cosa más —insinuó Jon.

—¿Qué?

—Antes de recibir la carta de Kara, hice algunas averiguaciones por mi cuenta. Hice algunas llamadas. Uno de mis contactos me habló de rumores sobre un lugar llamado Tairseach.

Isabelle se quedó helada, su corazón saltando a su garganta. Jon la miró a los ojos, dándole un sombrío asentimiento mientras observaba su expresión.

—Supongo que has oído hablar de él.

—Sí —dijo Isabelle, lamiéndose los labios secos.

—Bueno, mi contacto me dijo que hay un rumor que queda enterrado entre todas las historias de desapariciones. Uno bastante grande.

—¿Y cuál es?

Jon parecía reacio a continuar, reclinándose en su silla y pasándose una mano por el pelo.

—Jon —dijo Isabelle—. Por favor.

—Esto es una locura y no lo creo ni por un segundo. Pero el rumor es... que no es *dónde* están desapareciendo estas personas —dijo, manteniendo su mirada—. Es *cuándo*.

CAPÍTULO 2



1390

Castillo Aitharne

Ciaran apoyó la cabeza contra la fría pared de piedra del calabozo, cerrando los ojos. Su celda apestaba a tierra y orina, y el hedor a putrefacción flotaba en el aire. Había encerrado a muchos hombres en estos calabozos a lo largo de los años, pero como señor del Castillo Aitharne y jefe del Clan Aitharne, nunca pensó que pasaría tiempo en uno.

Abrió los ojos, observando cómo una rata corría por el sucio suelo de la celda. Se concentró en los movimientos de la rata, tratando de mantener su mente en blanco, intentando no pensar en el crimen por el que estaba encarcelado. Un crimen que no había cometido.

Unos pasos se acercaron a su celda, y Ciaran se obligó a ponerse de pie. Reconoció al guardia que se aproximaba: Angus, un joven cuya familia había ayudado durante la última plaga que azotó su región de las Highlands. Angus mantuvo los ojos fijos en el suelo, evitando la mirada de Ciaran.

—No pasa nada —dijo Ciaran con voz ronca. Podía notar que a Angus no le gustaba tener que retener a su jefe en los calabozos como si fuera un criminal—. Solo estás cumpliendo con tu deber.

Angus asintió de manera brusca, pero mantuvo la mirada en el suelo.

—Tu hermano y los nobles quieren verte —dijo Angus, abriendo la puerta de la celda y haciéndose a un lado. A regañadientes, tomó el brazo de Ciaran y lo condujo por el húmedo corredor que llevaba fuera de los calabozos.

—Deberías saber, mi señor —dijo Angus, bajando la voz, aunque eran los únicos en los calabozos. Ciaran se tensó al oír el título que Angus usó, el título del que había sido despojado formalmente el día anterior—. Tu hermano tiene pruebas que pretende usar en tu contra.

Un frío pavor recorrió su cuerpo, pero Ciaran mantuvo su expresión estoica.

—No esperaré otra cosa —murmuró Ciaran.

Su hermano Tavish era quien lo había hecho arrestar y encarcelar. Siempre había sabido que su hermano lo odiaba, pero cuando se dio cuenta de cuán profundo era ese odio, ya era demasiado tarde.

Ciaran intentó mantener la calma mientras Angus lo guiaba por las escaleras y por el corredor que conducía al gran salón. Mientras caminaban, los sirvientes que pasaban junto a ellos evitaban su mirada. Solo días atrás le respondían como señor; ahora era como si fuera un impostor en su propio castillo. La ira se arremolinó en su interior, pero mantuvo su expresión neutral, incluso cuando Angus lo condujo al gran salón.

Dentro del salón se encontraban una docena de nobles del clan. El único verdadero amigo entre ellos era un hombre alto, de cabello oscuro y barba, Lachaid, que había sido su amigo cercano desde que eran niños. Los ojos oscuros de Lachaid se encontraron con los suyos, con un destello de pesar cruzando su rostro. Lachaid había intentado en vano evitar el arresto y encarcelamiento de Ciaran, pero como líder del clan en lugar de Ciaran, Tavish tenía el mayor poder y se había negado.

Otro noble llamado Ramsey también parecía inseguro, apenas encontrando la mirada de Ciaran. A Ciaran siempre le había caído bien Ramsey, que era un hombre honorable, pero él también tuvo que inclinarse ante las órdenes de Tavish en lo que respectaba al arresto y encarcelamiento de Ciaran.

Tavish se sentaba en el centro de todos ellos, mirando fijamente a Ciaran. Aunque compartían la misma sangre, él y Tavish no se parecían en nada. Mientras Ciaran tenía el cabello oscuro, los ojos color avellana y la estatura imponente de su difunto padre, Tavish era rubio y robusto, con el cabello rubio y los ojos azules de su difunta madre, heredados de sus antepasados nórdicos.

Los ojos azules de Tavish brillaron con odio cuando Angus trajo a Ciaran ante él y se hizo a un lado.

—Has sido acusado del asesinato de nuestro querido hermano Eoin, quien era el segundo en la línea para sucederte como jefe en caso de tu muerte —dijo Tavish, elevando la voz para que todos los nobles en el salón pudieran oírlo.

Ciaran trató de no estremecerse al oír el nombre de su hermano, el hermano que había amado, el hermano que había sido salvajemente asesinado. El dolor, ardiente y feroz, se extendió por su pecho. *No merecías una muerte así, hermano, pensó. Debería haber estado allí para protegerte.*

—Ahora tenemos pruebas de que fuiste tú quien apuñaló a Eoin durante una discusión en tu cámara —continuó Tavish, con los ojos ahora brillando de triunfo. Se volvió para mirar detrás de Ciaran—. Podéis entrar.

Ciaran se tensó cuando dos hombres entraron en el salón detrás de él, acercándose a la larga mesa. Al verlos, la incredulidad se arremolinó en sus venas. Uno de los hombres era su mayordomo de confianza, Ian. El otro era un noble de alto rango que creía su amigo, Walrick.

Ninguno de los dos se encontró con su mirada, manteniendo los ojos fijos en los nobles frente a ellos. La ira reemplazó su dolor, y apretó los puños a los costados. ¿Qué les había ofrecido su hermano por sus mentiras?

—Estos testigos afirman que te vieron asesinar a Eoin —continuó Tavish—. ¿Qué tienes que decir ante sus acusaciones?

Ciaran se volvió para estudiar a Ian y Walrick, los dos mentirosos. Ellos le devolvieron la mirada con nada más que frialdad. Apretó los dientes. ¿Cómo podían poseer tal deshonor? No deseaba nada más que cargar contra ellos, atacarlos por sus mentiras.

Pero había otra emoción que lo llenaba, una que superaba su ira e incluso su dolor.

Culpa. Culpa por no haber visto el odio que Tavish sentía por él, un odio que lo impulsó a asesinar a su hermano y culpar a Ciaran del hecho. Culpa por no haber protegido al gentil y bondadoso Eoin de la ira de su hermano. El enfoque de Ciaran había sido unidireccional, centrado solo en su poder como jefe y señor.

Antes de que su padre muriera, le había pedido a Ciaran que cuidara de sus hermanos. Que los protegiera. Y había fallado en su deber más importante.

—Soy culpable —dijo Ciaran, con una voz tan baja que apenas superaba un susurro.

Pero todos en el salón lo oyeron. Los ojos de los nobles se abrieron con sorpresa. Incluso Tavish pareció desconcertado.

Después de un largo momento de silencio atónito, Lachaid se puso de pie de un salto.

—¿Qué demonios estás haciendo, Ciaran? —rugió—. Tú no hiciste esto. Tú...

—¡Lachaid, toma asiento! —siseó Tavish—. O haré que te escolten fuera del salón.

—Soy culpable —repitió Ciaran, su voz más firme ahora—. Aceptaré el castigo que consideres apropiado.

—¡No, Ciaran! —gritó Lachaid—. ¿Qué estás...?

—Guardias, escolten a Lachaid fuera del salón —exigió Tavish.

Ciaran evitó los ojos aterrados de Lachaid mientras dos guardias lo escoltaban fuera del salón. Cuando Lachaid se había ido, en medio de una lluvia de maldiciones e improperios, Tavish volvió a centrar su atención en Ciaran.

—Ya que tu culpabilidad está confirmada, el castigo es la muerte —dijo Tavish, con una expresión de oscuro placer cruzando sus facciones—. Muerte por ahorcamiento. Tu sentencia se llevará a cabo en un día.

CAPÍTULO 3



Actualidad
Romarty, Escocia

Isabelle estacionó su coche de alquiler frente a una pequeña cabaña y bajó, observándola con leve ansiedad.

Después de soltar la bomba sobre personas que desaparecían "en el tiempo", Jon la había dirigido aquí, al remoto pueblo de Romarty donde vivía una mujer llamada Kensa. Según Jon, un lugareño le había dicho que ella sabía mucho sobre las misteriosas desapariciones.

Respiró hondo mientras se acercaba a la puerta principal, esperando que esto no fuera una búsqueda inútil. Era temprano por la mañana y aún sufría de jet lag; no había podido dormir después de colgar el teléfono con Jon.

Por favor, funciona, suplicó en silencio mientras levantaba la mano para llamar a la puerta. *Por favor, sabe algo*.

Antes de que pudiera llamar, la puerta se abrió de golpe, e Isabelle parpadeó sorprendida ante la mujer que la recibió. Jon había mencionado que Kensa era anciana, pero la esbelta mujer de cabello oscuro que la estudiaba ahora no podía tener más de treinta años.

—Hola —dijo Isabelle, forzando una sonrisa—. Soy Isabelle. Estoy buscando a una mujer llamada Kensa. Hay... algo que necesito preguntarle.

La mujer la miró durante varios largos momentos, un destello de reconocimiento iluminando sus ojos oscuros. Finalmente, dio un paso atrás y le hizo un gesto para que entrara.

—Soy Kensa. Por favor, pasa.

Isabelle obedeció, sorprendida por su disposición a invitarla a entrar a pesar de no tener idea de quién era o exactamente por qué estaba allí. Isabelle observó la sala de estar al entrar; estaba desordenada y repleta de libros de aspecto antiguo y muebles viejos y desgastados.

Se detuvo frente a un impactante cuadro que colgaba en una pared lateral. Un hombre con el atuendo completo de las Tierras Altas medievales la miraba ceñudo desde el retrato; era bajo y calvo con ojos fríos. Aunque solo era un retrato, un escalofrío recorrió a Isabelle al verlo.

—Colecciono pinturas antiguas —dijo Kensa, siguiendo su mirada—. Encontré esta en una venta de antigüedades en Inverness. Ese retrato es de Artair Brothaig. Fue ahorcado en 1392 por traicionar a varios clanes y beneficiarse de sus conflictos. No era un hombre agradable. —Frunció el ceño al retrato antes de indicarle a Isabelle un sillón mullido en la esquina—. Probablemente termine vendiéndolo de vuelta. Por favor, siéntate. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Té? ¿Agua?

—Estoy bien —dijo Isabelle, apartando la mirada del retrato mientras se sentaba en el borde

de la silla—. Lamento molestarte, seré breve. Vine aquí porque...

—Quieres saber sobre las desapariciones —dijo Kensa con calma, tomando asiento frente a ella.

Isabelle se quedó paralizada, mirando a Kensa con cautelosa sospecha. ¿Cómo lo sabía?

—No eres la única persona que ha venido aquí preguntando sobre las desapariciones —dijo Kensa con una sonrisa cortés, respondiendo a la pregunta silenciosa en los ojos de Isabelle.

Isabelle tragó saliva con dificultad, metiendo la mano en su bolso para sacar su teléfono. Deslizó hasta una foto de Fiona antes de entregárselo.

—Mi amiga Fiona desapareció en esta zona hace unos meses —dijo Isabelle—. Me envió una carta de la nada insistiendo en que estaba bien y que no la buscara. Pero... no es propio de ella hacer algo así. Todavía estoy preocupada por ella.

Kensa apenas miró la foto de Fiona antes de fijar su oscura mirada en Isabelle durante un momento tan largo que la hizo sentir incómoda.

—Entonces tal vez deberías atender su petición —dijo Kensa, devolviéndole el teléfono a Isabelle.

—No hasta que sepa con certeza que está a salvo —dijo Isabelle, negando con la cabeza—. Si sabes algo...

Estudió a Kensa, esperando que le diera algo, cualquier cosa. Pero la expresión de Kensa permaneció estoica.

—A veces la gente simplemente desaparece —murmuró Kensa.

—No, no lo hacen —dijo Isabelle, tratando de mantener un tono uniforme—. Mira, la persona que me envió aquí, dijo algo sobre... algo sobre personas que desaparecen en el tiempo. Y cuando estaba buscándola por primera vez, alguien me habló de un lugar llamado Tairseach, un lugar donde la gente desaparece. Sé que suena una locura, pero ¿puede estar todo relacionado?

—Ah, Tairseach —dijo Kensa, inclinándose hacia adelante en su silla, con la mirada fija en Isabelle—. ¿Qué más sabes sobre Tairseach?

—Solo que significa portal en gaélico —dijo Isabelle con cautela—. Pero... no puedo encontrarlo en un mapa, y mis búsquedas en internet no arrojan nada sobre el lugar.

—No lo encontrarás en ningún mapa —dijo Kensa—. En este tiempo, solo las personas con la capacidad de viajar pueden verlo.

El cuerpo de Isabelle se puso rígido. Un escalofrío helado se enroscó alrededor de su corazón y su boca se secó. El rostro de Kensa permaneció sereno, como si solo estuvieran teniendo una charla casual sobre el clima.

—¿De qué estás hablando? —respiró Isabelle—. ¿Viajar? ¿Qué quieres decir con la capacidad de viajar? ¿Viajar a dónde?

—Ya lo sabes —dijo Kensa, dedicándole una sonrisa enigmática—. Simplemente aún no te has dado cuenta.

La ira quebró su inquietud e Isabelle la fulminó con la mirada. Estaba harta de los comentarios crípticos.

—Fiona es como una hermana para mí. Si sabes algo que pueda ayudar, te lo pido... —Isabelle tomó un respiro profundo, suavizando su tono—. Te lo suplico. Por favor, dímelo.

Kensa permaneció en silencio, pero Isabelle vio un atisbo de compasión en sus ojos.

—No sé si estás lista para esto —murmuró Kensa—. Es raro que una de vosotras me encuentre. Normalmente soy yo quien os encuentra.

—Por favor, basta de vaguedades. No sé de qué estás hablando —dijo Isabelle, apretando los

puños en su regazo.

—Tairseach es, en efecto, un portal —dijo Kensa, tras una breve pausa—. Hace mucho tiempo, durante la época de los celtas, fue el hogar de colonos druidas. Sobrevivió a la invasión romana, pero un día los colonos simplemente... desaparecieron. Esos colonos son mis antepasados.

—De acuerdo —dijo Isabelle lentamente, preguntándose qué demonios tenía que ver esto con Fiona y las desapariciones actuales.

—Desde entonces —continuó Kensa—, ciertas personas que vienen a Tairseach también desaparecen. Pero no se desvanecen sin más. Caen a través del tiempo.

Isabelle miró fijamente a Kensa, pero ella le devolvió la mirada con absoluta sinceridad. Isabelle no sabía si reír o llorar. Cerró los ojos, hundiendo los hombros. ¿Por qué había entretenido esta idea loca sobre personas desapareciendo en el tiempo? Había esperado que Kensa tuviera información real... alguna explicación razonable sobre dónde podría haber ido Fiona.

Como alguien que se ganaba la vida enseñando inglés y amaba los libros, Isabelle tenía una imaginación saludable. Pero los viajes en el tiempo estaban llevando las cosas demasiado lejos.

—Gracias por hablar conmigo —dijo Isabelle, poniéndose de pie y forzando una sonrisa—. Me iré ya.

—Ah —dijo Kensa, sacudiendo la cabeza—. Como viniste a mí, pensé que era tu momento de... —suspiró, dejando la frase sin terminar.

—¿Mi momento de qué?

—No importa. Sigue tu camino. Pero yo confiaría en la carta de tu amiga. Está justo donde debe estar. No te servirá de nada seguir buscándola.

—¿Hay algo más que no me estás diciendo? —exigió Isabelle—. Kensa... por favor.

—Te he dicho todo lo que necesitas saber. No estás lista. Eliges no escuchar.

Isabelle apretó los dientes. ¿Y si esta era su última oportunidad viable de encontrar a Fiona? Se sentó de nuevo, obligándose a calmarse.

—Dijiste que las personas que desaparecen en Tairseach... caen a través del tiempo —dijo. No podía creer que estuviera considerando esto, pero estaba desesperada—. ¿A qué época? ¿La era victoriana? ¿La época romana? ¿Y cómo sabes que están viajando en el tiempo?

Kensa no respondió, poniéndose de pie y caminando hacia la puerta. Se giró, dedicándole a Isabelle una sonrisa triste.

—Puedes irte ahora, Isabelle.

—Estoy dispuesta a escucharte —dijo Isabelle, su desesperación aumentando—. ¿Puedes contarme más?

—No estás lista. Por favor, vete.

La puerta se abrió de golpe, e Isabelle jadeó. Kensa no había hecho ningún movimiento para abrir la puerta; no era un día ventoso.

—¿Tú... tú hiciste eso? —susurró Isabelle.

—Puedes irte de mi casa ahora.

—Por favor —dijo Isabelle, poniéndose de pie—. Lo... lo siento por mi escepticismo anterior. Puedo aceptar que está pasando algo aquí que aún no puedo entender. *Estoy* lista. Por favor... cuéntame más.

La puerta se cerró lentamente. Isabelle contuvo la respiración, segura de que Kensa lo había hecho.

Kensa se acercó a ella, e Isabelle notó algo que había pasado por alto antes. Ahora había

mechones grises en el pelo de Kensa y patas de gallo bien definidas alrededor de sus ojos. Mientras que había parecido tener treinta años cuando Isabelle llegó a su puerta, ahora parecía estar a mediados de los cuarenta. Era como si hubiera envejecido quince años en los últimos quince minutos.

El pulso de Isabelle latía salvajemente en la base de su garganta al darse cuenta de que algo estaba pasando aquí. Algo más allá de su comprensión... algo sobrenatural. Necesitaba dejar de lado su escepticismo.

—Muy bien —dijo Kensa—. Pero... es mejor si te lo muestro.



MOMENTOS DESPUÉS, Isabelle y Kensa se detuvieron a un lado de la carretera, saliendo del coche de alquiler. Habían conducido solo durante veinte minutos con Kensa en el asiento del copiloto. Había dirigido a Isabelle hacia dónde ir, pero se negó a decirle exactamente adónde iban.

Cuando Isabelle salió del coche, observó su destino. Habían llegado a un pueblo abandonado lleno de viejos edificios en ruinas y los restos de un castillo en sus afueras. Isabelle lo examinó, llenándose de tensión.

—¿Es esto? —preguntó Isabelle—. ¿Tairseach?

Kensa lo contempló con tranquila reverencia, y cuando se volvió para mirarla, Isabelle ahogó un grito. Kensa ahora parecía tener unos sesenta años; su pelo era mayormente gris, su rostro salpicado de arrugas. Isabelle la observó con aturrido asombro, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué está pasando? —exigió Isabelle—. ¿Quién eres?

—Alguien que quiere ayudar —dijo Kensa simplemente. Se llevó la mano al pelo, exhalando un suspiro—. Un efecto secundario de mis habilidades, me temo. Ven, Isabelle. Esto es lo que estabas buscando. Y sí, esto es Tairseach.

Isabelle tenía un millón de preguntas, pero se obligó a seguir a Kensa hacia las ruinas. Miró alrededor del pueblo fantasma medieval, reprimiendo un escalofrío. ¿Era aquí donde Fiona había desaparecido? ¿Kara Forrester? ¿Tantos otros?

—¿Está... está Fiona cerca? —preguntó Isabelle, mientras una repentina inquietud se apoderaba de ella.

Kensa no respondió, continuando su camino a través del pueblo hasta llegar a la entrada del castillo. Isabelle la siguió, frotándose los brazos para entrar en calor mientras la suave brisa que los rodeaba de repente se intensificaba.

Kensa permaneció en silencio e inmóvil, contemplando las ruinas del castillo. El viento fue aumentando gradualmente a su alrededor, azotando el cabello oscuro de Isabelle, y ella tuvo que esforzarse para mantenerse erguida.

—¿Qué querías que viera? —gritó Isabelle por encima de la fuerza del viento creciente.

—Soy una *stuireadh* —la voz de Kensa era baja, pero Isabelle podía oírla claramente, incluso por encima del rugido del viento—. Ayudo a los viajeros a llegar a donde necesitan estar. Fiona no pertenecía a esta época.

Un pánico creciente invadió a Isabelle, y retrocedió tambaleándose. El viento era ahora violento, y no sabía cuánto tiempo más podría mantenerse en pie.

Pero el viento parecía no tener ningún efecto en Kensa. Le dirigió a Isabelle una mirada de absoluta calma.

Está loca, pensó Isabelle con horror, dando otro paso vacilante hacia atrás.

—¿Qué hiciste? —gritó Isabelle—. ¿Qué le hiciste a Fiona?

Kensa se acercó a ella, agarrándola por los brazos. La sonrisa que le dio a Isabelle no era cruel ni siniestra. Estaba llena de genuina calidez.

—La envié a donde verdaderamente pertenece. Tú tampoco perteneces aquí, Isabelle. Es hora de que te vayas.

Kensa la soltó, e Isabelle perdió el control de su cuerpo. Gritó mientras el viento la succionaba hacia atrás, levantándola del suelo, y todo su mundo se volvió negro.

CAPÍTULO 4



1390

Castillo de Aitharne

Ciaran estaba acurrucado en una esquina de su celda, con la cabeza entre las manos, y la memoria de los ojos llenos de odio de Tavish inundando sus pensamientos. No se arrepentía de haber confesado su culpa; era cierto. Aunque no había matado a su hermano con sus propias manos, era culpable de no haberlo protegido. Le había fallado a su familia. Y por eso merecía su castigo.

—Maldito necio.

Levantó la mirada. Lachaid estaba junto a la puerta de su celda con el ceño fruncido, sosteniendo un saco a su lado. Ciaran se apartó de él, cerrando los ojos.

—Déjame en paz, Lachaid.

—Si crees que voy a dejar que mueras y que ese hermano tuyo asesino quede al mando, eres un necio.

Ciaran se estremeció ante las palabras de Lachaid. Aunque sabía que era cierto, le dolía pensar en Tavish como un asesino.

Se dio la vuelta, sobresaltado, al oír el tintineo de una llave abriendo la puerta de la celda. Lachaid abrió la puerta de par en par, guardándose la llave en el bolsillo.

—¿Qué estás haciendo? —exigió Ciaran, poniéndose de pie con dificultad. Se preparó para que Angus entrara en la celda en cualquier momento, con la espada desenvainada.

—Te estoy liberando —dijo Lachaid con calma, levantando sus espesas cejas—. Hay un caballo y un saco con provisiones esperándote junto a los establos, pero no tenemos mucho tiempo.

—No —dijo Ciaran rápidamente—. No dejaré que te cuelguen por mi culpa.

—Tu guardia Angus te respeta. Accedió a mirar hacia otro lado, a hacer que parezca que un forastero te rescató. Sabe que no mataste a tu hermano. Ahora, si no sales de esta celda, iré a decirles a los nobles que te ayudé a matar a Eoin.

—Lachaid...

—Digo la verdad, Ciaran —dijo Lachaid, sosteniéndole la mirada.

Ciaran estudió a su amigo; sabía que hablaba en serio. Como hijo de un noble del clan, Lachaid y Ciaran habían crecido juntos; era tan cercano a él como cualquier hermano. Lachaid era ferozmente leal y nunca se retractaba de su palabra.

—Eres un bastardo terco —murmuró Ciaran, aunque le dedicó una sonrisa a regañadientes mientras salía de la celda.

—Al igual que tú —dijo Lachaid. Metió la mano en su saco y sacó una capa—. Póntela. Mantén la cabeza baja.

Ciaran obedeció, colocándose la capa sobre la cabeza y el cuerpo, siguiendo a Lachaid fuera de las mazmorras. Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras se movían, esperando ser atrapados en cualquier momento, pero mantuvo la mirada fija en el suelo.

Había algunos sirvientes deambulando por el pasillo cuando salieron de las mazmorras y entraron al castillo, pero nadie los miró. Ciaran contuvo la respiración hasta que salieron del castillo y llegaron a la parte trasera de los establos. Allí, un caballo lo esperaba, con una espada envainada y un saco de provisiones colgados sobre su flanco.

—Sal de las tierras de Aitharne —dijo Lachaid, mientras Ciaran se quitaba la capa y montaba el caballo—. Los nobles en el poder son en su mayoría leales a tu hermano, pero hay algunos de tu lado. Intenta hacerme llegar mensajes si puedes; tengo algunos mensajeros de confianza en el castillo. Voy a hacer todo lo posible para limpiar tu nombre mientras estés fuera. No vuelvas a menos que traigas un ejército contigo. Tavish está decidido a verte colgado.

Ciaran miró a Lachaid desde arriba, agarrando las riendas del caballo, con una oleada de emoción recorriéndole el cuerpo. Quería agradecer a su amigo, expresar su gratitud por estar a su lado cuando tantos otros le habían dado la espalda, pero no le salían las palabras.

Lachaid lo conocía bien y pareció entender las palabras que no podía decir.

—Tú harías lo mismo por mí —dijo Lachaid con brusquedad, dando un paso atrás—. Ahora vete, antes de que vuelvan los mozos de cuadra.

Ciaran le hizo un gesto con la cabeza a Lachaid y se volvió para alejarse cabalgando del castillo, manteniendo la cabeza gacha. Resistió el impulso de volverse y mirar el castillo de piedra con torreones que había sido su hogar durante toda su vida. En su lugar, mantuvo la mirada fija en el camino que tenía por delante.

Ahora que había escapado, oficialmente era un forajido. La ira llenó su pecho, reemplazando la culpa y la desesperación que había sentido en su celda. No podía dejar que Tavish se saliera con la suya. La muerte de Eoin no quedaría sin venganza. De alguna manera limpiaría su nombre y volvería a su castillo para enfrentarse a su hermano y hacerle responder por lo que había hecho.

Por primera vez desde su arresto, la determinación creció dentro de él. Ciaran golpeó los costados de su caballo, instándolo a ir más rápido. Cuanto antes encontrara un lugar seguro para refugiarse, antes podría hacer su plan para regresar.

Ciaran siguió el consejo de Lachaid, cabalgando hasta salir de las tierras de Aitharne. Pronto entró en las tierras de un clan vecino, el Clan McCrosain. Eran un clan amistoso, aliados del Clan Aitharne, pero aun así necesitaba mantenerse fuera de la vista. No quería que cargaran con la responsabilidad de dar refugio a un fugitivo.

Ciaran guio a su caballo hacia un bosque que bordeaba el extremo de los extensos páramos verdes, deteniéndose cuando llegaron a un claro. Tendría que acampar por la noche hasta que decidiera adónde ir.

Hacía tiempo que no pasaba la noche al aire libre; sus expediciones de caza solo lo alejaban del castillo durante unas horas. Ató su caballo a un árbol, y una sensación de calma lo invadió mientras montaba el campamento. Había pasado los últimos días en una celda estrecha y sucia. Se sentía bien estar al aire libre, con su aire fresco perfumado con tierra húmeda y pino. Un arroyo serpenteaba por el claro, y el sonido del agua goteando sobre las rocas lo tranquilizaba.

Lachaid había incluido provisiones de comida en su bolsa: pan y cerveza. Devoró el pan, aunque solo satisfizo parcialmente el hambre que le roía las entrañas. Había dado por sentados los suntuosos festines que tenía en el gran salón a diario, con los cocineros preparando sus

comidas favoritas de succulentos guisos y carnes asadas.

Una repentina tristeza lo invadió, no por las comodidades cotidianas del castillo, sino por la sensación de aislamiento que se apoderó de él. Amaba el Castillo Aitharne, desde su miriada de cámaras y pasillos serpenteantes, hasta el gran salón donde había disfrutado de muchos festines. El castillo estaba lleno a rebosar de trabajadores y sirvientes que habían trabajado allí desde antes de que él fuera un crío, muchos de los cuales eran como familia para él. El Castillo Aitharne había pertenecido a su familia y clan durante varias generaciones. Pero Tavish había profanado su hogar con el asesinato de Eoin.

Terminó su pan, dando un trago de cerveza. No serviría de nada darle vueltas a la traición de Tavish. Necesitaba concentrarse en lo que haría a continuación.

Sus pensamientos divagaron hacia un amigo cercano: Gabhran. Vivía no lejos de estas tierras con su esposa y su hija pequeña. Ciaran era reacio a ponerlos en riesgo a él y a su familia escondiéndose con ellos, pero Gabhran era su aliado más cercano, y tenía los recursos y los hombres para ayudarlo.

Empezaba a oscurecer. Ciaran dejó a un lado los pensamientos sobre Gabhran mientras usaba su capa como una cama improvisada, acostándose y dejando que su pesada fatiga se apoderara de él.



CIARAN DESPERTÓ con el sonido de un chapoteo y una maldición ahogada. Se puso de pie al instante, su mano volando hacia la empuñadura de su espada.

En la cercana distancia, escuchó más chapoteos. Empuñando su espada, salió del claro, siguiendo el arroyo hacia el sur.

Se quedó inmóvil cuando llegó a la fuente de los chapoteos, el asombro lo dejó paralizado.

Una hermosa muchacha en calzones estaba de pie en la orilla del arroyo, tan mojada como una rata ahogada, sus ojos azules desorbitados por el miedo.

CAPÍTULO 5



Cuando el mundo volvió a enderezarse alrededor de Isabelle, se encontró chapoteando en un arroyo fangoso. Sobresaltada, miró a su alrededor con asombro. Parecía ser la mitad de la noche, y un espeso bosque la rodeaba. No había señal de Kensa, ni de Tairseach, por ninguna parte.

¿Cómo podía ser de noche? Apenas era mediodía cuando había llegado a Tairseach con Kensa.

El pánico le oprimió el pecho al recordar las palabras de Kensa, justo antes de soltarle los brazos. *Tú tampoco perteneces aquí, Isabelle. Es hora de que te vayas.*

Isabelle se quedó paralizada al oír que alguien se acercaba; las ramitas crujían y las ramas se agitaban. Salió tropezando del arroyo, temblando por el frío del aire nocturno... y por el miedo.

Su corazón le dio un vuelco al ver a un hombre alto y de hombros anchos que emergía de un espeso grupo de árboles.

—¿Muchacha? —preguntó él—. ¿Estáis bien?

—¡Aléjese! —gritó Isabelle, notando la *espada* que llevaba al costado. Intentó mantener la calma, asegurándose a sí misma que al menos no era una pistola.

Llevaba ropa medieval: una túnica oscura y un kilt, ambos manchados de tierra. No podía distinguir mucho de su rostro, ya que también estaba cubierto de mugre, pero sus ojos eran inconfundibles; de un color avellana que era una impresionante mezcla de marrón, gris y verde.

—No voy a haceros daño, muchacha —dijo, levantando las manos y arrojando su espada a un lado—. ¿Dónde está vuestra escolta?

—¿Escolta? —repitió Isabelle. Apenas podía entender su fuerte acento escocés, y aún estaba preocupada por su vestimenta medieval.

—Aye —dijo él, frunciendo el ceño con preocupación—. Una muchacha no debería viajar sola de noche sin escolta. ¿Dónde está vuestro caballo? ¿Os ha ocurrido algo malo a vos o a vuestra escolta?

Isabelle se limitó a mirarlo fijamente, con la garganta seca. Y de repente, el recuerdo de las palabras de Kensa la golpeó.

Ayudo a los viajeros a llegar a donde necesitan estar. Fiona no pertenecía a esta época.

No desaparecen sin más. Caen a través del tiempo.

Solo aquellos con la capacidad de viajar pueden verlo.

Isabelle soltó una risa aguda, tropezando hacia atrás. Esto era una broma. Tenía que serlo. Una broma loca y ridícula.

Pero el hombre la miraba con absoluta sinceridad. Respiró temblorosa.

—¿Qué... qué año es?

—¿Qué año es? —repitió el hombre, mostrándose aún más preocupado—. Muchacha, ¿estáis

segura de que...?

—Responda la pregunta, por favor.

—Es el año 1390 —dijo el hombre lentamente.

Isabelle cerró los ojos, agarrándose al árbol más cercano para mantenerse en pie. No podía ser 1390. Eso era imposible. Tenía que haber una explicación razonable.

—¿Puede... puede indicarme el camino más cercano? —susurró.

—No hay caminos cerca —dijo el hombre—. Los más próximos que encontraréis son fangosos y poco fiables, difíciles de distinguir en la oscuridad. Pero aunque pudierais, no es seguro que viajéis sola. ¿Es por eso que vais vestida con esos extraños calzones, como un muchacho? —preguntó, bajando su mirada preocupada hacia los vaqueros oscuros que llevaba, ahora salpicados de barro. Sus ojos luego se elevaron hasta su camiseta empapada y sucia, deteniéndose en el contorno de sus pechos. Su rostro se encendió ante su evaluación mientras él continuaba—: Pero es bastante obvio que sois una muchacha, y una bonita. Al menos esperad hasta la mañana para ponerlos en camino.

Isabelle lo fulminó con la mirada antes de darse la vuelta y alejarse. Eventualmente, oiría el sonido de coches o de un avión, o *algo* que la orientara.

—¿Adónde vais, muchacha? —exigió el hombre, siguiéndola.

—Lejos de aquí —espetó ella—. Por favor, deje de seguirme.

Para su sorpresa, él inmediatamente se detuvo. Pero solo sintió un pequeño alivio mientras avanzaba tropezando. El bosque solo parecía volverse más espeso cuanto más avanzaba. La inquietud la invadió; no había notado ningún bosque cercano cuando había llegado a Tairseach con Kensa.

Y luego estaba el silencio. El inquietante silencio. No había sonidos lejanos de coches o aviones.

Isabelle se detuvo, parpadeando para contener las lágrimas. ¿Cómo podía Kensa ser tan cruel? Isabelle debía haberse desmayado y, por alguna razón, Kensa la había dejado aquí en medio de la nada.

Pero había otra explicación. Isabelle respiró hondo, permitiéndose considerar lo imposible. Siempre les había dicho a sus estudiantes cuando escribían sus ensayos creativos y cuentos cortos que siempre consideraran lo imposible.

Recordó cómo Kensa parecía haber cerrado la puerta por sí sola, cómo parecía envejecer en tiempo real. Se permitió considerar la posibilidad de que Kensa de alguna manera la hubiera hecho viajar en el tiempo, y que aquel escocés corpulento le había estado diciendo la verdad, y que efectivamente estaba en 1390.

Oyó un crujido detrás de ella y se dio la vuelta, gritando cuando vio al hombre de pie a menos de veinte pies detrás de ella.

—Le dije que no me siguiera —dijo, poniendo una mano sobre su corazón acelerado.

—Nunca acepté eso. Solo quería asegurarme de que estuvierais a salvo.

El tono del hombre era amable, y ella se ablandó. Lo observó. Aunque acababa de conocerlo, había algo confiable en el hombre. A pesar de la aterradora espada que llevaba, no creía que quisiera hacerle daño.

—He estado acampando aquí por la noche. Si queréis acampar aquí también, tengo una capa para que descanséis sobre ella. Dormiré lejos de vos. No tendréis nada que temer de mí —dijo suavemente—. Sé que queréis iros, pero es mejor no viajar hasta el amanecer.

Isabelle tragó saliva, mirando alrededor una vez más. Tenía razón. No iba a ir a ninguna parte, sin importar en qué año estuviera, en esta oscuridad.

—Gracias —murmuró ella.

—Me llamo Ciaran —dijo él—. Ciaran de... —se interrumpió abruptamente, y una sombra cruzó su rostro.

—Yo soy Isabelle —dijo ella, llenando el silencio incómodo.

—Isabelle —repitió él lentamente, y algo en la forma en que pronunció su nombre hizo que una aguda punzada de consciencia la atravesara—. Permíteme escoltarte de vuelta a mi campamento.

Isabelle lo siguió, sacudiendo la cabeza como para deshacerse de la chispa de deseo que había sentido cuando él dijo su nombre. Posiblemente había aterrizado en otra época; no había tiempo para desmayarse por un misterioso escocés vestido con ropas medievales.

Respiró profundamente varias veces para calmarse mientras caminaban. Su cerebro aún se resistía a la idea de haber viajado en el tiempo, pero no había nada que pudiera hacer hasta que al menos pudiera ver sus alrededores. Y entonces, Dios mediante, encontraría un camino y una manera de volver a Tairseach. Kensa tenía algunas explicaciones que dar.

Llegaron a un claro, y Ciaran colocó una capa de cuadros en el suelo junto a una pequeña hoguera. Se enderezó, señalando al otro lado del claro.

—Estaré por allá. Si necesitas comida o bebida, hay algo en esa bolsa de allí. Si quieres quitarte la ropa embarrada, tengo una túnica limpia en esa bolsa también. Es lo suficientemente larga como para que la uses como vestido.

Isabelle asintió en señal de agradecimiento mientras él se dirigía al otro lado del claro y desaparecía de su vista. Una vez que se fue, ella metió la mano en su bolsa, congelándose al sacar una túnica. Ciertamente, esto no parecía una prenda de ropa moderna. Parecía hecha a mano, pero por alguien que sabía coser bien, y estaba hecha de una cómoda tela de lana.

Se quitó la ropa sucia y se puso la túnica, acomodándose en su improvisada cama. Miró fijamente al cielo estrellado de la noche, esperando contra toda esperanza ver un avión o cualquier cosa que indicara que aún estaba en el siglo XXI. Pero solo había una multitud de estrellas y la oscuridad del cielo nocturno.

Tiene que haber una explicación razonable, se dijo Isabelle con firmeza, cerrando los ojos. *Tiene que haberla.*



ISABELLE DESPERTÓ sobresaltada a la mañana siguiente. Se sentó, con el cuerpo dolorido por haber dormido en el suelo. Miró a su alrededor con una sensación de hundimiento. Había esperado que todo hubiera sido un sueño. Pero seguía en el mismo claro, vistiendo una túnica medieval.

Se puso de pie, cruzando el claro hacia donde Ciaran había desaparecido la noche anterior. Él podría ayudarla a llegar a la carretera más cercana de vuelta a Tairseach. Pero no lo encontró, y por un momento el pánico la invadió al preguntarse si se habría ido.

Escuchó salpicaduras en el arroyo, y su corazón se elevó de alivio.

Isabelle siguió el sonido corriente abajo y se quedó paralizada cuando encontró a Ciaran.

Ciaran se estaba limpiando en el arroyo... completamente desnudo. La suciedad y la mugre que lo cubrían la noche anterior habían ocultado un cuerpo esculpido y musculoso: desde un par de largas piernas ahusadas, músculos abdominales firmes, hombros anchos y una espalda ondulante. Estaba de espaldas a ella, gracias a Dios, y no parecía notar que ella estaba allí mientras se lavaba con las manos.

Isabelle tragó saliva, preguntándose cómo debería hacerse notar, pero fue incapaz de hablar. Ciaran se dio la vuelta, y el deseo ardiente que ardía dentro de ella se disparó. La mugre y la oscuridad de la noche anterior no solo habían ocultado un cuerpo impresionante, sino también un rostro sorprendentemente atractivo. Tenía una boca generosa, una mandíbula cincelada con un par de días de crecimiento de barba incipiente y una nariz aristocrática. Abrió los ojos, e Isabelle tuvo que ahogar un jadeo. Sus ojos eran aún más deslumbrantes a la luz del día: sus tonos grises y verdes resaltados por el sol. Era, con diferencia, el hombre más hermoso que jamás había visto.

Solo la mirada de sorpresa en los impresionantes ojos de Ciaran la hizo volver en sí. Se apartó de él, tragando con dificultad.

—Y-yo lo siento —tartamudeó—. No te vi cuando desperté, así que vine a buscarte.

—Está bien, muchacha —dijo él, y ella habría jurado que escuchó un rastro de diversión en su voz.

Pasó un largo rato de silencio, y ella esperó —rezó— que se estuviera vistiendo. Pronto, sintió su mano en su hombro, haciéndola girar para mirarlo.

Era aún más guapo de cerca. Aquellos ojos multicolores estaban fijos en los suyos con intensa concentración. Ella dio un paso atrás, dolorosamente consciente de cómo debía verse. Su cabello oscuro estaba despeinado, aún había rastros de suciedad en su piel del arroyo fangoso, y debía oler terrible.

—Lo siento —dijo ella de nuevo, tontamente. Notó con fastidio que él solo estaba medio vestido; llevaba un kilt de cuadros ceñido, y su abdomen musculoso y reluciente estaba demasiado cerca de su cuerpo. Dio otro paso atrás—. Ah... ¿vas a ponerte una camisa?

Él pasó junto a ella y se puso una túnica que había dejado sobre un tronco. Isabelle exhaló un pequeño suspiro de alivio. Al menos ahora podría concentrarse.

—Ahora que hay luz —dijo Isabelle—, ¿puedes indicarme o ayudarme a encontrar un camino? Si tan solo pudiera...

—Silencio —interrumpió Ciaran, moviéndose para pararse frente a ella.

Isabelle se quedó quieta, sobresaltada por su repentino estado de alarma.

Y entonces ella también lo oyó. Pasos que se acercaban a ellos a través de los árboles.

Dos hombres salieron, con las manos en las empuñaduras de sus espadas, sus ojos brillando con oscura intención.

CAPÍTULO 6



Una oleada de instinto protector invadió el pecho de Ciaran cuando los dos hombres se acercaron. Por su aspecto tosco —túnicas sucias y pantalones rasgados, ojos inyectados en sangre por el efecto de demasiada bebida— sospechaba que eran bandidos. No le gustaba la forma en que miraban a Isabelle, con lujuria en los ojos. Se movió frente a ella para protegerla de sus miradas.

—Si os marcháis ahora, no os pasará nada —dijo, bajando la mano hacia la empuñadura de su espada, aliviado de haber tenido el sentido común de colocarla en su vaina en el cinturón cuando se vistió.

Los hombres se limitaron a reír, dando otro paso amenazador hacia ellos.

—¿Ah, sí? —preguntó el más grande de los dos, un rubio barbudo que tenía aspecto de nórdico—. ¿Qué tal si disfrutamos de tu moza mientras miras?

Isabelle dejó escapar un gemido aterrorizado detrás de él, y la rabia lo invadió. Ciaran desenvainó su espada y cargó contra los hombres con un gruñido.

Ellos también sacaron sus espadas, y su arma chocó con cada una de las suyas. Le dio una patada en las rodillas al nórdico, haciéndolo caer al suelo. Centró su atención en el otro hombre, haciéndolo retroceder hasta el borde del claro mientras sus espadas seguían batiéndose. El hombre soltó un gruñido feroz y cargó contra Ciaran con la espada extendida, pero Ciaran estaba preparado y lo golpeó en la cabeza con la empuñadura de su espada. El bandido se desplomó en el suelo, inmóvil e inconsciente.

Ciaran se volvió para enfrentarse al otro bandido, pero para su sorpresa, vio que yacía inconsciente a los pies de Isabelle. Ella sostenía temblorosamente la espada del hombre, con los ojos desorbitados por el pánico.

—Él... él me atacó —susurró—. Entré en pánico y agarré su espada. Solo... la balanceé contra él.

—Lo has hecho bien, muchacha —dijo, asintiendo impresionado—. Pero debemos irnos. No permanecerán inconscientes mucho tiempo.

Ella no protestó, su rostro aún tenso por el shock mientras él recogía sus cosas y la ayudaba a subir a su caballo. Después de colgar su bolsa de provisiones en la parte trasera del caballo, se subió detrás de ella.

Ciaran rodeó a Isabelle con sus brazos para alcanzar las riendas, sintiendo una oleada de calor recorrer su cuerpo al sentir el cuerpo de ella contra el suyo. Tuvo que forzarse a concentrarse mientras espoleaba los costados del caballo para galopar fuera del claro. Pero seguía siendo consciente del cuerpo de Isabelle contra el suyo mientras cabalgaban fuera del bosque y entraban en uno de los muchos páramos verdes que salpicaban las Tierras Altas.

Viró a la izquierda cuando divisó otro parche de bosque más adelante, escondido junto a una extensión de colinas ondulantes. Por sus cacerías anteriores, sabía que donde había colinas había cuevas: escondites perfectos.

Tiró de las riendas, reduciendo el paso del caballo a un trote mientras entraban en el bosque. Pronto llegaron a un claro, a solo unos pasos de la entrada de una pequeña cueva.

Ciaran desmontó, ayudando a Isabelle a bajar antes de atar el caballo a un árbol. Ella permaneció en silencio y pálida, con los brazos alrededor de su cuerpo. El encuentro con los bandidos claramente la había sacudido.

—Isabelle —dijo suavemente.

Ella levantó sus hermosos ojos azules para encontrarse con los suyos, y él tragó saliva. Había podido notar que era bonita cuando la vio por primera vez anoche, mojada por el arroyo e iluminada por la luz de la luna, pero la oscuridad había ocultado la verdadera fuerza de su belleza.

Su cabello era tan oscuro como las alas de un cuervo, cayendo en una cortina lisa más allá de sus hombros. Sus ojos eran del color del cielo al mediodía, claros y azules. Sus rasgos eran delicados y femeninos: un rostro en forma de corazón, labios sensuales, pómulos altos. Y bajo la túnica holgada que llevaba, podía distinguir la curva llena de sus senos, el sensual ensanchamiento de sus caderas. El deseo atravesó su cuerpo con la fuerza de una flecha, y tuvo que respirar hondo para sofocarlo.

—Estás a salvo ahora, muchacha —murmuró.

Ella parpadeó, pareciendo volver en sí ante sus palabras.

—¿Quiénes... quiénes eran esos hombres?

—Bandidos —dijo Ciaran con un suspiro—. Solo me he encontrado con bandidos una vez antes, en un viaje al sur, a Edimburgo. Vagan por el campo, robando a los viajeros... y a veces cosas peores. Por eso no quería que vagaras sola anoche.

—¿Realmente es el año 1390? —susurró.

La estudió con preocupación. La muchacha no parecía loca, pero hizo su pregunta con seriedad.

—Aye —dijo.

—Mira —dijo ella, dando un paso tembloroso hacia él—. Sé que esto va a sonar loco, pero yo no soy de este tiempo. Por eso vestía esas ropas extrañas. Vengo del siglo XXI, de más de seiscientos años en el futuro. No tengo idea de cómo funciona esto, de cómo llegué aquí.

Ciaran se tensó, mirándola con incredulidad y sospecha. Un repentino pensamiento oscuro se apoderó de él. Ella había aparecido de la nada, convenientemente llegando a pocos metros de su campamento. ¿Estaba trabajando para su hermano? ¿Estaba espiando en su nombre?

—¿Estás trabajando con Tavish? —exigió—. ¿Te envió él?

—No sé quién es Tavish —espetó ella—. Te estoy diciendo la verdad. No soy de esta época y necesito regresar. ¿Co-conoces Tairseach? ¿Está cerca?

—Nunca he oído hablar de ese lugar —dijo Ciaran, con los ojos aún entrecerrados con sospecha.

Pero... su miedo y frustración parecían genuinos. Y Tavish siempre había menospreciado a las muchachas y su inteligencia. Nunca permitiría que una muchacha espiera para él.

Aunque podía creer que no estaba trabajando para Tavish, ciertamente no creía su descabellada historia.

—Por favor —susurró Isabelle, con desesperación en sus ojos—. No tienes que creerme, y no te culpo por ello. Pero ¿al menos puedes ayudarme a regresar a Tairseach? ¿O-o indicarme la

dirección correcta?

Él suspiró. Aunque le estaba contando una historia falsa, su honor no le permitiría dejarla viajar sola.

—Acamparé aquí esta noche para asegurarme de que esos bandidos no sigan nuestro rastro. Luego planeo ir a la mansión de un amigo. Él podría conocer el pueblo del que hablas y puede hacer que alguien te escolte hasta allí.

Isabelle cerró los ojos, sus hombros hundiéndose de alivio. Él examinó su expresión tensa, preguntándose qué estaba ocultando realmente la muchacha.

No importa. No tenía tiempo para involucrarse en su difícil situación, fuera cual fuese. Necesitaba llegar a la mansión de Gabhran y hacer un plan para limpiar su nombre y regresar a casa. Gabhran enviaría a esta extraña muchacha por su camino.

—Prepararé un área en esa cueva para que duermas —dijo—. No es lo ideal, pero es lo mejor. Y las únicas provisiones que tengo para el resto del día son pan y cerveza.

—Está bien —dijo ella, sonriendo. Extendió la mano para tocar su brazo, y un calor lo recorrió ante su contacto—. Gracias, Ciaran.

Él asintió rápidamente, apartándose de su agarre. Un destello de dolor cruzó el rostro de ella ante su evasión, que rápidamente ocultó.

—Entonces... ¿de dónde eres? —preguntó ella—. ¿Tu hogar está cerca?

Él se tensó. Temía que hiciera preguntas indagadoras; no tenía intención de decirle que era un proscrito. Especialmente dada su propia historia falsa.

—Solo estoy viajando por esta zona —dijo secamente.

Se dio la vuelta para marcharse antes de que pudiera hacer más preguntas, dirigiéndose a la cueva.

La cueva era más grande de lo que parecía desde fuera; había más que suficiente espacio para ambos. Recogió algunas ramas y palos caídos cerca de la entrada, llevándolos adentro.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar? —preguntó Isabelle.

—Puedo manejarlo, muchacha —dijo él, concentrado en apilar la leña para el fuego.

—¿Pu-puedo preguntarte algo? —tanteó ella, tras un breve silencio—. ¿Has oído hablar de una tal Fiona, por casualidad? ¿Fiona Stewart?

—Hay muchas Fionas en las Highlands —dijo él, mirándola con el ceño fruncido, perplejo—. Conozco a dos Fionas: una niña pequeña de nueve años y una cocinera anciana.

La decepción cruzó su rostro.

—¿Quién es ella? —preguntó él.

—Mi amiga más cercana. Es como una hermana —dijo ella, con la voz temblorosa—. Es por eso que tal vez me enviaron aquí, a esta época.

La boca de Ciaran se tensó, pero no dijo nada. La muchacha estaba decidida a mantener su historia. Rápidamente encendió el fuego y se puso de pie.

—Estaré en el claro recogiendo más leña —dijo, sin mirarla mientras salía de la cueva.

Mientras trabajaba, recogiendo cualquier palo suelto que pudiera encontrar, un recuerdo lo golpeó. La última vez que había hecho un fuego fue durante un viaje de caza con Eoin hace unos meses. Habían ido a cazar en los bosques que rodeaban el Castillo Aitharne y habían acampado allí por el día. El estrés de sus deberes como laird había afectado a Ciaran, y Eoin insistió en que necesitaba un descanso. Habían invitado a Tavish a venir, pero él se había negado.

—No entiendo por qué le desagrado tanto —había dicho Ciaran, con un profundo suspiro.

—Siempre se ha mantenido apartado. No le agrada nadie —había respondido Eoin, con un gesto desdeñoso de la mano.

Ciaran había guardado silencio. Eoin tenía razón, Tavish siempre se había mantenido apartado y no parecía tener vínculos estrechos con nadie, incluidos sus hermanos. Pero Tavish parecía más distante y aislado de lo habitual, ni siquiera acudía a las cenas en el gran salón, tomando sus comidas solo en su cámara.

Solo unas semanas después, Eoin moriría a manos de Tavish.

Ciaran hizo una pausa en su tarea, cerrando los ojos mientras una oleada de ira y dolor lo invadía.

—Te vengaré, Eoin —susurró en el silencio.

Una ramita se rompió detrás de él y se giró bruscamente, su mano descendiendo hacia la empuñadura de su espada. Pero era Isabelle quien estaba allí, con las manos en alto, dándole una mirada de disculpa.

—Lo siento. No quería asustarte.

Él se dio la vuelta, reanudando su tarea, odiando que ella lo hubiera sorprendido en un estado de vulnerabilidad. ¿Habría oído lo que dijo?

—Solo quería decirte que el fuego en la cueva ya se está apagando.

Cuando regresó a la cueva para atenderlo, Isabelle se arrodilló a su lado.

—Déjame ayudar —dijo ella. Su proximidad era inquietante; podía ver la curva de sus senos bajo su túnica—. Insisto. Odio ser inútil.

A regañadientes, le mostró cómo usar un eslabón para reiniciar el fuego, y le hizo usar tela rasgada de su bolsa como yesca para encender las llamas.

Mientras el fuego cobraba vida, él levantó la mirada, admirando la curva del largo cuello de ella y el brillante azul de sus ojos, iluminados por las llamas. Por un momento, olvidó su siempre presente dolor y culpa, mientras algo que no había experimentado en mucho tiempo lo recorría.

Deseo. En su mente, se vio a sí mismo probando la tierna carne de los labios de Isabelle, presionando su cuerpo contra el suyo mientras exploraba su boca.

Isabelle se quedó quieta cuando sus ojos azules se encontraron con los de él, como si fuera consciente de sus pensamientos lujuriosos. Habría jurado que vio sus ojos oscurecerse con el mismo deseo ardiente que llenaba su cuerpo.

Pero él apartó la mirada de la suya, poniéndose de pie.

—Saldré a recoger más leña —dijo con brusquedad, volviéndose para marcharse, aunque su deseo aún ardía tan feroz como el fuego que ahora rugía dentro de la cueva.

CAPÍTULO 7



Ciaran permaneció en silencio el resto del día, dándole solo respuestas monosilábicas cada vez que ella le hacía una pregunta. Isabelle se preguntó si se había imaginado ese breve y acalorado momento en el que sus ojos se habían detenido en sus labios, y ella pensó que podría besarla.

Lo había deseado. Intensamente. Se avergonzaba de sí misma por esto; no debería estar en absoluto centrada en su atracción por el impresionantemente apuesto escocés.

Isabelle dio un mordisco al pan que serviría como su cena, mirando alrededor de la oscura cueva. Había caído la noche, y estaba sola en la cueva, Ciaran estaba justo afuera. Le había dicho que quería vigilar en caso de que más bandidos tropezaran con su campamento, pero ella dudaba que este fuera el caso. Sospechaba que la estaba evitando.

Una punzada de dolor la atravesó ante ese pensamiento, pero lo ignoró, dirigiendo sus pensamientos hacia Kensa. Kensa era responsable de su llegada a esta época, aunque no estaba segura de cómo. Al principio, había pensado que debería simplemente regresar a Tairseach y averiguar cómo volver desde allí.

Pero entonces había pensado en Fiona. Kensa había dicho que Fiona no pertenecía al presente, y ella tampoco. Isabelle solo podía deducir que Kensa le había hecho a Fiona lo mismo que le había hecho a ella: enviarla al pasado.

Recordó la carta que Fiona le había enviado, garabateada en un pergamino que definitivamente podría haber provenido de esta época. Si Fiona estaba en 1390, Isabelle estaba decidida a encontrarla. Ya se había demostrado que era una época peligrosa para una mujer aquí, ¿qué habría hecho Isabelle si esos bandidos la hubieran encontrado sola? Si Fiona estaba aquí, solo Dios sabía qué le habría pasado. Si Isabelle pudiera encontrarla, podría llevarlas a ambas de vuelta al presente. De alguna manera.

Miró de nuevo a Ciaran, que estaba sentado junto a la entrada de la cueva, de espaldas a ella, bebiendo su cerveza y mordisqueando su pan en silencio. Tal vez este amigo al que la estaba llevando sabía algo. Incluso si hubiera muchas Fionas en Escocia, ¿no destacaría su Fiona, una mujer con un acento americano moderno?

Como si sintiera su mirada, Ciaran se dio la vuelta para mirarla, fijando esos impresionantes ojos color avellana en ella. Avergonzada, Isabelle desvió la mirada, pero Ciaran se levantó y entró en la cueva, tomando asiento frente a ella.

—Quiero disculparme, muchacha —dijo—. Siento haber sido demasiado duro contigo. Las cosas no han sido fáciles para mí últimamente. Puede que no crea tu historia, pero espero que mi amigo pueda hacer que te escolten con seguridad hasta Tairseach.

Sonrió, y una oleada de calor la recorrió. Bajó la mirada, decidiendo no mencionar que tenía

la intención de quedarse aquí para encontrar a Fiona, aunque no tenía idea de cómo.

—Gracias —dijo en su lugar.

—Puedes dormir aquí por la noche —dijo, poniéndose de pie—. Voy a dormir junto a la entrada para asegurarme de que nadie pase por aquí.

—¿No sería mejor que te quedaras fuera de la vista? —preguntó Isabelle con el ceño fruncido de preocupación—. Si esos bandidos nos encuentran...

—Tengo el sueño ligero, muchacha —dijo—. Me despertaría antes de que pudieran siquiera atacar.

La dejó sola, e Isabelle intentó acomodarse en la cama improvisada hecha con la capa de Ciaran, sus pensamientos volviendo a Fiona. ¿Cómo la encontraría en el proverbial pajar de las Tierras Altas escocesas medievales? ¿Y cómo podía estar segura de que Fiona estaba siquiera en esta época?

Cuando Isabelle finalmente se quedó dormida, fue con estas preguntas sin respuesta dando vueltas en su mente.



ISABELLE SE DESPERTÓ en medio de la noche por el sonido de gemidos y quejidos. Se incorporó, alarmada, hasta que se dio cuenta de que provenían de la entrada de la cueva. Ciaran.

Se levantó y se apresuró hacia la entrada. Ciaran yacía de costado, su gran cuerpo temblando mientras emitía gemidos de dolor.

—Por favor... —gimoteó Ciaran—. Eoin...

Su corazón se encogió de simpatía. Isabelle se arrodilló, extendiendo la mano para sacudir suavemente su hombro.

Ciaran se despertó al instante, sentándose, con los ojos color avellana desorbitados mientras miraba a su alrededor, antes de que su mirada se posara en ella.

—Estabas teniendo una pesadilla —dijo ella.

Ciaran cerró los ojos, presionando las manos contra sus sienes.

—Lo... lo siento por haberte despertado, muchacha —murmuró.

—No pasa nada —dijo Isabelle. Se mordió el labio, estudiándolo—. Sé que acabamos de conocernos... pero soy buena escuchando. ¿Quién es Eoin?

Él se estremeció, desviando la mirada.

—No quiero agobiarte con mis problemas, muchacha.

—Bueno, al menos vuelve adentro —dijo, poniéndose de pie y extendiendo su mano. El aire nocturno era frío y le pinchaba la piel—. Hace mucho más calor.

Parecía que iba a protestar, pero después de un momento tomó su mano y se levantó.

Isabelle no estaba preparada para la oleada de fuego que la llenó al tocarlo, y retiró su mano de la de él mientras la seguía de vuelta al interior de la cueva.

—Eoin era mi hermano.

Isabelle se giró para mirarlo, sobresaltada. Él estaba de pie junto al fuego, con la mirada fija en las llamas.

—Murió —continuó, con la voz temblorosa—. Fue... mi culpa.

—¿Cómo pudo ser tu culpa? —preguntó Isabelle, sintiendo empatía por la culpa y el desconuelo que se reflejaban en el rostro de Ciaran.

—Lo asesinaron —susurró Ciaran—. Debí haberlo protegido.

—No. El responsable es quien mató a tu hermano, y solo él. El dolor es suficiente para lidiar.

No hay necesidad de añadir culpa a la carga.

Ciaran le dirigió una sonrisa triste, levantando la mirada del fuego para encontrarse con la de ella.

—Ojalá fuera tan simple, muchacha. Dejar ir la culpa. Me temo que no puedo.

—Puedes intentarlo —dijo ella—. Yo... yo también siento culpa por alguien que he perdido —continuó, pensando en Fiona—. Pero me estoy obligando a tomar acción y seguir adelante. Es la única manera... la mejor manera... de dejar ir la culpa.

Ciaran la estudió, y la conciencia y el deseo se encendieron bajo la piel de Isabelle mientras el silencio se prolongaba entre ellos. Él se veía angelicalmente hermoso a la luz del fuego, sus rasgos cincelados y sus ojos color avellana aún más pronunciados. Su mirada bajó a los labios de ella, e Isabelle sintió la boca seca.

No había forma de confundir el destello crudo de deseo en sus ojos cuando dio un paso hacia ella, quedando a solo centímetros de distancia. Algo diferente impregnaba ahora el silencio... tentación y necesidad. Lujuria.

Ciaran extendió la mano para tocar el costado de su rostro, y las chispas de deseo se convirtieron en una ola ardiente que la envolvió. Él se inclinó, presionando sus labios contra los de ella, atrayendo su cuerpo contra el suyo.

Su lengua exploró su boca, e Isabelle dejó escapar un gemido cuando la mano de él bajó hasta su nuca, manteniéndola cerca. Sabía a la amarga cerveza que acababa de consumir, pero para Isabelle bien podría haber sido un dulce néctar. Podía sentir cada centímetro de él presionado contra ella: la amplia extensión de su torso musculoso y la creciente evidencia de su excitación.

Pero todo terminó demasiado rápido. Ciaran la soltó con brusca rapidez, dando un paso atrás.

—No... no debí haber hecho eso —murmuró, apartándose de ella—. Lo siento, muchacha.

Y antes de que pudiera protestar, aún sin aliento por su beso, él se había ido.

CAPÍTULO 8



—*T*endremos que ponernos en marcha —dijo Ciaran, sin mirar a Isabelle mientras se dirigía a ella—. Y tendrás que inventarte otra historia además de venir de seis siglos en el futuro. Mis amigos son amables, pero solo lograrás que sospechen con un cuento como ese.

Era temprano a la mañana siguiente, justo después del amanecer, y había entrado en la cueva para hablar con Isabelle. Apenas había podido dormir después de besarla, el recuerdo de sus cálidas curvas presionadas contra su cuerpo y sus suaves labios abriéndose a los suyos atormentaba su mente.

Pero la culpa lo invadía por sus pensamientos lujuriosos. No tenía derecho al deseo, al placer, mientras su hermano inocente se pudría en la tierra y su asesino andaba libre.

El pensamiento endureció su resolución, y finalmente miró a Isabelle. Se veía aún más hermosa que la noche anterior a la suave luz del fuego de la cueva; la túnica suelta que llevaba se había deslizado, revelando la seductora curva de sus hombros. *Maldita sea*, pensó con frustración. *La muchacha se vuelve más hermosa cada día.*

—Está bien. Aunque estoy diciendo la verdad —dijo Isabelle con un terco gesto de su hermoso mentón—. Simplemente diré que estaba viajando por las Tierras Altas y fui atacada por bandidos. Tú me rescataste. Esa parte es cierta.

—Bien —dijo él, aunque apretó los dientes ante su terca insistencia en su falsa historia—. Estoy seguro de que Gabhran estará encantado de ayudarte a organizar el transporte a esa aldea de la que hablas.

—Tus amigos... ¿conocen las aldeas de los alrededores? ¿Conocen a otros clanes? —preguntó Isabelle de repente. Ante su mirada inquisitiva, continuó—: Espero que tal vez hayan oído noticias de mi amiga Fiona.

—Sí. Pero no abuses mucho de su amabilidad —advirtió Ciaran, mirándola con recelo—. Es suficiente con que yo esté mostrando mi cara en su propiedad.

—¿Por qué? —preguntó Isabelle con el ceño fruncido—. Pensé que eran tus amigos.

Ciaran se quedó inmóvil; había dicho demasiado. Ella no sabía que era un forajido, un antiguo laird y jefe acusado de asesinar a su hermano. Una repentina opresión le atenazó el pecho. ¿Cómo lo miraría si lo supiera? ¿Se sentiría asqueada al saber que había permitido que un forajido la besara?

—Simplemente no quiero molestarlos. Estoy llegando sin avisar —dijo secamente—. Tenemos que irnos —añadió, antes de que ella pudiera interrogarlo más.

Para su alivio, ella no insistió, y momentos después salían cabalgando del bosque de vuelta hacia el campo. Mientras cabalgaban, tuvo que forzarse a concentrarse en el paisaje que tenía delante, para distraerse de la sensación del cuerpo de ella contra el suyo y su dulce aroma natural.

que llenaba sus fosas nasales. Era demasiada tentación; una vez que ella se fuera, él recuperaría el equilibrio.

La mansión de Gabhran estaba situada en las Tierras Altas occidentales, y cabalgaron durante un buen rato para llegar allí. Cada vez que divisaba un caballo solitario o un carruaje en un camino lejano, reducía la velocidad de su caballo para evitar cualquier intercepción. Podía notar que esto despertaba la curiosidad de Isabelle cada vez que lo hacía, ya que le lanzaba miradas curiosas por encima del hombro.

—No estoy seguro de si son bandidos —dijo a modo de explicación, después de la tercera vez que había reducido la velocidad de su caballo. Ella asintió con la cabeza, pero por la mirada persistente que le dirigió, supo que seguía sospechando.

La frustración lo invadió; odiaba tener que vivir así. Solo había conocido la vida como un hombre respetable, como un laird y jefe de clan muy querido. Pero hasta que limpiara su nombre, así tendría que ser su vida.

Era mediodía cuando llegaron a las tierras de Gabhran; su mansión de piedra se alzaba en la distancia como un faro reconfortante, y la tensión de Ciaran se disipó. Pero su calma duró poco; su hermano sabía que Gabhran era un amigo cercano y leal de Ciaran. ¿Cómo sabía que su hermano no había enviado ya hombres aquí?

Inspeccionó los terrenos alrededor de la mansión, buscando cualquier indicio de Tavish o sus hombres mientras se acercaban al patio. Pero nadie parecía amenazante o sospechoso; los pocos sirvientes que deambulaban por los terrenos solo les lanzaban a él y a Isabelle miradas de leve curiosidad.

Fue el propio Gabhran quien salió por las puertas delanteras de la mansión, y el alivio lo invadió al ver la figura robusta y maciza de Gabhran, su cabello castaño rojizo, sus amables ojos marrones. Su esposa Donella salió tras Gabhran, y le dirigió a Ciaran una amplia sonrisa.

Pero sus miradas de bienvenida vacilaron cuando sus ojos se desviaron hacia Isabelle. Ciaran se volvió para mirarla, con una advertencia en los ojos. No debía contar a sus amigos su extraña historia. Pareciendo entender su intención, ella asintió bruscamente con la cabeza.

Mientras desmontaba, ayudando a Isabelle a bajar, Gabhran se acercó.

—Ciaran. Esto es una sorpresa. ¿Qué te trae por aquí?

—Hay mucho que necesito contarte —dijo Ciaran, bajando la voz. Gabhran frunció el ceño con preocupación, mientras Ciaran continuaba—: Hablemos dentro.



—CRISTO —susurró Gabhran, dando un largo trago de cerveza y pasándole una segunda copa a Ciaran, que la aceptó con gratitud.

Estaban en su estudio, Isabelle se había ido con Donella para lavarse y cambiarse a ropa más apropiada. Ciaran le había contado todo lo que había sucedido desde el momento de su arresto hasta ahora.

—El bastardo —continuó Gabhran, sacudiendo la cabeza—. Siempre supe que había algo oscuro en tu hermano, pero nunca pensé...

El alivio invadió a Ciaran; había temido que Gabhran pudiera pensar que era culpable. Gabhran pareció leerle el pensamiento y le dirigió una mirada sombría.

—Si por un momento piensas que te creí capaz de asesinar a tu propia sangre, te daré un puñetazo —gruñó Gabhran—. No tienes un solo hueso asesino en tu cuerpo, y los nobles de tu clan son unos necios por no ver lo que tu hermano está haciendo.

—Tiene testigos —murmuró Ciaran—. Testigos que sin duda sobornó.

Gabhran soltó una maldición violenta, golpeando su cerveza sobre la mesa.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Primero, quiero que sepas que no me quedaré aquí. Es solo cuestión de tiempo antes de que mi hermano envíe a sus hombres, y no haré que tú y tu familia sean un blanco.

—No le temo a tu hermano; él siempre me ha tenido miedo —respondió Gabhran—. Te quedarás aquí hasta que limpiemos tu nombre y te devolvamos a tu castillo.

—Gabhran...

—Te quedarás aquí o te delataré yo mismo a tu hermano —dijo Gabhran con firmeza, y Ciaran no pudo evitar sonreír. Era tan terco y leal como Lachaid.

—De acuerdo —dijo Ciaran—. Pero si tengo la más mínima sospecha de que mi presencia te ha puesto en peligro...

—¿Tienes un plan? —preguntó Gabhran, desestimando sus palabras con un gesto.

—Necesito aliados. Espías que regresen al castillo y consigan pruebas de la traición de mi hermano. Y necesito que sus testigos se retracten de sus falsos testimonios.

Al pronunciar estas palabras en voz alta, Ciaran se dio cuenta de lo difícil que sería, y una repentina incertidumbre lo atravesó.

—Pero Tavish estará vigilando de cerca a cualquiera que me sea leal —continuó Ciaran con frustración, pasándose la mano por el pelo.

—Por eso me tienes a mí. Estoy fuera del alcance de tu hermano. Te soy leal, y mis hombres te son leales. Ellos ayudarán —dijo Gabhran—. Convocaré una reunión con los que más confío.

Una oleada de gratitud invadió a Ciaran, y le hizo un gesto de agradecimiento a su amigo. Al igual que a Lachaid, conocía a Gabhran desde que era un crío. Él y Lachaid eran los únicos que le habían mostrado verdadera amistad o amabilidad desde que Tavish lo había arrojado a los calabozos de su propio castillo.

—Ahora —dijo Gabhran, con los ojos brillando de picardía—. ¿Vas a contarme sobre la muchacha con la que viniste? ¿Es una sassenach? Nunca había oído a nadie que hablara como ella.

—Sí —dijo Ciaran. Él también tenía sus sospechas sobre el extraño acento de Isabelle. Recordó sus insistentes palabras en el bosque. *No soy de este tiempo*. Pero apartó ese pensamiento.

—Estaba viajando por estas partes para visitar a su familia y se separó de su escolta. Unos bandidos la atacaron, y la ayudé a escapar de ellos.

Esperaba que Gabhran no hiciera más preguntas sobre ella, pero continuó estudiándolo, ladeando la cabeza.

—Es una muchacha muy bonita —dijo con una mirada astuta.

—Hice lo que cualquier hombre honorable haría. La ayudé —dijo Ciaran secamente. *Y la probé*. El recuerdo del suave gemido de Isabelle cuando la besó llenó su mente, y apartó la mirada de la perspicaz mirada de Gabhran—. Te mencioné antes que necesitará transporte. Quiere ir a una aldea llamada Tairseach. ¿Has oído hablar de ella?

Gabhran se quedó inmóvil al mencionar Tairseach, desapareciendo la mirada juguetona de sus ojos.

—¿Tairseach? —repitió.

—Sí —dijo Ciaran, estudiándolo de cerca—. ¿Qué pasa, Gabhran? ¿Has oído hablar de ella?

—Es solo una aldea abandonada por lo que he oído —dijo Gabhran—. No sé por qué querría ir allí.

Ciaran lo observó. Gabhran estaba ocultando algo. Y si Tairseach era una aldea abandonada, ¿por qué querría ir Isabelle allí? Pero sacudió la cabeza; no era asunto suyo.

—No lo sé. Pero le dije a la muchacha que tal vez pudieras ayudar. ¿Puedes organizar el transporte?

—Puedo hacer que un jinete de confianza la escolte hacia el norte —dijo Gabhran. Después de una pausa, su rostro se iluminó con una sonrisa traviesa—. ¿Por qué tienes tanta prisa por deshacerte de la bonita muchacha?

—Tengo suficiente con lo que lidiar sin una muchacha caprichosa entre manos —dijo Ciaran, ignorando la extraña sensación de pérdida que lo invadió ante la idea de la partida de Isabelle—. Ahora cuéntame más sobre estos hombres tuyos que me ayudarán a limpiar mi nombre.

CAPÍTULO 9



— ¡Dónde conseguiste ropas tan extrañas? —suspiró Donella.

Isabelle estaba de pie en el centro de una gran habitación de invitados, con los brazos cruzados sobre sí misma en un gesto de timidez. Frente a ella, Donella, una hermosa morena de cálidos ojos castaños, supervisaba a una doncella que ayudaba a Isabelle a cambiarse.

Isabelle ya había tenido que insistir en que podía lavarse sola, pero Donella prácticamente le ordenó que se quedara quieta y permitiera que la doncella la vistiera. Las mujeres de esta época no eran tan pudorosas con la desnudez como Isabelle había pensado; ninguna de las dos parecía importarle que Isabelle estuviera solo en sujetador y bragas.

Ahora, tanto Donella como la doncella estudiaban su sujetador y braga de encaje como si fueran algo salido de una película de terror. Si no estuviera tan asustada por la situación en la que se encontraba, sería divertido. Isabelle estuvo tentada de decirle a Donella que los había comprado en una tienda Victoria's Secret en Chicago, pero resistió el impulso.

Después de que Donella la mirara de forma extraña debido a su acento, Isabelle le contó la historia que había ensayado con Ciaran, que era una viajera errante de Inglaterra asaltada por bandidos. ¿Qué más daba una mentira más?

—Los hice yo misma —dijo—. Los encuentro cómodos.

—¿Ah, sí? —preguntó Donella, mirando fijamente el sujetador de Isabelle—. No quiero ofenderte, pero esto parece algo que usaría una ramera. —Hizo un gesto a la doncella, quien se acercó con un ligero vestido interior.

—No me ofendo —dijo Isabelle con una sonrisa educada—. Por eso los llevo debajo de la ropa.

Se quitó el sujetador y las bragas y se puso el vestido interior, ayudada por la doncella.

—Qué piel tan hermosa —se maravilló Donella, e Isabelle se sintió aliviada. Había temido que Donella le pidiera detalles sobre cómo coser un sujetador y unas bragas—. La mayoría de las muchachas de nuestra edad tienen marcas de peste u otras enfermedades, incluso las nobles. ¿Nunca te enfermas, muchacha?

Isabelle se mordió el labio mientras la doncella la ayudaba a ponerse una túnica blanca y luego un vestido azul claro. Estaba en una época anterior a la medicina avanzada y las vacunas. Era fácil olvidar cosas así sobre el pasado. No era historiadora, pero podía adivinar que muchas personas que sobrevivían hasta la edad adulta habrían tenido algún encuentro visible con la enfermedad.

—He sido bendecida con buena salud —dijo Isabelle apresuradamente.

—Ciertamente lo has sido —dijo Donella. Examinó la ropa de Isabelle, asintiendo con aprobación y despidiendo a la doncella con un gesto de la mano—. Ya está. Ahora pareces

respetable. Mírate.

Donella señaló un espejo en el rincón más alejado de la habitación, e Isabelle se acercó, observando su reflejo. El vestido medieval, con sus largas mangas, corpiño delicadamente cortado y cómoda tela de lana, le sentaba bien. Si no fuera por su cabello, aún húmedo por el lavado que se había dado, que ahora llevaba suelto sobre los hombros, parecería exactamente una mujer noble del siglo XIV.

Dios mío, pensó Isabelle, con el corazón latiendo violentamente contra su caja torácica. *Realmente estoy en el pasado.*

—Gracias —dijo finalmente Isabelle—. Por la ropa. Es preciosa.

—No es molestia —dijo Donella—. Esta será tu habitación mientras estés aquí. Ciaran mencionó que necesitarás transporte, ¿no?

Isabelle dudó. ¿Cómo podía mencionar casualmente que quería quedarse para buscar a Fiona?

—Si-si no te importa, me gustaría quedarme un tiempo. O-al menos mientras Ciaran esté aquí —se arriesgó, sin saber cómo reaccionaría Ciaran ante esta noticia.

Para su sorpresa, Donella no pareció molesta por sus palabras. En cambio, una expresión de deleite se extendió por su rostro.

—Siempre esperé que Ciaran encontrara una muchacha que lo hiciera feliz. Me lo preguntaba sobre vosotros dos, dada la forma en que te miraba cuando llegasteis, pero ahora estoy...

—Oh, no —interrumpió Isabelle, sonrojándose—. No es así. Él solo me rescató, eso es todo. La verdad es que... estoy buscando a alguien. Por eso vine aquí. Desde... desde Inglaterra —balbuceó.

—Ah —dijo Donella, con evidente decepción en sus ojos—. ¿A quién estás buscando?

—A mi hermana —mintió Isabelle. Esperaba que una hermana desaparecida despertara más simpatía que una amiga desaparecida—. Se llama Fiona. Fiona Stewart.

—¿De qué clan? —preguntó Donella—. ¿Es noble? ¿Una campesina?

La frustración llenó el estómago de Isabelle. No había clase media en esta época; o eras campesino o rico. E Isabelle no tenía idea de qué estaba haciendo Fiona en esta época. *Si es que está en esta época*, se recordó a sí misma.

—No estoy segura —dijo Isabelle—. Hemos perdido el contacto.

—Lamento oír eso. Hay muchas muchachas en las Tierras Altas con el nombre de Fiona, tanto nobles como campesinas. No estoy segura de que mi esposo y yo podamos ayudarte a encontrarla.

El corazón de Isabelle se hundió. Sabía que esto probablemente sería así, pero eso no detuvo su desilusión.

¿Cómo se suponía que iba a empezar siquiera a buscar a Fiona? Tal vez era una causa perdida después de todo.

—Pero si me dices cómo es, puedo enviar un mensajero a los pueblos cercanos para preguntar —dijo Donella, estudiando el rostro afligido de Isabelle con simpatía.

—Gracias —respondió Isabelle con un atisbo de esperanza. Seguía siendo como buscar una aguja en un pajar, pero era un comienzo.

—¡Mamá!

Isabelle se giró cuando una niña pequeña, una versión en miniatura de Donella, irrumpió en la habitación. La expresión de Donella se llenó de amor y se arrodilló para abrazarla.

—Esta es mi pequeña, Annis —dijo Donella, radiante.

—Encantada de conocerte, Annis —dijo Isabelle, sonriendo a la adorable niña, quien le

devolvió una tímida sonrisa.

—Voy a llevar a esta pequeña de vuelta a su habitación. Te veré más tarde para la cena —dijo Donella, tomando la mano de Annis y saliendo de la habitación.

Una vez sola, Isabelle se acercó a la ventana, mirando los vastos páramos que se extendían más allá de la mansión. Por primera vez desde que había llegado aquí, una sensación de asombro se apoderó de ella.

Estaba en el año 1390. Aún faltaba casi un siglo para el descubrimiento de América por Colón. Como amante de la literatura clásica, se maravillaba ante el hecho de que el nacimiento de William Shakespeare aún estaba a dos siglos de distancia. Geoffrey Chaucer todavía estaba vivo en esta época. Otros eventos que había aprendido en clase de historia —los Tudor, la Revolución Francesa, la Guerra Civil Estadounidense— aún estaban por venir.

¿Estaría Fiona realmente en esta época también? Si era así, ¿qué estaría haciendo? Y lo más importante, ¿estaría a salvo?

—Isabelle.

El rumor de la voz de Ciaran sacó a Isabelle de sus pensamientos, y se giró.

Ciaran estaba en la puerta; su respiración se entrecortó al verlo. Él también se había aseado, luciendo increíblemente apuesto con una túnica blanca fresca y un kilt de tartán verde oscuro. Entró en la habitación, y una oleada de calor la recorrió cuando sus ojos color avellana la recorrieron de pies a cabeza. Se dio cuenta de que era la primera vez que la veía con ropa apropiada para la época.

—Te ves hermosa con ropas de dama —murmuró.

—Gracias —dijo Isabelle, sonrojándose ante su evaluación.

—Donella acaba de decirme que quieres quedarte mientras yo esté aquí. ¿Para encontrar a tu amiga?

—No quería involucrarte —dijo Isabelle rápidamente—. Tus amigos parecen muy amables, pero no creo que estuvieran dispuestos a hospedar a una desconocida por su cuenta. Y le dije que Fiona era mi hermana —añadió con un sonrojo culpable—. Parecía más probable que me ayudaran si era mi hermana... y si estaba contigo. Te prometo que no me interpondré en tu camino. Solo quiero encontrar a Fiona.

Isabelle contuvo la respiración mientras esperaba su respuesta, temiendo que se negara.

—Está bien —dijo él, tras una breve pausa, y los hombros de ella se relajaron con alivio—. Pero debo recordarte que espero no estar aquí por mucho tiempo.

Isabelle lo estudió, preguntándose por qué Ciaran era tan receloso de quedarse aquí por mucho tiempo. Sospechaba que le estaba ocultando algo; aún no sabía qué estaba haciendo en el bosque cuando ella se topó con él por primera vez. No se había creído su vaga historia de que estaba "viajando". Por alguna razón, su falta de honestidad le dolía. Ella había sido completamente honesta con él, incluso si él no creía su historia.

—Es toda una vista —murmuró él, sus palabras sacándola nuevamente del torbellino de sus pensamientos. Estaba mirando más allá de ella por la ventana, y ella se giró para seguir su mirada—. Cuando era un niño pequeño, miraba por la ventana y veía los páramos extendiéndose hasta el horizonte. Imaginaba montar a caballo y ver si podía cabalgar hasta llegar donde los acantilados se encontraban con el mar. Las tierras parecían tan grandiosas cuando era pequeño.

Isabelle sonrió, cautivada por el asombro infantil en sus ojos.

—Son grandiosas —coincidió.

—Isabelle —dijo él, tras una breve pausa—. Quería disculparme de nuevo por besarte anoche. No debí...

—Está bien —lo interrumpió ella, sintiendo otra punzada de dolor. ¿Por qué sentía la necesidad de disculparse por el mejor beso que ella había tenido jamás?—. No hay necesidad de disculparse. En serio.

Ciaran vaciló, sus ojos escudriñando los de ella, e Isabelle tuvo que apartar la mirada. De repente, era muy consciente de que estaban solos en una alcoba. Una breve y escandalosa imagen de Ciaran llevándola a la gran cama en el centro de la habitación, arrancándole la ropa y besando cada parte de su cuerpo llenó su mente, y su corazón aceleró su ritmo.

Cuando volvió a encontrarse con los ojos de Ciaran, estos se habían oscurecido, y se preguntó —esperó— que a pesar de su disculpa, la besara de nuevo. Pero en su lugar, él dio un paso atrás.

—Te veré en la cena —dijo, girándose para salir de la habitación.

Isabelle lo vio marcharse, el dolor que la había atravesado antes convirtiéndose en un dolor sordo. ¿Por qué le molestaba tanto la distancia de Ciaran? Estaba aquí por una razón y solo una razón: encontrar a Fiona. Tendría que concentrarse en mantener al distractoramente apuesto hombre fuera de sus pensamientos.

CAPÍTULO 10



—*E*nozco a Ciaran desde que era solo un muchacho —dijo Gabhran—. Lo he sacado de muchos apuros.

Isabelle estaba sentada con Ciaran, Gabhran y Donella en un gran comedor ornamentado, cenando cerdo asado, verduras y cerveza.

Isabelle no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba hasta que empezó a comer. Aunque el pan que había comido con Ciaran en el bosque había sido algo sustancioso, ciertamente no había sido sabroso, e Isabelle ahora saboreaba cada bocado de su comida.

Dejó la cuchara y se volvió para mirar a Ciaran con una sonrisa. Un adorable rubor se había extendido por sus mejillas ante las palabras de Gabhran.

—Y yo te he sacado de muchos apuros también —dijo Ciaran, dando un trago a su cerveza—. Donella nunca habría aceptado tu propuesta si no fuera por mí.

—Es cierto —dijo Donella, riendo—. Nunca habría aceptado a semejante bribón como marido sin las amables palabras de Ciaran.

—Ah, me traicionas, esposa —dijo Gabhran, mirando a Donella con tanto amor que Isabelle sintió una oleada de envidia. Había supuesto que la mayoría, si no todos los matrimonios en esta época eran arreglos por razones de propiedad o política, pero en el breve tiempo que había estado cerca de Gabhran y Donella, podía ver cuánto se amaban genuinamente.

La vida amorosa de Isabelle era inexistente. Había envidiado el feliz matrimonio de su hermano Scott con su esposa, Jane. Habían estado juntos desde que Isabelle podía recordar, y ella podía ver lo feliz que Jane lo hacía. La relación más larga de Isabelle había durado un año con un compañero profesor; ella había sido quien la terminó. No había nada malo con Greg, simplemente había encontrado su relación insoportablemente aburrida. Todas las breves relaciones que había tenido desde entonces simplemente habían ido y venido, e Isabelle suponía que con quien terminara asentándose —si es que llegaba a asentarse— sería un hombre con quien tuviera una buena amistad y por quien sintiera una leve atracción. Después de todo, Scott le había dicho una vez que las amistades eran la base de todo buen matrimonio duradero.

—¿Pero no sientes una chispa por Jane? —le había preguntado Isabelle a Scott.

—Todos los días —había respondido él con una sonrisa—. Hay una cita que dice que el amor es la amistad en llamas. Me gusta pensar que el deseo está incluido en eso también.

Fuego. Sus ojos se desviaron hacia Ciaran mientras pensaba en su explosivo beso en la cueva, en el calor que abrasaba su piel con su mero roce. Ciaran encontró su mirada, con algo ilegible acechando en las profundidades avellana de sus ojos.

—¿Cómo se conocieron tú y Ciaran? —preguntó Isabelle a Gabhran, apartando sus ojos de los de Ciaran y dando un sorbo a su cerveza.

—Nuestros padres eran aliados en tiempos de conflicto, al igual que nuestros clanes. Al principio no me agradaba Ciaran. Era obstinado, solo se centraba en el hecho de que era el *tainistear*; el heredero del jefe.

—Tú tampoco eras muy agradable —replicó Ciaran. Su tono era ligero y burlón, pero su expresión se había endurecido.

—Me agradó tu hermano Eoin en cuanto lo conocí —dijo Gabhran, con los ojos pensativos—. Un muchacho amable. Pero Tavish...

—No digas su nombre —espetó Ciaran, agarrando el borde de la mesa con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos—. Después de lo que ha hecho, nunca quiero que se pronuncie su nombre cerca de mí otra vez.

Las palabras de Ciaran destrozaron el ambiente ligero. Isabelle se quedó inmóvil, observando la feroz expresión de Ciaran con sorpresa.

—Tienes razón —dijo Gabhran, levantando las manos en un gesto de contricción—. Después de lo que ese bastardo te hizo, asesinando a tu hermano y culpándote a ti...

—Ya basta —gruñó Ciaran. Se puso de pie de un salto y salió de la habitación a grandes zancadas, dejando un tenso silencio tras de sí.

Gabhran y Donella intercambiaron una mirada preocupada. Isabelle miró fijamente la silla vacía de Ciaran, paralizada. Así que eso era lo que Ciaran ocultaba. Era un proscrito, y el hermano por el que guardaba luto, a quien llamaba en sus pesadillas, había sido asesinado. Por su propia sangre.

El corazón de Isabelle se encogió de horror y simpatía. Apenas conocía a Ciaran, pero el hombre no exudaba más que bondad y honor. No había duda en su mente de que era inocente.

Isabelle se puso de pie para ir tras él.

—Muchacha, quizás sea mejor dejarlo ir —dijo Gabhran con suavidad.

Pero Isabelle no prestó atención a sus palabras. Salió del comedor, viendo a Ciaran caminando a grandes pasos por el largo pasillo, pero lo siguió a distancia mientras se dirigía hacia las puertas traseras de la mansión.

Isabelle lo siguió afuera, encontrándolo de pie frente a los jardines traseros, mirando hacia el campo que oscurecía. Él no se dio la vuelta cuando ella salió, pero pareció sentir su presencia.

—Vuelve adentro, Isabelle —murmuró.

—No —dijo Isabelle. Avanzó hasta que estuvo a su lado, estudiando su hermoso perfil en la oscuridad.

—No tenías que ocultarme eso. Puede que no te conozca desde hace mucho, pero puedo decir que no eres un asesino.

—¿Y por qué es eso? —preguntó Ciaran, volviéndose para mirarla, con los ojos entrecerrados. Avanzó, sus ojos oscureciéndose, y ella instintivamente dio un paso atrás—. ¿Cómo sabes que no soy responsable de la muerte de mi hermano?

—Porque lo amabas. Puedo notarlo por la forma en que hablaste de él. Cómo gritabas por él en tu pesadilla —dijo ella, sin inmutarse por sus duras palabras—. Esa no era la culpa de un asesino, era dolor. Yo también tengo un hermano. Es mi única familia viva. Estaría devastada si lo perdiera. Solo puedo imaginar por lo que estás pasando.

La oscuridad en los ojos de Ciaran desapareció, reemplazada por una mirada de cruda vulnerabilidad.

—Bueno, ahora ya lo sabes —dijo él, apartando la mirada—. Soy un fugitivo. Mi hermano tiene hombres buscándome. Es mejor que sigas tu camino, muchacha, y te mantengas alejada de mí. Soy un hombre buscado.

—Un hombre buscado que me salvó la vida —replicó Isabelle—. Un hombre buscado que me protegió cuando no tenía por qué hacerlo.

Ciaran vaciló, dedicándole una sonrisa que era a la vez pesarosa y lobuna.

—Mis intenciones no eran del todo honorables, muchacha —dijo, bajando la voz a un susurro—. Incluso con esas ropas extrañas y sucias, eras la moza más hermosa que jamás había visto.

El rostro de Isabelle se encendió mientras la mirada de él escudriñaba la suya. Él extendió la mano para tocarle el costado de la cara, y el deseo se enroscó dentro de ella ante su contacto.

—Por un momento, solo un momento, todas mis penas se desvanecieron al verte —continuó él con voz ronca—. Lo único en lo que puedo pensar es en cuánto deseo volver a probarte.

El corazón de Isabelle latía con tal ferocidad que podía oírlo retumbar en sus oídos. Ciaran le inclinó el rostro hacia el suyo, y ella se quedó sin aliento cuando él se inclinó para apoderarse de sus labios en un beso.

CAPÍTULO 11



El ardiente calor del deseo llenó el cuerpo de Ciaran mientras sostenía a Isabelle cerca, explorando su boca con la suya. Ella sabía tan dulce como recordaba de su beso en la cueva, y no pudo contener el gruñido de placer que emitió al saborearla.

Solo la soltó cuando ambos quedaron sin aliento, e inclinó su cabeza hacia atrás para mordisquear la base de su garganta. Su piel era aún más suave allí, su aroma natural a miel más potente.

—Ciaran... —Isabelle exhaló su nombre con un suspiro. El sonido de su nombre en sus labios lo hizo endurecerse contra su kilt, y volvió a apoderarse de sus labios. Esta vez, Isabelle levantó las manos para enredarlas en su cabello, presionando firmemente su cuerpo contra el suyo.

El mundo a su alrededor se desvaneció mientras exploraba la boca de Isabelle. Sus pezones endurecidos rozaron su túnica, y él anhelaba bajar su corpiño y succionarlos en su boca. Gimió contra sus labios ante la idea, deseando que la barrera de su ropa desapareciera, sentir la suavidad de su piel desnuda contra la suya, besar el plano de su abdomen hasta llegar a la unión entre sus muslos, donde se tomaría su tiempo deleitándose en su dulzura.

Su miembro se tensó contra su kilt ante las imágenes que se arremolinaban en su mente. Soltó su boca, enterrando su rostro en la sedosa suavidad de su cabello. Nunca había deseado a una muchacha como deseaba a Isabelle; necesitó todo su autocontrol para no hacerle el amor allí mismo en el jardín.

Ciaran se obligó a dar un paso atrás, apartando la mirada de la imagen encantadora que ella ofrecía: sus labios hinchados por sus besos, sus ojos azules impregnados de deseo. Tomó su mano, y incluso ese simple acto lo llenó de otra oleada de necesidad.

La condujo de vuelta al interior de la mansión, acariciando el interior de su muñeca con el pulgar mientras caminaban, su pulso saltando y revoloteando bajo su tacto. Cuando llegaron a la puerta de su habitación, levantó su mano y la presionó contra sus labios.

—Buenas noches, hermosa Isabelle —murmuró.

Ella encontró su mirada, y él pudo ver su decepción, que intentó ocultar sin éxito con una sonrisa educada.

—Buenas noches.

Isabelle entró en su habitación, cerrando la puerta tras ella. Ciaran cerró los ojos. A pesar de su deseo por ella, no la atraparía siendo un forajido. Era una muchacha inocente, aquí en Escocia para encontrar a su amiga, lo cual él creía, aunque no creyera su fantástica historia sobre venir del futuro.

Se dio la vuelta y se obligó a alejarse de su habitación antes de que su miembro tomara una

decisión diferente por él.

Imágenes de Isabelle dominaron sus sueños esa noche. Su cabello oscuro brillando a la luz de la luna en el jardín, sus suaves labios contra los suyos, sus generosas curvas presionadas contra su cuerpo.

Pero cuando esas imágenes placenteras se desvanecieron, otras más oscuras las reemplazaron, imágenes que lo habían atormentado desde la muerte de Eoin. Vio el cuerpo inmóvil y sin vida de Eoin, sus ojos abiertos y sin ver, y Ciaran despertó con un jadeo ahogado.

Miró a su alrededor, con la respiración entrecortada. Apenas había pasado el amanecer; la luz del sol de la mañana temprana iluminaba la habitación. Ciaran se recostó contra sus almohadas, con la culpa corriendo por su cuerpo. No debería estar soñando con Isabelle, no cuando solo debería estar pensando en Eoin y en vengar su asesinato.

Evitó la mirada de Isabelle durante el desayuno, aunque se permitió una mirada rápida; no mirarla era como intentar evitar los rayos del sol en un día de verano. Sus ojos se encontraron a través de la larga mesa, y un tumulto de anhelo y deseo lo recorrió. Tuvo que obligarse a apartar la mirada.

Si Gabhran y Donella notaron algo extraño en su comportamiento y el de Isabelle, no dijeron nada, manteniendo la conversación ligera, pero Gabhran lanzaba miradas perspicaces entre los dos.

Él y Gabhran se excusaron después de la comida, y sintió la mirada de Isabelle en su espalda mientras se retiraba.

Una vez que estuvieron solos en el estudio de Gabhran, Ciaran cerró la puerta tras ellos.

—Quiero disculparme —dijo con brusquedad—. Por lo de anoche. No pretendía perder los estribos. No quería que Isabelle supiera que soy un forajido.

—Te importa la muchacha —dijo Gabhran. Era una observación, no una pregunta.

Ciaran dudó. Pensó en la sensación de tener a Isabelle en sus brazos la noche anterior, y en la cueva. La deseaba de una manera en que nunca había deseado a nadie, pero se dijo a sí mismo que no conocía a Isabelle lo suficiente como para que sus sentimientos fueran más profundos.

—Es una muchacha hermosa —respondió Ciaran, evitando la mirada perspicaz de Gabhran.

—Anoche después de la cena fui a buscarte —dijo Gabhran, sin dejarse convencer por la evasiva de Ciaran—. Os vi a los dos en el jardín.

Ciaran se quedó inmóvil. Por el brillo travieso en los ojos de Gabhran, debió haberlo visto besando a Isabelle.

—No fue una sorpresa —continuó Gabhran, sonriendo—. Veo cómo te mira ella. Y tú a ella.

—Deseo a Isabelle, sí. Pero nada más ocurrirá entre nosotros —dijo Ciaran con firmeza, aunque solo trataba de convencerse a sí mismo—. Ella se dirigirá a Tairseach después de que tu mensajero complete su búsqueda de Fiona.

La expresión de Gabhran se tensó cuando mencionó Tairseach, y Ciaran se congeló. Estudió a su amigo.

—Gabhran —dijo—. ¿Qué es lo que sabes sobre Tairseach?

—¿Te acuerdas de mi tía Ilka? —preguntó Gabhran, después de un breve momento de vacilación.

—Sí —dijo Ciaran, sus labios temblando de diversión. Ilka había sido una mujer extraña, murmurando para sí misma todo el tiempo e insistiendo en que él y Gabhran se sentaran en su regazo para que ella pudiera cantarles. Él, Gabhran y otros niños habían hecho todo lo posible por evitarla.

—Bueno, ella hablaba de Tairseach cada vez que mi familia y yo íbamos a visitarla. Insistía

en que la gente aparecía y desaparecía en Tairseach todo el tiempo, aunque los druidas lo habían abandonado hace mucho. Y a menudo decía... —se interrumpió, pareciendo reacio a continuar—. Decía que estas personas venían y se iban a otros tiempos.

Ciaran se tensó, inundado por el asombro.

—¿Otros tiempos? ¿Como el pasado y el futuro?

—Sí. Dado el extraño modo de hablar de Isabelle, y que Donella mencionó que llevaba ropa interior extraña, una parte de mí se ha preguntado... —Gabhran se sonrojó mientras se interrumpía, un gesto de vergüenza cruzando su rostro.

El corazón de Ciaran latía con fuerza mientras miraba a Gabhran. Las palabras de Isabelle resonaron en su mente: *Sé que esto va a sonar loco, pero no soy de este tiempo.*

—Sé que es una tontería, no hace falta que me mires así —gruñó Gabhran.

—No es extraño, todos tenemos nuestras supersticiones —se forzó a decir Ciaran, su estómago llenándose de agitación. ¿Podría Isabelle estar diciendo la verdad? ¿Sería la muchacha del futuro?

—Lo sé. Olvida que dije algo al respecto. Y no se lo digas a Donella, se reiría de semejante tontería —dijo Gabhran.

Antes de que Ciaran pudiera responder, hubo un golpe seco en la puerta, y el alivio lo inundó. No quería detenerse en Tairseach y la idea de una persona viajando a través del tiempo.

Gabhran abrió la puerta revelando a tres hombres de pie allí. Les hizo un gesto para que entraran con una amplia sonrisa.

—Estos son mis hombres más leales —dijo Gabhran—. Wylie, Somerled y Ranulf. Han accedido a ayudarte.

—Os lo agradezco —dijo Ciaran, dirigiéndose a ellos—. Necesitaré que volváis al Castillo Aitharne donde podréis haceros pasar por trabajadores de los establos; los establos siempre necesitan hombres. Encontrad a mi amigo Lachaid; él os ayudará y se puede confiar en él. Centraos en cualquiera que parezca estar en desacuerdo con mi hermano, son los que más probablemente nos ayudarán. Si sospecháis que estáis en peligro o en riesgo de ser descubiertos, salid de allí. Aunque no tengáis la información que necesitáis. No dejaré que ningún hombre muera por mí. ¿Entendido?

Los hombres deslizaron sus miradas hacia Gabhran antes de asentir en señal de acuerdo.

—Informadnos después de una semana —añadió Gabhran.

Cuando los hombres de Gabhran salieron del estudio, Ciaran los vio marcharse con el corazón palpitante. Odiaba que no hubiera más que pudiera hacer. Normalmente era él quien estaba al mando, pero ahora se sentía impotente.

—Lo atraparemos —dijo Gabhran, poniendo su mano en el hombro de Ciaran—. Haremos que tu hermano enfrente la justicia. Y entonces recuperarás tu vida.

CAPÍTULO 12



A l día siguiente de su beso, Isabelle se dio cuenta de que Ciaran parecía decidido a fingir que ella no existía, y que el beso nunca había ocurrido.

Durante el desayuno, evitó mirarla, aunque ella lo sorprendió observándola con esos hipnóticos ojos color avellana al menos dos veces. Luego se encerró con Gabhran en su estudio.

Una vez que estuvieron solas, Donella se ofreció a llevarla a un recorrido por la mansión y sus extensos terrenos. Necesitando una distracción, Isabelle aceptó.

Mientras caminaban, Donella le contó a Isabelle cómo ella y Gabhran se conocieron. Era hija de un comerciante de Edimburgo que se mudó a las Tierras Altas para establecerse con su clan. Su matrimonio con Gabhran no fue arreglado; él la había cortejado y se habían casado por amor.

—Es una casa grande para solo nosotros tres y nuestros sirvientes —dijo Donella, mientras guiaba a Isabelle por el pasillo principal de la mansión—. Espero que Dios vea conveniente que tenga más críos para llenarla. Gabhran es un padre maravilloso. Nunca vi a mi padre mientras crecía, pero Gabhran se esfuerza mucho por pasar tiempo con Annis.

Donella inclinó la cabeza hacia un lado, estudiando a Isabelle.

—¿De qué parte de Inglaterra dijiste que eres? Tienes un acento bastante extraño.

El corazón de Isabelle aceleró su ritmo, y tragó saliva.

—Solo de un pequeño pueblo en el sur de Inglaterra. Dudo que hayas oído hablar de él —dijo—. Vivo con mi hermano; lo extraño mucho —añadió, decidiendo apegarse a la verdad tanto como fuera posible—. Él sabe que estoy aquí buscando a Fiona. No sé dónde está en las Tierras Altas, pero espero encontrarla.

La expresión de Donella se suavizó con simpatía.

—Si nuestro mensajero no la encuentra en el pueblo, puedo hacer que busque en otros cercanos.

—Gracias —dijo Isabelle con una sonrisa agradecida. Le caía bien Donella y odiaba tener que mentir sobre su historia, pero era un mal necesario.

—Sé que no es asunto mío, pero tú y Ciaran parecen estar manteniendo la distancia el uno del otro —dijo Donella—. Me parece extraño, dado lo mucho que te mira cuando cree que no te das cuenta.

Isabelle se sonrojó, tratando de mantener una expresión neutral.

—Ciaran y yo solo somos... conocidos. Estoy agradecida por su rescate y escolta, pero eso es todo lo que hay en nuestra relación —dijo Isabelle, sin poder mirar a Donella a los ojos. *Un conocido al que he besado. Un conocido por el que siento una atracción salvaje.*

—Entonces no me entrometeré —dijo Donella, aunque Isabelle pudo notar por su mirada perspicaz que no le creía—. Pero diré que parece prendado de ti, y nunca he visto a Ciaran

prendado de nadie.

A pesar de sí misma, la esperanza llenó a Isabelle ante las palabras de Donella. Pero cuando se sentaron a cenar con Gabhran y Ciaran, Ciaran siguió evitando mirarla. Tuvo que forzar una sonrisa educada mientras mantenía una charla ligera con Donella y Gabhran.

Cuando se retiró a su habitación, se apoyó contra la puerta, con un dolor que la carcomía por la evitación de Ciaran. Levantó la mano para tocarse los labios, cerrando los ojos. ¿Había sido solo anoche que habían compartido un beso tan apasionado y estremecedor? Apenas había podido caminar derecha después. *Si besa así*, susurró una voz, *¿cómo sería haciendo el amor?*

Las imágenes le vinieron sin ser invitadas. El cuerpo musculoso de Ciaran recostándola en la cama, sus labios en cada parte de su cuerpo, la larga y dura longitud de él hundiéndose en ella. La humedad se deslizó entre sus muslos, e Isabelle tragó saliva, forzando las imágenes eróticas fuera de su mente.

¿Qué demonios le pasaba? Había viajado seiscientos años atrás en el tiempo no para babear por un escocés musculoso, sino para encontrar a su mejor amiga.

Donella y Gabhran habían cumplido su palabra, enviando un mensajero al pueblo más cercano para preguntar por una tal Fiona Stewart, una muchacha con un acento extraño de su edad, pero hasta ahora no había habido noticias.

Pero ¿qué más podía esperar? En el presente, una búsqueda en internet podría encontrar a casi cualquiera. Encontrar a Fiona en esta época era realmente como buscar una aguja en un pajar. Todo lo que podía hacer por ahora era confiar en el mensajero de Gabhran y Donella para obtener noticias, y apartar el miedo de que nunca encontraría a Fiona, de que tendría que volver a su propio tiempo con una interrogante persistente sobre el destino de Fiona.

La encontrarás, se aseguró a sí misma, mientras se desvestía y se metía en la cama. Pero para su vergüenza, no era en Fiona en quien pensaba mientras se quedaba dormida. Era en Ciaran.



UNA RUTINA de cierto tipo se desarrolló durante los siguientes días. Isabelle compartía el desayuno con Donella. A veces Gabhran y Ciaran se unían a ellas, con Ciaran manteniendo su hábito de no mirarla, antes de retirarse a su estudio, donde Donella le dijo que estaban trabajando juntos con los hombres de Gabhran para encontrar formas de limpiar su nombre.

Isabelle y Donella pasarían entonces la mañana con Gabhran y la hija de Donella, Annis. Con ocho años, era más precoz que los cínicos estudiantes adolescentes a los que Isabelle enseñaba en el siglo XXI. Isabelle se sentaría con Annis mientras Donella le enseñaba bordado o le contaba historias antes de compartir la comida del mediodía. Luego, Isabelle daría largos paseos por los jardines antes de cenar con ellos.

El mensajero de Gabhran y Donella seguía regresando sin noticias de Fiona, y las esperanzas de Isabelle de encontrar a su amiga comenzaban a disminuir. No tendría sentido permanecer aquí si no progresaba en encontrarla.

Isabelle estaba reflexionando sobre esto una tarde mientras paseaba por los jardines traseros. Por alguna razón, una parte de ella se resistía a irse todavía, y sus pensamientos se desviaron hacia Ciaran. Seguramente no se estaba quedando aquí por él, ¿verdad?

Soltó un grito cuando casi chocó con un torso ancho y musculoso. Levantó la mirada, sobresaltada. Era Ciaran.

Casi había olvidado el efecto físico que él tenía en ella. Mientras sus ojos avellana escrutaban los suyos, se le secó la garganta y su pulso aleteó salvajemente bajo su piel, tan rápido como las

alas de un colibrí. No ayudaba que él se viera particularmente guapo hoy, con una túnica oscura y un kilt de tartán verde con cinturón, su cabello oscuro alborotado, como si hubiera pasado sus manos por él muchas veces. Su mirada se desvió hacia sus sensuales labios, recordando la sensación de tenerlos presionados contra los suyos, y una oleada de lujuria la recorrió.

—¿Puedo acompañarte, muchacha? —preguntó él, con voz ronca—. ¿En tu paseo?

—Pero... me has estado evitando —soltó ella, con los ojos abiertos de sorpresa.

—Aye —dijo él, con una sonrisa de disculpa—. Me sentía culpable por besarte. Soy un forajido, Isabelle. No quiero ponerte en peligro.

—¿Y ahora quieres caminar conmigo? —lo desafió ella.

—Aye —murmuró él, dando un paso más cerca de ella, y su ritmo cardíaco se disparó—. Me encuentro incapaz de mantenerme alejado de ti, muchacha. Yo... te observo —admitió, señalando una ventana en el segundo piso—. Cada día que paseas.

Isabelle se quedó quieta. Había sentido ojos sobre ella durante sus paseos; había asumido que eran los curiosos sirvientes. Pero era Ciaran quien la había estado observando. Una inesperada oleada de deleite la llenó ante ese pensamiento.

—Supongo que puedes acompañarme —dijo, dándole una ligera sonrisa.

Los hombros de Ciaran se hundieron con alivio; debió haber pensado que ella lo rechazaría. Comenzaron a caminar entre las fragantes flores del jardín, que Donella le había dicho que era sorprendentemente fértil para las Highlands. Pero Isabelle no prestaba atención a su entorno, solo era consciente de la presencia de Ciaran a su lado. Siempre era solo consciente de su presencia cuando él estaba cerca.

—¿Hay algún progreso? —preguntó tentativamente—. ¿Con limpiar tu nombre?

—No —dijo Ciaran, sus ojos oscureciéndose—. Aún no. Llevará algo de tiempo, pero confieso que no soy el hombre más paciente.

Sus ojos se desviaron hacia las flores que llenaban los jardines.

—Esto me recuerda a los jardines que mi madre había plantado en el castillo antes de morir. Mi padre nos encargó a mis hermanos y a mí su mantenimiento —Su rostro se ensombreció al mencionar a sus hermanos.

—¿Esta mansión se parece en algo a tu castillo? —preguntó ella, esperando poder ayudar a desviar su atención de Tavish y Eoin.

—No —dijo él, su expresión suavizándose con una mirada de nostalgia—. Mi castillo no está en tierra abierta. Está rodeado de árboles y hay un pequeño lago cerca. Se dice que mis antepasados construyeron el castillo allí por la soledad, la cercanía con la naturaleza. Nunca he conocido otro hogar. Ni querría conocerlo.

El dolor brilló en sus ojos, e Isabelle extendió la mano para colocarla de forma reconfortante en su brazo. Él se tensó, y ella comenzó a retirar su mano.

—No, muchacha —dijo él, extendiendo la mano para mantener la de ella en su brazo. La miró, sus ojos brillando con picardía—. Disfruto de tu toque más de lo que te das cuenta.

Isabelle sonrió, sonrojándose mientras él metía su mano en el hueco de su brazo.

—¿Y tú? ¿Cómo es tu hogar?

Ella le dio una mirada cautelosa.

—Te he dicho de dónde soy. No me crees.

Una mirada extraña llenó los ojos de Ciaran antes de que desviara la mirada.

—Creo que tienes un hogar —dijo en voz baja.

—Bueno, vivo en una gran ciudad —dijo ella evasivamente, ya que Chicago no existía en esta época.

—¿Como Edimburgo? ¿Londres?

—Sí —dijo ella, decidiendo mantener sus descripciones vagas y evitar mencionar cosas como tecnología, rascacielos o coches—. Mi hogar... mi apartamento... es del tamaño de mi habitación de invitados —continuó, pensando en su pequeño apartamento en el lado norte de Chicago.

—¿Del tamaño de una habitación? ¿Todo tu hogar? —preguntó Ciaran, luciendo sorprendido y ligeramente horrorizado.

Isabelle negó con la cabeza y rió. Ciaran y sus amigos, por amables que fueran, eran de la clase aristocrática de esta época. Estaba hablando con un hombre que había crecido en un castillo rodeado de sirvientes.

—No todos pueden vivir en castillos o mansiones —dijo con una sonrisa burlona—. Solo puedo permitirme una "habitación". Los maestros no ganan mucho de donde vengo. —*Cuando vengo*, añadió silenciosamente.

—Mis tutores eran algunos de los hombres mejor pagados de mi clan —dijo Ciaran, frunciendo el ceño hacia ella—. Pero ninguno de ellos era mujer.

—De donde vengo, hay muchas maestras —dijo Isabelle, mirándolo fijamente, como desafiándolo a cuestionarla.

Pero no lo hizo. En su lugar, se rió. Ciaran reía con todo su cuerpo; echaba la cabeza hacia atrás y sus anchos hombros se sacudían. Isabelle no pudo evitar sonreír ante la vista.

—Te creo, muchacha. Y creo que eres una buena tutora. Mencionaste un hermano. ¿Él también es tutor?

Isabelle se quedó quieta, su corazón se apretó al pensar en su hermano. *Scott*. Debía estar muy preocupado por ella.

—Sí —murmuró—. Enseña literatura clásica; es algo que compartimos el amor por ello. Es el único miembro de la familia con el que estoy cerca. Solo somos nosotros dos; nuestros padres murieron hace años.

—Siento lo de tus padres —murmuró Ciaran—. Pienso a menudo en los míos.

El dolor brilló en sus ojos, e Isabelle apretó su mano mientras continuaban caminando en un silencio amistoso.

Después de ese primer paseo, Ciaran comenzó a acompañarla a diario, y ella esperaba con ansias sus caminatas. Donella y Gabhran parecían complacidos por el creciente acercamiento entre ella y Ciaran, a menudo dejándolos solos a propósito con sonrisas cómplices.

Durante sus paseos, Isabelle aprendió más sobre Ciaran y su vida antes de que todo se pusiera de cabeza. Su padre lo había nombrado laird y jefe de su clan después de fallecer, y sus deberes habían consumido su vida. El único tiempo libre que tenía era para viajes de caza con su hermano Eoin, quien a menudo lo animaba a tomarse descansos y vivir más su vida fuera de las limitaciones de sus obligaciones.

En cuanto a su propia vida, Isabelle dudaba en contarle más sobre ella, dado que él no creía que viniera del futuro.

—Puedes contarme —insistió Ciaran—. Te escucharé sin juzgarte. Tienes mi palabra.

Y así le habló sobre su trabajo y cuánto disfrutaba enseñar inglés, detalles de su relación con Scott, y lo unida que había sido con Fiona, y cuánto la extrañaba. Él cumplió su palabra y escuchó con genuino interés, sin escepticismo, y ella se preguntó si poco a poco estaba empezando a creerle.

Mientras caminaban, él le colocaba la mano en el hueco de su brazo, pero no hacía otros intentos de tocarla o besarla, para gran decepción de ella.

Sin embargo, por mucho que lo deseara, comenzó a apreciar y anhelar más cosas de él que solo su impresionante atractivo. Tenía un gran sentido del humor y hacía imitaciones de Gabhran cuando era un joven salvaje y despreocupado que la hacían reír. Poseía un sentido del honor que no existía en su propia época, y dado su dolor y culpa por el asesinato de Eoin, ella podía notar que era profundamente leal a aquellos que amaba.

Aunque Isabelle atesoraba su tiempo con Ciaran, en el fondo de su mente se recordaba que todo esto era temporal. Su tiempo juntos era breve, una brillante suspensión momentánea del tiempo antes de que ella regresara al siglo veintiuno.

No se permitía pensar demasiado en esto, pero cada vez que lo hacía, el dolor que la invadía indicaba que sus sentimientos por Ciaran se habían vuelto mucho más profundos de lo que había pensado.

CAPÍTULO 13



Ciaran ya no podía negárselo a sí mismo. Anhelaba a la muchacha. Y no solo su cuerpo, aunque las imágenes de sus curvas llenaban sus sueños por la noche. Anhelaba el sonido de su risa, que le recordaba a campanillas tintineantes, su sonrisa, que brillaba con incandescencia y lo llenaba de su propia alegría, incluso el suave murmullo de su voz.

Y dado lo que Gabhran le había contado sobre Tairseach, no podía creer que la amable y considerada muchacha que estaba llegando a conocer le contara una mentira tan elaborada. Pero su persistente incertidumbre sobre la noción de una persona que viaja a través del tiempo estaba en constante batalla con su creencia tentativa en su historia. Decidió ignorar su tormento interno, optando por centrarse en el placer de su compañía.

Continuaba recibiendo actualizaciones periódicas de Gabhran sobre sus hombres; estaban en su lugar en su castillo y en contacto con Lachaid, pero no habían descubierto nada útil.

—Sé que es difícil —le dijo Gabhran—. Pero es mejor que esperemos hasta que descubran algo. Mis hombres son buenos. Ten fe, Ciaran. Encontrarán algo que pueda ayudar.

Era difícil depositar su completa confianza en otros para que lo ayudaran, pero trató de acatar las palabras de Gabhran.

Y mientras podía tener paciencia para recibir actualizaciones de los hombres de Gabhran, ya no podía practicar la paciencia cuando se trataba de su deseo por Isabelle.

Pensó que sus paseos diarios lo satisfarían, pero no era suficiente. Deseaba a Isabelle con una ferocidad que se apoderaba de cada parte de él. Necesitaba más. Y sospechaba que ella sentía lo mismo, por la forma en que sus ojos a veces se demoraban en sus labios, o cómo su mirada recorría su cuerpo de arriba abajo.

Llevaban más de una quincena en la mansión cuando le pidió que diera un paseo con él después de la cena. Vio la sorpresa que brilló en sus hermosos ojos cuando no la llevó al jardín, sino a su habitación de invitados.

—Isabelle —susurró—. Debes saber ya que te deseo. Pero no te deshonraré si no sientes lo mismo.

Esperó su respuesta, con el corazón retumbando en sus oídos. Isabelle bajó la mirada, y temió que lo rechazara. Pero ella se puso de puntillas, presionando sus labios contra los suyos.

—Por favor —murmuró—. Deshónrame, Ciaran.

Dejó escapar un gemido ahogado ante la invitación seductora en su voz, y la levantó en sus brazos. Isabelle rio con sorpresa y deleite mientras él entraba en su habitación, cerrando la puerta de una patada tras ellos. La llevó a la cama mientras ella bajaba su mano a la dureza que se hinchaba bajo su kilt, acariciándolo.

—Cristo, muchacha —gimió, bajándola a la cama y despojándola de su ropa con tal

brusquedad que temió rasgar su fino vestido. Pero no había forma de aplacar el deseo que lo recorría con la fuerza de un río embravecido. Ya no podía contenerse cerca de ella.

Isabelle lo ayudó a desvestirse, su respiración entrecortada mientras lo despojaba de su túnica y kilt.

—Ciaran —susurró, presionando sus manos contra su abdomen musculoso, inclinándose hacia adelante para besar la extensión de su torso. La sensación de sus labios contra su piel lo llenó de un dolor, y gimió, capturando sus manos con las suyas y recostándola en la cama.

—No, muchacha —dijo suavemente, examinando las encantadoras curvas de su cuerpo antes de inclinarse para capturar sus labios con los suyos—. Necesito tocarte primero.

La besó lentamente, con calma, hasta que ella gimoteaba debajo de él, antes de arrastrar sus labios hacia la carne de su garganta, donde mordisqueó la suave piel. Continuó repartiendo besos hasta sus senos, levantando la vista para encontrarse con sus ojos mientras capturaba un pezón en su boca, succionándolo hasta que ella echó la cabeza hacia atrás y gimió.

Capturó el otro pezón con su boca, amasando el seno libre con su mano, deleitándose con la sensación de tenerlo en su mano mientras succionaba.

El cuerpo de Isabelle se estremeció cuando liberó sus senos de sus manos y boca. Besó su abdomen hasta la parte superior de sus muslos, donde abrió sus piernas con sus anchos hombros.

Miró hacia arriba mientras sus ojos azules se encontraban con los suyos, nublados por el deseo. Mantuvo sus ojos fijos en los de ella mientras besaba el interior de su muslo izquierdo, luego el derecho, antes de clavar su boca en su dulce centro.

—Oh, Dios —gritó Isabelle cuando la probó, su lengua adentrándose en su dulzura. Ella comenzó a retorcerse, y él extendió la mano para agarrar sus senos mientras continuaba festejando, gimiendo de placer por el sabor de ella en su lengua.

Podría haberse deleitado con ella para siempre, pero su propia dureza se estaba volviendo dolorosa, y bajó la mano para acariciarse mientras el orgasmo de Isabelle la reclamaba. Ella gritó cuando su clímax la atravesó, derramando sus deliciosos jugos en su boca. Continuó lamiendo su dulzura mientras sus temblores disminuían y se detenían antes de levantar la cabeza a regañadientes.

—Ciaran —dijo entre gemidos, con los ojos cerrados—. Por favor...

—Lo sé, muchacha —susurró, levantándose sobre ella, admirando la belleza de su forma desnuda—. Mírame —ordenó, con una repentina posesividad que lo sorprendió. Necesitaba que ella supiera exactamente quién la estaba reclamando, quién le estaba dando placer.

Ella abrió los ojos, fijándolos en él, y el intenso deseo en ellos era tan evidente que él dejó escapar un gemido de placer mientras hundía su miembro en ella.

Isabelle jadeó, echando la cabeza hacia atrás en éxtasis. Ciaran se mantuvo quieto, permitiéndole adaptarse a su tamaño, pero era difícil: ella se sentía como el cielo apretada a su alrededor, y él no deseaba nada más que empujar su hermoso cuerpo contra la cama con la fuerza de su deseo.

Finalmente, comenzó a moverse, lento y constante, dejando escapar un gemido entre dientes apretados. Isabelle gimoteó, envolviendo sus piernas alrededor de él para atraerlo más profundamente dentro de ella. Entonces él perdió el control, aumentando la fuerza de sus embestidas hasta que la estaba golpeando contra la cama. Succionó su garganta mientras se movían juntos, luego sus labios, luego sus pechos, incapaz de contenerse de saborearla mientras la reclamaba de la manera más íntima.

No sabía cuánto tiempo se movieron juntos, la cama temblando debajo de ellos mientras la embestía, pero pronto el sudor empapó sus cuerpos acalorados, y pudo sentir la fuerza de su

liberación comenzar a espiral profundamente en su vientre. Pero quería esperar; podía decir por los gemidos y la forma temblorosa de Isabelle que ella estaba cerca de otra liberación. Así que se contuvo, apretando los dientes con esfuerzo mientras continuaba embistiéndola contra la cama.

—Córrete para mí, Isabelle —susurró—. Córrete para mí, mi belleza.

—Ciaran —jadeó ella—. Oh, Dios... ¡Ciaran!

Ella se estiró para agarrar sus hombros mientras su liberación la reclamaba, su cuerpo temblando debajo de él, su respiración entrecortada. Ciaran ya no pudo contener su propia liberación. Bajó las manos para sostener el cuerpo de ella cerca del suyo mientras su orgasmo lo reclamaba, y se corrió con un grito ronco, enterrando su rostro en el cuello de ella mientras derramaba su semilla dentro de ella.

Permanecieron unidos durante varios momentos, su respiración entrecortada el único sonido en la habitación, hasta que él se separó relucientemente del cuerpo de Isabelle. Pero continuó sosteniéndola cerca, estirándose para apartar los mechones húmedos de cabello de su rostro.

—No puedo tener suficiente de ti, muchacha —susurró—. ¿Tienes idea de lo deseable que eres?

Isabelle se sonrojó en respuesta, dándole una sonrisa tímida.

—Te he deseado desde que te vi lavándote en ese arroyo —confesó.

—¿Ah, sí? —preguntó él con una sonrisa—. Bueno, yo estaba pensando en ti mientras me lavaba, toda sucia y asustada en esa ropa de hombre que llevabas. Si hubieras llegado un momento después, podrías haberme visto acariciándome.

Los ojos de Isabelle se abrieron de sorpresa, y su sonrojo se profundizó.

—Te he deseado desde que te vi por primera vez, Isabelle —continuó—. Estaba tan enredado en mis problemas... y entonces entraste en mi vida. Ahora eres todo en lo que puedo pensar. Todo lo que deseo.

Isabelle se inclinó hacia adelante para presionar un beso en sus labios. Pero su sonrisa se desvaneció mientras lo estudiaba.

—¿Qué?

—¿Me deseas... aunque creas que te estoy mintiendo? ¿Sobre ser del futuro?

—No creo que me estés mintiendo —dijo él, después de una breve pausa—. Pero debes entender... es difícil de creer. No sé cómo es posible.

—Yo tampoco —dijo Isabelle, sacudiendo la cabeza con frustración—. Pero lo es, porque estoy aquí.

Él estudió su expresión desesperada e implorante, recordando la extraña ropa que llevaba cuando la conoció por primera vez, su extraña manera de hablar. Cómo le había preguntado en qué año estaban cuando se conocieron. La verdad en sus palabras cuando hablaba de su vida antes de tropezar con él en ese bosque. Y la historia de Gabhran sobre Tairseach, que había permanecido en el fondo de su mente.

Ella no era como ninguna muchacha que hubiera conocido. Por imposible que fuera... tenía sentido que fuera de otro tiempo.

Quizás en el fondo siempre había sabido que estaba diciendo la verdad. Quizás se había aferrado a su negación porque sabía que si ella era de otro tiempo... algún día regresaría a él.

—Te creo, muchacha —murmuró, aunque su corazón se oprimió al darse cuenta de que ella no pertenecía aquí.

CAPÍTULO 14



La expresión de alivio que cruzó su rostro fue tan evidente que Ciaran se sintió culpable por no haberle creído antes.

—¿Me crees? —susurró ella—. ¿De verdad?

—Aye —confirmó él—. No lo entiendo... pero te creo.

Le contó sobre la historia de Gabhran acerca de Tairseach y su sospecha inicial sobre Isabelle. Ella se incorporó al oír esto, con los ojos muy abiertos.

—No tiene ni idea de cuánta razón tiene —murmuró—. Lo he pillado estudiándome un par de veces... ahora sé por qué.

—Confío en Gabhran con mi vida —dijo él con seriedad—. Pero es mejor que guardemos esto para nosotros. Muchos en las Highlands son supersticiosos, y una sassenach de la que se rumorea que viene del futuro provocará susurros de brujería.

Isabelle palideció y tragó saliva con dificultad.

—De acuerdo —dijo—. Mantengamos esto entre nosotros.

—¿Cómo sucedió? —preguntó él, queriendo cambiar de tema para borrar esa expresión de miedo de su rostro—. ¿Cuando viajaste en el tiempo?

Ciaran escuchó atentamente mientras Isabelle le contaba sobre una mujer llamada Kensa que la llevó a Tairseach, el tirón del viento que la arrastró hacia atrás y las crípticas palabras de Kensa sobre que ella no pertenecía a su propio tiempo.

—¿Alguna vez te has caído desde una gran altura? —preguntó Isabelle.

—Me caí de mi caballo una vez —dijo él—. Me rompí la pierna.

—Imagina caer desde la altura de... cincuenta caballos —dijo Isabelle—. Solo que a una velocidad vertiginosa y rodeada de oscuridad. Así se sintió. Y cuando recuperé el conocimiento, estaba en ese arroyo fangoso. Creo... creo que Fiona también pudo haber viajado en el tiempo, que Kensa le hizo lo mismo.

—Encontrarás a tu amiga —le aseguró Ciaran, notando la preocupación en su rostro—. Puede que lleve tiempo, pero puedo ver lo determinada que estás.

—Eso espero —susurró Isabelle.

Después de una breve pausa, Ciaran extendió la mano para acariciar los sedosos mechones de su cabello. Ella se inclinó hacia su caricia, apoyando la cabeza en su pecho.

—¿Cómo es ese futuro? —preguntó Ciaran, continuando acariciando su cabello.

Isabelle le habló de edificios tan altos como montañas, carruajes impulsados por cosas llamadas motores y no por caballos, pequeños objetos llamados teléfonos que funcionaban como cartas, conectando a las personas a grandes distancias. Le contó sobre los cambios sociales; mujeres que asistían a la universidad y tenían trabajos propios como ella.

Todo esto le pareció extraño y fascinante, pero quería saber más sobre ella en ese futuro.

—Me dijiste que enseñabas inglés, ¿en esa escuela de alta? —preguntó.

—Escuela secundaria —corrigió Isabelle, con una sonrisa en los labios—. Y sí. Pero muchos jóvenes en mi tiempo no están muy interesados en los libros antiguos y los clásicos. De vez en cuando, tengo un estudiante que se emociona tanto con los clásicos como yo.

—¿Cuál es tu favorito de estos? —preguntó él—. ¿De estos clásicos?

—Muchos de los griegos, especialmente los mitos. El de Orfeo descendiendo al...

—Al infierno. Para rescatar a la mujer que ama —terminó por ella. Ante la sorpresa que brilló en sus ojos, él le dedicó una sonrisa burlona—. ¿Qué? ¿No crees que un highlander pueda leer los clásicos? Te dije que mi castillo tenía buenos tutores. Es una de mis historias favoritas.

—¿De verdad? —preguntó ella, mirándolo con el entusiasmo de una niña pequeña, y él se rió.

—Aye —dijo—. Te habría gustado Eoin. A él también le gustaba leer y contar historias. Él... —Ciaran se interrumpió cuando la imagen del rostro amable de su hermano llenó su mente. No estaba preparado para el repentino dolor que lo embargó. Cerró los ojos contra el escozor de las lágrimas.

—Ciaran.

Abrió los ojos. Isabelle le había tomado la mano, su expresión llena de calidez y empatía.

—No luches contra tu dolor. Apartarlo solo lo empeora. Permítete llorar. Es la única manera de seguir adelante.

Quería resistirse a sus palabras, volver al entumecimiento al que se había entregado desde su arresto por el asesinato de Eoin. Pero Isabelle ya había cambiado algo en él... había agrietado los muros que había erigido alrededor de su corazón.

—Está bien —murmuró Isabelle. Extendió los brazos para atraerlo hacia sí, y Ciaran enterró su rostro en el hueco de su cuello, su dulce Isabelle, y lloró.



CUANDO LA LUZ del amanecer se filtró en la cámara de Isabelle, despertaron al mismo tiempo, y Ciaran le hizo el amor de nuevo. Esta vez fue menos ferviente, pero aún más apasionado, con sus ojos fijos en los de ella mientras se movía dentro de ella, sus movimientos íntimos silenciosos y pausados en el silencio de la primera luz.

—Cuéntame más sobre él —susurró Isabelle después, mientras se abrazaban—. Tu hermano.

Le contó todo sobre Eoin, cómo siempre encontraba la alegría en la vida cotidiana, lo bien que caía entre el clan, cómo era capaz de hacer reír incluso al noble más serio.

—Intenté tener el mismo vínculo con Tavish que tenía con Eoin. Pero se mantuvo frío y distante, ha sido así desde que era un crío. No tenía idea de que me odiara tanto. Debería haberlo sabido.

—No podrías haberlo sabido —dijo Isabelle con firmeza—. Y todo eso está en el pasado. Lo que importa ahora es cómo sigues adelante.

Sus palabras calaron hondo, y una renovada oleada de determinación fluyó a través de él. Si los hombres de Gabhran no estaban encontrando nada, tendría que intentar algo más. Quizás incluso buscar otra clan para aliarse con él. No podía permitir que Tavish se saliera con la suya después de lo que había hecho.

Ciaran se quedó inmóvil cuando el sonido de múltiples cascos de caballos rompió el silencio.

Se apresuró a salir de la cama. La conmoción lo recorrió cuando miró por la ventana. Varios

hombres a caballo se acercaban a la mansión. A medida que se acercaban, reconoció a su hermano como uno de ellos.

Tavish lo había encontrado.

CAPÍTULO 15



Isabelle se levantó de la cama, aferrándose a las sábanas alrededor de su cuerpo desnudo, con el pecho oprimido. El rostro de Ciaran había palidecido mientras miraba por la ventana.

—¿Qué sucede? —susurró.

—Es mi hermano. Y sus hombres —dijo él con seriedad, volviéndose para mirarla.

—Dios mío —jadeó Isabelle. Se quedó paralizada mientras Ciaran se movía hacia los pies de la cama y recogía su ropa del suelo.

—Te quedarás en esta habitación —ordenó, sin mirarla mientras se vestía—. Si me entrego ahora, no tendrán razón para entrar en la mansión.

El horror inundó el cuerpo de Isabelle mientras se vestía apresuradamente.

—¿Entregarte?

—Aye. No permitiré que tú ni mis amigos sufran daño por mi presencia aquí.

—No —protestó Isabelle, extendiendo la mano para agarrar su brazo—. Tavish te colgará si regresas.

—No es asunto tuyo —dijo Ciaran, apartando suavemente su mano—. Vuelve a Tairseach, a tu propio tiempo, una vez que me haya ido.

El pánico recorrió a Isabelle, y negó con la cabeza. No podía simplemente dejar que Ciaran fuera ejecutado. Una abrumadora sensación de dolor la invadió ante ese pensamiento.

Respiró hondo varias veces, obligándose a calmarse, a pensar. Y entonces se le ocurrió una idea.

—Ciaran, espera. Por favor. Tengo una idea.

—Isabelle...

—Piensa en Eoin —lo interrumpió—. ¿No dijiste que querías vengarlo? ¿Vas a rendirte sin más?

—Tavish está aquí. No hay tiempo para planear...

—Por favor, escúchame. Mi idea puede darte más tiempo.

Su expresión se mantuvo tensa, pero exhaló un suspiro de precaución.

—Está bien, muchacha. ¿Cuál es tu plan?



MOMENTOS DESPUÉS, Isabelle estaba de pie frente a la sala de estar, con el corazón latiendo erráticamente en su pecho. Dentro, Tavish y dos de sus hombres estaban frente a Gabhran y Donella, interrogándolos sobre el paradero de Ciaran. Solo había tenido unos momentos para contarles su plan; para su alivio, habían accedido a seguir el juego, tan desesperados por salvar a

Ciaran como ella.

Isabelle respiró hondo varias veces antes de abrir la puerta. Era hora del espectáculo.

Gabhran se volvió, con los ojos abiertos de par en par al verla. Sus dotes de actuación la impresionaron, mientras se ponía de pie y gritaba:

—¡Isabelle! Te dije que te quedaras en tu habitación.

Tavish y sus hombres se volvieron para mirarla. Ella trató de no estremecerse ante la dura mirada de Tavish. A diferencia de su hermano, era rubio con ojos azules, y a diferencia de la calidez natural de Ciaran, había una frialdad en él que podía sentir desde varios metros de distancia.

—Lo-lo siento —dijo, esperando parecer tanto sorprendida como avergonzada. Los ojos de Tavish se entrecerraron al escuchar su extraño acento. Ella se giró como si fuera a irse, pero Tavish cruzó la habitación hacia ella en varias zancadas.

—¿Y quién eres tú, muchacha? —gruñó.

—Una invitada —dijo Gabhran—. Ella no tiene nada que...

—La muchacha puede hablar por sí misma —interrumpió Tavish, con los ojos fijos en los de ella—. Solo preguntaré una vez más. ¿Quién eres, muchacha?

Ella lo miró con miedo, algo que no tuvo que fingir. La frialdad de Tavish era intimidante.

—Yo-yo soy de Inglaterra y estaba viajando por estas tierras para visitar a una prima. Unos bandidos asaltaron mi carruaje. Yo...

—La muchacha ha hablado suficiente —interrumpió Gabhran—. Isabelle, vete de aquí ahora.

—Si no te callas, Gabhran, haré que mis hombres lo hagan por ti —espetó Tavish—. Termina tu historia, muchacha.

Isabelle tragó saliva. Esta próxima parte era crucial para su plan; necesitaba venderla.

—Un hombre me rescató cuando los bandidos atacaron. Me dijo que se llamaba Ciaran. Me dejó aquí para que pudiera organizar el transporte y continuar mi viaje, y...

—¡Detente, Isabelle! —gritó Gabhran—. Cierra la...

Uno de los hombres de Tavish dio un paso amenazador hacia Gabhran, y Donella corrió a su lado. Isabelle se quedó quieta, apretando los puños a los costados. No quería arriesgarse a que los hombres de Tavish lastimaran a Gabhran, pero la mirada en sus ojos la instaba a continuar.

—Continúa, muchacha —ordenó Tavish.

—Ciaran nos dijo que no quería poner a sus amigos en peligro, así que iba a quedarse con un amigo de confianza en Edimburgo.

Gabhran y Donella la miraron horrorizados, y su actuación volvió a complacerla. Volvió su mirada a Tavish, la persona que más necesitaba creer en su actuación.

Una mirada de oscuro placer llenó sus ojos y la repugnancia la invadió. ¿Cómo podía el apuesto y honorable Ciaran estar emparentado por sangre con esta serpiente? Pero mantuvo la expresión de confusión asustada en su rostro.

—Lo has hecho bien, muchacha —murmuró—. Conozco varios hombres posibles a los que buscará en Edimburgo. No entiendo por qué Gabhran quiere proteger a un asesino y traidor.

Su expresión se volvió lasciva mientras sus ojos recorrían la curva de sus pechos bajo el corpiño.

—Quizás pueda ayudarte a regresar a Inglaterra en nuestro camino a Edimburgo.

—Eso es muy amable de tu parte —Isabelle se obligó a decir, aunque la invadía el disgusto ante la idea de ir a cualquier parte con este hombre—. Pero ya se ha dispuesto transporte para mí.

—Si Gabhran no estuviera hospedando a una moza tan bonita y mostrándole hospitalidad, y si no fuera a iniciar una guerra entre clanes, lo habría mandado a la horca por traición y a su

esposa e hija a un convento —dijo fríamente, lanzando una mirada fulminante a Gabhran por encima del hombro—. Pero debo continuar la cacería de mi hermano traidor. Te agradezco tu honestidad, muchacha.

Extendió la mano para tomar la de ella, levantándola hasta sus labios para besarla. Otra ola de repulsión la invadió, pero se obligó a sonreír.

—Si tan solo nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, muchacha —murmuró, con sus ojos oscureciéndose de deseo.

—Tenemos que partir, mi señor —interrumpió uno de sus hombres, para el inmenso alivio de Isabelle—. Este clima no va a aguantar. Nuestros caballos no pueden cabalgar rápido si la lluvia es fuerte.

Tavish asintió, pero su mirada se demoró en la de ella. Isabelle tragó saliva, temiendo que insistiera en que se fuera con ellos. Pero se dio la vuelta, haciendo un gesto a sus hombres para que lo siguieran afuera.

Se movió para pararse junto a Gabhran y Donella mientras observaban a Tavish y sus hombres alejarse cabalgando de la mansión. Solo cuando desaparecieron en la distancia, los hombros de Isabelle se hundieron de alivio.

Funcionó, pensó aturdida. Su plan había funcionado, y le había comprado tiempo a Ciaran.

Ciaran entró en la habitación una vez que Tavish y sus hombres estuvieron fuera de vista, y ella corrió hacia él, enterrando su rostro en el hueco de su cuello mientras él la abrazaba.

—Me alegro de que estés a salvo —susurró, acariciando su cabello—. Me costó todo no irrumpir aquí cuando te tocó.

Ella se apartó, mirándolo horrorizada.

—¿Estabas mirando? Ciaran, ¡se suponía que debías estar escondido en los establos!

Durante su plan improvisado, habían decidido que Ciaran se mantendría fuera de vista en los establos mientras ellos realizaban su actuación. El pavor la invadió al pensar en lo que habría pasado si Tavish lo hubiera visto.

—No podía arriesgarme a que les hiciera daño por mi culpa —dijo Ciaran—. Estaba en la habitación de al lado, no me vieron.

—Isabelle lo hizo bien. Tu hermano le creyó —dijo Donella con una sonrisa.

—Gracias —dijo Isabelle, devolviéndole la sonrisa—. Ustedes también lo hicieron bien.

—No puedo quedarme aquí —interrumpió Ciaran, y el alivio de Isabelle se disipó—. La visita de Tavish solo prueba lo peligroso que es para mí estar aquí.

—No, Ciaran —protestó Gabhran—. Lo hemos despachado.

—Mi hermano descubrirá que no estoy en Edimburgo; volverá aquí. Y cuando regrese, no les mostrará ninguna misericordia. Necesito conseguir más hombres de mi lado antes de que vuelva, y no solo por mí, sino para protegerlos a todos ustedes. ¿Puedo hablar a solas con Isabelle? —añadió abruptamente, e Isabelle se tensó con temor.

Después de que Gabhran y Donella accedieran y los dejaran solos, Ciaran tomó su mano, volviéndola hacia él.

—Necesitas seguir tu camino. Cuando Tavish se dé cuenta de que le mentiste, de que me estás ayudando... —se interrumpió, su rostro perdiendo el color—. He visto cómo trata a las muchachas que lo disgustan. Debes volver a tu tiempo, Isabelle.

Isabelle se quedó inmóvil, con el dolor espiralizándose en su pecho.

—Pero, Fiona... —comenzó.

—Supongo que tu amiga querría que estuvieras a salvo —la interrumpió—. Puedo dar su nombre a personas que conozco, hacer arreglos para que te llegue la noticia si la encuentran.

Gabhran y Donella también continuarán la búsqueda.

—¿Y tú? —insistió Isabelle—. ¿Adónde vas a ir?

—Hay un noble de alto rango que conozco, Artair Brothaig. No lo conozco muy bien, pero fue aliado de mi padre una vez y puede que ayude. Gabhran me dijo que reside no lejos de Tairseach. Te llevaré a Tairseach, luego buscaré refugio con él.

La incertidumbre llenó las entrañas de Isabelle, y abrió la boca para protestar. Pero él colocó su pulgar sobre sus labios para silenciarla, con el arrepentimiento ardiendo en sus ojos avellana.

—Ojalá nos hubiéramos conocido de otra manera, muchacha —murmuró. Era un eco de las palabras de su hermano, pero las palabras de Ciaran la llenaron de un doloroso anhelo. No solo se habían conocido en las circunstancias equivocadas, se habían conocido en el momento equivocado.

Se inclinó para darle un breve beso en los labios antes de dejarla sola en la sala. Ella se quedó allí por varios momentos, con los ojos cerrados, presionando sus dedos contra sus labios donde él la había besado, como si pudiera grabar el recuerdo de su beso en ellos.

Isabelle se mantuvo en su habitación el resto del día, negándose incluso a comer con los demás. Se dijo a sí misma que Ciaran tenía razón; era demasiado peligroso para ella aquí y Fiona querría que estuviera a salvo. Además, ahora tenía personas que continuarían la búsqueda después de que ella volviera al siglo XXI. Solo necesitaba asegurarse de que le enviaran una carta de la manera en que Fiona lo había hecho si la encontraban.

Sin embargo, su autoconvencimiento no hizo nada para aliviar la angustia que la llenaba ante la perspectiva de su inminente separación de Ciaran. Y había algo más que persistía bajo su tristeza, una inquietud que no podía entender del todo.

No fue hasta que se estaba preparando para dormir que la causa de su inquietud la golpeó. Era el noble que Ciaran había mencionado. *Artair*.

Isabelle huyó de su habitación, corriendo por el pasillo para encontrar a Ciaran. Durante todo el tiempo que había estado en el siglo XIV, su conocimiento del futuro no había servido de nada para ayudar en los eventos presentes.

Hasta ahora.

CAPÍTULO 16



Ciaran se puso tenso cuando Isabelle entró en su cámara, una ardiente conciencia lo recorrió al verla en su vestido interior. Se ajustaba a sus curvas, y él anhelaba tomarla en sus brazos, llevarla a su cama y hundirse dentro de ella.

Y de no haber sido por la visita de su hermano, lo habría hecho.

Había probado una noche con ella, y tendría que conformarse con eso. El miedo lo invadió al pensar en Tavish capturándola, tomando venganza por haberlo ayudado. Para mantenerla a salvo, tendría que dejar de lado su anhelo por ella.

Ciaran se enderezó, manteniéndose rígido mientras ella se acercaba, sin dejar que su mirada se deslizara hacia el contorno de sus senos bajo el vestido.

—No deberías estar aquí, muchacha.

—Lo sé —dijo ella—. Pero necesitaba advertirte sobre ese noble que mencionaste, Artair. No puedes confiar en él.

—¿Cómo lo sabes?

—He oído hablar de él en mi época. ¿Recuerdas a Kensa, la mujer de la que te hablé? Ella me contó sobre él, y no creo que sea una coincidencia que lo hiciera. Dentro de dos años, lo colgarán por traicionar a varios clanes, trabajando a sus espaldas para enfrentarlos entre sí y beneficiándose de sus conflictos. Si acudes a él, no tengo duda de que irá con Tavish y te entregará.

Ciaran se quedó inmóvil, considerando sus palabras. No conocía bien a Artair, pero había rumores desenfrenados sobre su naturaleza mercenaria. Sin embargo, Ciaran tenía opciones limitadas en cuanto a la elección de aliados.

—Te lo agradezco —dijo, exhalando un pesado suspiro. Tendría que hacer planes alternativos, aunque resultaría difícil encontrar hombres no aliados con el Clan Aitharne que lo acogieran.

—¿Qué vas a hacer?

—No es asunto tuyo. Pronto —su voz vaciló, pero se obligó a continuar—, pronto estarás de vuelta en tu época, lejos de mis problemas.

Isabelle se mordió el labio, sus hermosos ojos llenándose de lágrimas.

—No quiero enviarte lejos —susurró—. Pero entiendes lo peligroso que es para ti estar aquí, ¿verdad?

—Lo entiendo —dijo Isabelle—. Pero tampoco quiero que te pase nada. Yo... me preocupo por ti, Ciaran. No mereces esto. Nada de esto.

—No te preocupes. Tengo otros aliados en las Tierras Altas. Puede que sea más difícil llegar a ellos, pero lo haré.

Extendió la mano para limpiar una lágrima perdida en su rostro con el pulgar. Isabelle se quedó quieta ante su toque; él oyó cómo se le cortaba la respiración cuando sus ojos se elevaron hacia los suyos.

La mirada de Ciaran bajó a su boca, a la curva de sus hombros, a sus senos. Debería decirle que volviera a su habitación. Pero su cuerpo no obedecía. Su corazón tampoco.

La atrajo hacia el círculo de sus brazos, presionando sus labios contra los de ella. El calor que lo llenaba se avivó hasta convertirse en un infierno ardiente, y su miembro se agitó bajo su kilt.

—Ciaran —suspiró Isabelle contra su boca—, si vamos a tener una última noche juntos... hagamos que cuente.

Dio un paso atrás, y a él se le secó la boca cuando ella bajó su vestido interior para quedar desnuda frente a él.

Gruñó ante su desafío, avanzando para capturar de nuevo su boca con la suya. Su deseo era tan grande que no tuvo paciencia para llegar a la cama; se hundió de rodillas ante ella, agarrando sus nalgas y llevando su dulce sexo a su boca.

—Dios mío —jadeó ella, llevando las manos a su cabello, presionándolo más firmemente contra ella. Continuó lamiendo y sondeando su centro, necesitando recordar su sabor, grabarlo en su memoria. No se detuvo hasta que ella se estremeció con su liberación, y la bajó al suelo.

—Lo siento —gimió—. No puedo esperar más.

Isabelle jadeó cuando él se quitó la ropa y hundió su dura longitud dentro de ella. Ella rodeó su cuello con los brazos, su respiración saliendo en jadeos mientras él comenzaba a embestir. Sus ojos se encontraron mientras la penetraba, y él se inclinó para saquear su boca con su lengua. No pasó mucho tiempo antes de que sintiera los tirones de su liberación, y llegó con un rugido, sosteniéndola cerca mientras el cuerpo de ella se sacudía con su propio clímax.

Ambos aún estaban sin aliento cuando él se incorporó, tomándola suavemente en sus brazos. La llevó a la cama, sus ojos recorriendo la belleza de su cuerpo desnudo —sus senos llenos, el plano de su abdomen, la suave curva de sus caderas— y se endureció una vez más.

Los ojos de Isabelle se agrandaron al ver su erección, y él le dio una sonrisa traviesa.

—Dijiste que hiciéramos que esta noche contara, mi hermosa Isabelle —susurró, gateando sobre ella, siseando al sentir su carne desnuda contra la suya—. Tengo la intención de que así sea.



CIARAN SE DESPERTÓ MUCHO ANTES que Isabelle a la mañana siguiente, con el temor como un gran peso en su corazón. Después de haberle hecho el amor por segunda vez, habían pasado la noche hablando, evitando el tema de su inminente separación. En su lugar, hablaron de los clásicos que tanto a él como a Isabelle les gustaban, la precocidad de la hija de Gabhran y Donella, su amistad con Gabhran, que según ella le dijo, parecía similar a su amistad con Fiona. Él se había quedado despierto después de que ella se durmiera, mirándola, queriendo recordar cada detalle de esta hermosa viajera del tiempo que había entrado en su vida y la había llenado de alegría momentánea.

Hoy la devolvería a Tairseach y se separarían. Ella se iría a su propio tiempo, un futuro en el que él no existía. Miró su forma dormida, un resentimiento oscuro arrastrándose dentro de él, resentimiento hacia ese futuro que tendría a su Isabelle. Era demasiado hermosa para quedarse sola por mucho tiempo; algún día un hombre reclamaría su corazón y su cuerpo como suyos.

Cerró los ojos, permitiéndose imaginar un futuro diferente para ellos. La imaginó como

señora del Castillo Aitharne. Pasando los días con ella leyendo y discutiendo los clásicos que tanto le gustaban. Pasando las noches con su cuerpo entrelazado con el suyo.

Pero no iba a ser. Su hermano no pararía hasta que tuviera a Ciaran colgando de una soga. Y mientras eso fuera cierto, todos los que le importaban estaban en peligro.

Isabelle estaba callada cuando se despertó y se vistió. Él pensó que estaría contenta de volver a su propio tiempo, pero su expresión estaba ensombrecida.

Apenas habló mientras compartían una breve comida con Gabhran y Donella, y su silencio persistió incluso cuando se despidieron de ellos con un abrazo.

—Manténganse a salvo —dijo Ciaran, agarrando los hombros de Gabhran, mientras estaban frente a la mansión—. Lleva a tu familia y escóndete si mi hermano vuelve.

—Sé cómo manejar a tu hermano —respondió Gabhran con el ceño fruncido—. ¿Crees que estarás a salvo con ese otro clan?

Ciaran asintió, aunque no estaba seguro. Planeaba dirigirse al norte, para buscar refugio con un pequeño clan que siempre había sido amistoso con él. Rezaba para que lo acogieran.

Gabhran miró a Isabelle, que caminaba hacia el caballo con Donella. —¿Estás seguro de que quieres separarte de la muchacha?

—No tengo elección —dijo Ciaran, el dolor astillando su corazón ante las palabras—. No es de por aquí, esta no es su lucha. Es mejor para ella volver a... Inglaterra.

Gabhran lo estudió por un largo momento, como si sintiera el tormento interno de Ciaran por dejar ir a Isabelle. Finalmente le dio un gesto de despedida, retrocediendo.

Momentos después, la mansión desapareció detrás de ellos mientras él e Isabelle cabalgaban. Su temor había aumentado, y trató de no pensar en su inminente separación, ignorando el dolor que desgarraba sus entrañas.

Cuando llegaron a Tairseach, examinó las ruinas del pueblo, un escalofrío inquietante llenándolo. Había algo perturbador en este lugar.

Desmontaron, y él ató su caballo a un árbol antes de volverse hacia Isabelle, que observaba silenciosamente las ruinas.

—¿Cómo funciona esto? —preguntó, con la voz inestable.

—No estoy segura. Es como te dije antes... había este viento. Creo... creo que el viento me arrastró a través del tiempo de alguna manera. Puedo oírlo ahora. ¿Tú no?

Ciaran negó con la cabeza, mirando alrededor. Una quietud escalofriante impregnaba el pueblo; ni siquiera sentía la más mínima brisa.

—Ciaran —dijo Isabelle de repente, dando un paso adelante para agarrar su brazo—. No quiero...

Se detuvo al oír el sonido de caballos acercándose. Ciaran se quedó inmóvil, volviéndose para examinar el horizonte. El pánico lo golpeó al ver a varios hombres cabalgando hacia ellos. Aunque estaban demasiado lejos para identificarlos, sospechaba que eran los hombres de su hermano. Debían haberlos seguido desde la distancia.

Ciaran maldijo, agarrando el brazo de Isabelle.

—No hay mucho tiempo. ¿Dónde te paraste... antes de ser transportada aquí?

Temblando, Isabelle señaló la entrada del castillo.

—Pero Ciaran, si esos son los hombres de Tavish...

—Lo sé. Por eso necesitas irte, ahora.

Sin soltar su brazo, la condujo al castillo.

—Ciaran, espera. Déjame ayudarte. ¡No quiero irme!

Ciaran ignoró sus palabras, acercándola para darle un beso ferviente en la boca. Una serie de

emociones lo recorrieron durante su breve beso: arrepentimiento, miedo, dolor, anhelo.

Tuvo que obligarse a soltarla y dar un paso atrás.

—Vete, Isabelle. No es seguro para ti aquí. Vive tu vida. *Vete*.

Las lágrimas corrían por el rostro de Isabelle y ella negó con la cabeza. Pero él la empujó suavemente hacia atrás.

—¡Vete! —soltó, con sus propias lágrimas picándole los ojos.

Sucedió rápido. La boca de Isabelle se abrió, su nombre en sus labios mientras era jalada hacia atrás, como si brazos invisibles la hubieran agarrado, y ella... desapareció.

Ciaran observó con asombro horrorizado, tambaleándose por su repentina desaparición. Cerró los ojos, luchando contra el impulso de caer de rodillas por el dolor. Se arrepintió de no haberle dicho las palabras que quería decir, palabras que venían de lo más profundo de su ser.

Y así las dijo ahora, susurrando en el silencio, la dolorosa estela de su ausencia.

—Te amo, Isabelle.

El sonido de los caballos acercándose se hizo más fuerte, y oyó los gritos de los hombres cuando lo avistaron.

Abrió los ojos, tomando aire mientras se volvía para enfrentar a los hombres de su hermano.

CAPÍTULO 17



Actualidad
Larkin, Escocia

*E*l siglo veintiuno era una cacofonía de ruido.

Durante su primera visita a Larkin, había pensado que era un pueblecito tranquilo. Pero parecía que con cada segundo que pasaba, un coche ruidoso rugía al pasar o un avión surcaba el cielo, con el sonido distante de su motor reverberando por las calles. Incluso la posada era un hervidero de actividad; las voces de varios huéspedes resonaban por los pasillos, sus teléfonos móviles sonando con mensajes y llamadas.

Isabelle yacía en la cama de su habitación; la misma en la que se había hospedado semanas atrás. Cerró los ojos, cubriéndose la cabeza con la almohada. Sintió una repentina punzada de añoranza por el silencio relativo del siglo XIV; el constante traqueteo de los cascos de los caballos, el susurro del viento entre las ramas de los árboles, el golpeteo de las gotas de lluvia en el suelo.

Pero sobre todo, añoraba a Ciaran. Su corazón se encogió en su pecho al recordar la mirada en sus ojos cuando la empujó a través del portal invisible: el anhelo y el arrepentimiento. El mismo vórtice de viento que la había absorbido hacia el pasado la arrojó de vuelta a su propio tiempo. Después de una suspensión temporal en la oscuridad, se encontró en el Tairseach moderno. Pudo darse cuenta por la vista de su coche y la diferencia en los árboles y arbustos que rodeaban el pueblo. Aun así, en su dolor y conmoción, había avanzado tambaleándose, gritando el nombre de Ciaran.

Casi había vuelto de nuevo, buscando ese vórtice de viento para regresar a él, cuando un coche se detuvo al lado de la carretera, y su hermano Scott salió precipitadamente, gritando su nombre.

Scott había corrido hacia ella, con alivio brillando en sus ojos, y la había estrechado entre sus brazos. Más tarde, le contó que la posada lo había puesto en contacto con Jon después de que ella desapareciera. Jon fue quien le dijo que podría estar en esa zona.

—Izzy.

La voz de Scott sacó a Isabelle del torbellino de sus pensamientos, y se volvió para mirarlo. Él la había llevado de vuelta a la posada, y ella había estado en cama la mayor parte del tiempo, silenciosa y conmocionada. No estaba segura de cuánto tiempo había pasado desde que regresó al presente. ¿Un día? ¿Dos?

Scott entró, su rostro tenso de preocupación mientras se sentaba junto a ella. La culpa se arremolinó en su interior al ver las sombras bajo los ojos de él; había estado profundamente

preocupado después de que ella desapareciera. Scott le había preguntado sobre el vestido medieval que llevaba puesto cuando la encontró, pero Isabelle no le había contado dónde había estado; estaba demasiado afligida y agotada para inventar una historia plausible.

—No tienes que contarme lo que pasó ahora —dijo él suavemente, mientras ella lo miraba a los ojos—. Pero quiero ayudar, Iz. Por favor. Estoy preocupado por ti. Nunca te había visto así. ¿Hay algo que pueda hacer?

Volver a 1390 y salvar la vida de Ciaran. Traérmelo de vuelta. Y encuentra a Fiona mientras estás allí, dijo Isabelle en silencio, con el pecho oprimido. Miró a los ojos de su hermano, del mismo tono azul claro que los suyos. ¿Cómo podía contarle lo que realmente había sucedido? Scott tenía buenas intenciones, pero la enviaría a un hospital psiquiátrico.

—Solo quiero que me dejen sola —susurró.

—Iz...

—Por favor —dijo ella—. Yo... solo necesito descansar. Y luego hablaré contigo más tarde, ¿de acuerdo?

Scott dudó, pero finalmente se puso de pie y salió de la habitación.

Una vez que se fue, Isabelle se incorporó, con una renovada oleada de determinación fluyendo a través de ella. ¿Cuánto tiempo iba a languidecer aquí en su dolor? Si este asunto de los viajes en el tiempo funcionaba en tiempo real, Tavish podría haber capturado a Ciaran, pero cabía la posibilidad de que aún estuviera vivo. Necesitaba volver con él.

Pero primero necesitaba asegurarse de hacerlo correctamente. Por alguna razón, había terminado en el camino de Ciaran la última vez que cayó a través del tiempo. No estaba segura de dónde acabaría si volvía por su cuenta ahora. Había alguien que podía llevarla de vuelta al lugar correcto, al tiempo correcto. Kensa.

De no haber estado tan afligida y conmocionada, y si su hermano no hubiera aparecido, habría ido a casa de Kensa y le habría exigido que la devolviera al siglo XIV. E Isabelle volvería, pero esta vez no era solo por Fiona. Era por Ciaran.

El hombre que amaba.

No se dio cuenta de que lo amaba hasta que regresó al presente. Una vez que comprendió que estaba separada de Ciaran por siglos, su dolor la había incapacitado. En el pasado, sabía que lo deseaba, que se preocupaba por él, pero la profundidad de sus sentimientos no había sido clara hasta ahora. Sentimientos que ahora la impulsaban a luchar por él.

Se deslizó fuera de la cama. Cogió un bloc de notas para garabatear una nota para Scott, informándole que necesitaba dar un paseo. Y luego, sintiéndose como una prisionera haciendo una fuga, salió por la ventana y se escabulló de la posada.

Isabelle se metió en su coche de alquiler, aliviada de que Scott lo hubiera traído de vuelta por ella. Se dirigió a la casa de Kensa de memoria, y cuando llegó, salió precipitadamente del coche, corriendo hacia la puerta principal y golpeándola con fuerza.

Nadie respondió. Frustrada, se movió hacia la gran ventana frontal, asomándose.

Y su corazón se desplomó en su pecho. La sala de estar, antes abarrotada, estaba vacía, al igual que la cocina. La casa estaba completamente desalojada.

Las lágrimas le escocían los ojos, y retrocedió tambaleándose, presionando su mano contra la boca. Kensa era quien la había hecho viajar en el tiempo en primer lugar, ¿verdad? ¿Siquiera podía viajar al pasado por su cuenta? ¿Y si Ciaran estaba perdido para siempre? ¿Y Fiona?

—¿Quién vive aquí?

Isabelle se giró, sobresaltada. Scott estaba de pie a varios metros de distancia, apoyado contra su coche, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos entrecerrados.

—Te seguí —dijo él, ante su mirada de sorpresa—. Esos fueron unos buenos movimientos, saliendo por la ventana. Hacías lo mismo cuando eras adolescente y te escapabas a fiestas a las que no te dejaban ir.

Isabelle se sonrojó, tragando saliva con dificultad mientras Scott se acercaba a ella.

—Es hora de hablar, Izzy. Quiero saber dónde estuviste durante todas esas semanas.



SCOTT CAMINABA de un lado a otro en la pequeña habitación de invitados, con los brazos cruzados sobre el pecho. Isabelle estaba sentada en el borde de la cama, con las rodillas recogidas contra el pecho, observándolo con nerviosa anticipación.

Le había contado todo lo que había sucedido desde el momento en que Kensa la acompañó a Tairseach hasta el momento en que regresó. Ahora, esperaba que él le dijera que estaba loca, o que mentía, o ambas cosas.

Scott finalmente dejó de caminar para enfrentarla, dejando caer las manos a los costados, su expresión tumultuosa.

—Te creo.

Isabelle lo miró fijamente por un momento, insegura de haber oído bien.

—¿Qué?

—Nunca me habrías dejado preocuparme por ti durante semanas a menos que hubiera una buena razón, y llevabas puesto lo que parecía ser un auténtico vestido medieval cuando te encontré. Pero lo más importante es que vi tu cara cuando apareciste en ese campo. Tu angustia era real. Este tipo, este Ciaran, puedo decir que significa mucho para ti.

—Sí —susurró ella, con la garganta seca—. Lo hizo. Lo hace. Yo... no sé cómo referirme a él, en presente o en pasado.

—Presente —dijo Scott con firmeza, sentándose junto a ella.

Isabelle sonrió, luego se puso rígida al darse cuenta de lo que acababa de decir.

—Dijiste que aparecí en un campo. ¿No viste Tairseach?

—No. Solo un campo abierto. Mencionaste que solo las personas con la capacidad de viajar pueden verlo.

Isabelle se mordió el labio, considerando esto. Ciaran podía ver Tairseach. Pero entonces recordó las palabras de Kensa. *En este tiempo, solo las personas con la capacidad de viajar pueden verlo.* Así que Tairseach era visible para todos en el pasado, independientemente de su capacidad para viajar en el tiempo.

—Supongo que fuiste a buscar ayuda a casa de Kensa para volver al pasado —preguntó Scott.

—Sí.

Pensó que Scott intentaría disuadirla y se preparó. En cambio, él le dio una pequeña sonrisa.

—Sé lo obstinada que eres, Iz —dijo con un suspiro—. Y sé que aunque no te ayudara, volverías de todos modos. Tengo que preguntar: ¿estás segura de esto? Y... ¿qué pasa si no puedes volver?

Isabelle consideró esta posibilidad. No estaba segura de la respuesta a las preguntas de su hermano, pero sí estaba segura de que necesitaba volver con Ciaran. Que no verlo de nuevo era insoportable.

—Entonces ese es un riesgo que tendré que correr —dijo.

Scott no pareció sorprendido. Le dio una sonrisa llena de determinación.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer. Dime cómo puedo ayudar.

CAPÍTULO 18



Actualidad

Inverness y Larkin, Escocia

Durante los dos días siguientes, Scott se convirtió en su cómplice mientras ella se preparaba para regresar al siglo XIV. Operaban bajo la esperanza de que pudiera volver al pasado sin Kensa, aunque sospechaban que esta había utilizado algún tipo de magia para ayudar a Isabelle a atravesar el tiempo.

Isabelle le contó sus teorías sobre los viajes en el tiempo: que Tairseach era un portal para viajeros y que el tiempo en el pasado transcurría al mismo ritmo que en el presente. Había estado ausente poco más de un mes en el presente, y lo mismo en el pasado. Pero eso era todo lo que tenían, e Isabelle solo podía rezar para que, al regresar, volviera al mismo año.

—¿Estás dispuesta a correr el riesgo de acabar en otra época? —le preguntó Scott con seriedad.

—Sí —respondió Isabelle tras una breve pausa—. Sé que tengo que intentarlo.

Condujeron hasta Inverness, donde encontraron una tienda de ropa antigua que le vendió un vestido del siglo XIV, ya que el que había llevado cuando viajó al pasado estaba ahora desgastado por el viaje.

Incluso fueron a una tienda de armas antiguas, donde Scott encontró una vieja daga auténtica de la época, diciéndole que necesitaría protección.

Pero la contribución más importante de Scott fue su amistad con Niall, un historiador escocés con un contacto en la sección de libros raros de la biblioteca de Inverness. Les dio acceso a registros de concesiones de tierras en las Highlands del siglo XIV y un mapa de la región de la época. Isabelle pensó que sería inútil, pero Scott insistió en que no haría daño revisar los registros para ver si había algo que pudiera ayudarla.

A regañadientes, examinó copias de los registros de tierras cuando regresaron a la posada. Se negó a pasar del año 1389, no queriendo tropezar accidentalmente con algo que revelara un destino oscuro para Ciaran. No aceptaría nada que no fuera que él sobreviviera a la conspiración de Tavish y regresara a su castillo como laird.

Llevaba casi dos horas revisando los registros —y estaba a punto de rendirse— cuando un nombre familiar llamó su atención. Se quedó inmóvil, con el dedo recorriendo las palabras garabateadas. Detallaba la cesión de tierras por parte de un T del Clan Aitharne a un Walrick del mismo clan.

Se levantó de un salto, salió de su habitación y llamó a la puerta de su hermano.

—Creo que la T significa Tavish, el hermano de Ciaran —dijo, mostrándole el registro a

Scott cuando este le abrió—. Está cediendo tierras a alguien. Puede que no sepa mucho sobre clanes y cómo funcionaban las cosas entonces, pero...

—Ceder tierras es algo que solo los lairds o los hombres con propiedades podían hacer —concluyó Scott.

—Exacto. Ciaran era el laird en 1389, no Tavish. Si Tavish estaba concediendo tierras a la gente cuando no debería —un año entero antes de tender la trampa a Ciaran por asesinato—, esto podría ser una prueba. Muestra que Tavish estaba pagando a alguien... posiblemente para que mintiera por él —dijo Isabelle, con el corazón acelerado—. Scott... ¿y si esto es lo que Ciaran necesita para limpiar su nombre?

—Entonces has encontrado la prueba definitiva —confirmó Scott.



DETERMINARON que Isabelle intentaría regresar al pasado al día siguiente. Scott sugirió que fueran a cenar a un pequeño restaurante del pueblo, que servía "auténtica comida de las Highlands" según la sonriente mujer que lo regentaba.

Comieron en silencio su cena de caldo escocés y galletas de mantequilla, hasta que Scott dejó el tenedor.

—Así que... Vuelves, rescatas con éxito a Ciaran y encuentras a Fiona. ¿Y luego qué? ¿Regresas?

Isabelle se quedó quieta. Ya había experimentado la vida en el siglo XIV y se había adaptado bastante bien. Y la época podría utilizar sus habilidades como maestra, dado lo común que era el analfabetismo. Pero lo más importante era que la idea de encontrar a Ciaran —solo para dejarlo de nuevo— era incomprensible.

Scott vio la respuesta en sus ojos y asintió levemente.

—Ya sabía tu respuesta. Solo tenía que asegurarme. Si te quedas, puedo ocuparme de tus asuntos en Chicago: tu apartamento y tu trabajo. No tendrás que preocuparte por eso. Puedo ver que lo amas, Iz —dijo, dirigiéndole una sonrisa triste—. Me habría encantado tener la oportunidad de conocer al tipo que ha robado el corazón de mi hermanita.

—No sé si él siente lo mismo —respondió Isabelle, sintiendo una punzada de inseguridad—. Probablemente se enfadará conmigo por volver e insistirá en que regrese a mi propia época. Pero nunca podría vivir conmigo misma si no lo intentara.

—Lo sé —dijo Scott, extendiendo la mano por encima de la mesa para apretar la de ella.

—Scottie —dijo ella, sintiendo una oleada de calidez en su corazón al usar el apodo de la infancia para su hermano. Scott siempre había estado ahí para ella; había tenido suerte de tenerlo como hermano—. Gracias por creerme. Y por ayudarme.

—Oye —dijo Scott, inclinándose hacia adelante en su silla—. Te hice una promesa después de que mamá y papá murieron, ¿recuerdas? Te prometí que te protegería y haría todo lo posible para asegurarme de que fueras feliz. Puede que no pueda protegerte en el pasado, pero si este hombre te hace feliz, puedo ayudarte a volver con él.

Aunque las palabras de Scott la tranquilizaron, esa noche no pudo dormir. ¿Y si no podía viajar en el tiempo sin Kensa? ¿Y si terminaba en un lugar diferente? ¿En una época diferente? Y un pensamiento aún más oscuro la atormentaba. ¿Y si ya era demasiado tarde para salvar a Ciaran y ya lo habían ejecutado?

Un sollozo ahogado brotó de ella ante ese pensamiento, y se llevó la mano a la boca. No se permitiría considerar esa idea.

Finalmente logró dormir un poco, arrastrándose fuera de la cama poco después del amanecer para vestirse con su traje medieval, guardando la daga de forma segura bajo su manga. Los ojos de Scott se agrandaron cuando vino a su habitación a recogerla.

—Bueno, ciertamente pareces de la época, Iz —dijo con una sonrisa.

Condujeron hasta Tairseach en silencio, Isabelle tuvo que indicarle dónde detenerse una vez que divisó sus ruinas.

Cuando salieron del coche, Scott le dio el abrazo más largo que jamás le había dado, incluso más largo que el que le dio después de perder a sus padres.

—Ten cuidado, Izzy —susurró cuando la soltó—. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo ella, parpadeando para contener las lágrimas—. Si me quedo en el pasado, encontraré la manera de visitarte. Te lo prometo.

—Bien. Pero incluso si no lo haces... Solo quiero tu felicidad. Y parece que tu highlander te hace feliz. Ahora ve. Ve a rescatar al hombre que amas.

Era un eco de las palabras que Ciaran había pronunciado, justo antes de empujarla de vuelta en el tiempo. *Vive tu vida. Ve.* Pero lo que ella había comprendido en ese momento era que su vida estaba con Ciaran.

Isabelle sonrió, dando una última mirada a su hermano antes de volverse para entrar en la aldea. Podía sentir los ojos de Scott sobre ella mientras se dirigía al mismo lugar al que había ido con Kensa.

Respiró profundamente mientras el viento arreciaba, y a diferencia de las otras dos veces que había viajado, cuando había sentido incertidumbre y miedo, esta vez solo había determinación. Determinación y amor.

Ciaran, pensó, su corazón hinchándose al ver al hombre que amaba en su mente.

Cerró los ojos, permitiendo que el viento la arrastrara de vuelta a través del abismo del tiempo.

CAPÍTULO 19



1390

Castillo Aitharne

Ciaran se preguntaba si Isabelle y el tiempo que había pasado con ella en la mansión de Gabhran habían sido solo un sueño.

Estaba de vuelta en la misma celda en la que había languidecido semanas antes, con la desesperación calando hasta sus huesos. No dejaba de ver a Isabelle desaparecer ante sus ojos.

Después de que ella se hubiera esfumado, los hombres de Tavish lo habían arrastrado de vuelta al Castillo Aitharne. Tavish le dijo a Ciaran que lo había encontrado haciendo que sus hombres vigilaran la mansión de Gabhran en caso de que regresara allí.

—Sin embargo, todo este tiempo estuviste escondido en su mansión como un cobarde. Ahora dime —había siseado Tavish, tan pronto como un guardia arrojó a Ciaran a la celda—. ¿Dónde está esa sassenach de lengua extraña que me mintió? Necesita ser castigada por su engaño.

Pero Ciaran había permanecido en silencio, aliviado de que Isabelle estuviera a salvo en su propio tiempo, libre de la ira de Tavish. Pensó que Tavish recurriría a la tortura para obtener respuestas de él, pero para su alivio, había dejado de interrogarlo sobre Isabelle después de su primer día de cautiverio. Ciaran suponía —esperaba— que Tavish estuviera satisfecho con su captura. Ciaran era a quien quería muerto.

Ciaran cerró los ojos, tomando una respiración temblorosa. No sabía cuánto tiempo había estado en esta celda. Había pasado el tiempo pensando en Isabelle. El sonido musical de su risa, la forma en que sus ojos azules se iluminaban cuando hablaba de algo que le apasionaba, la suavidad de su piel desnuda contra la suya mientras le hacía el amor.

Una oleada de dolor lo invadió. Su anterior objetivo de vengar a Eoin y limpiar su nombre había desaparecido junto con Isabelle. Isabelle, quien tan brevemente había iluminado la oscuridad de su vida, ya no estaba con él. Se había ido, como su hermano, y la oscuridad era lo único que alimentaba su alma abatida.

Ahora anhelaba que todo terminara. Esperaba llevar consigo sus recuerdos de Isabelle a la muerte. El amor había sido un concepto extraño para él; no se había acercado a amar a ninguna de las muchachas con las que se había acostado antes. Pero sabía que el amor describía la profundidad de sus sentimientos por Isabelle. Ella era la única muchacha que alguna vez había amado o amaría, y ahora la había perdido a través de la extensión del tiempo.

Ciaran se quedó dormido, despertando de vez en cuando, apenas tocando las gachas que el guardia empujaba en su celda. No reconocía a este guardia, un hombre robusto de ojos grises severos que hablaba con gruñidos y ladridos. No sabía qué había sido de Angus; solo podía rezar

para que Tavish no lo hubiera castigado con la muerte por liberarlo. Tampoco había señales de Lachaid, quien Ciaran estaba seguro lo habría visitado a estas alturas. Ciaran rezaba para que él también estuviera a salvo.

El guardia lo despertó de uno de sus breves sueños, lleno de imágenes de su Isabelle. El guardia lo levantó bruscamente, y se dio cuenta con un oscuro alivio de que esto era todo, finalmente lo llevaban a su muerte.

Sus piernas estaban débiles por el largo periodo de inactividad; luchó por caminar con el guardia, quien lo condujo fuera de las mazmorras. Notó que los pasillos del castillo parecían silenciosos; el castillo siempre se quedaba en silencio cuando había una ejecución. Nunca pensó que un día sería testigo de la suya propia.

El guardia mantuvo un agarre firme en su brazo mientras lo conducía al patio. Una pequeña multitud se había reunido; Ciaran reconoció algunos rostros familiares, desde trabajadores del castillo hasta aldeanos locales.

Tavish estaba de pie en el cadalso que había mandado construir para esta ocasión, junto al verdugo y una soga. Ciaran buscó en los ojos de su hermano algún signo de arrepentimiento o culpa, pero solo vio un odio ardiente mientras el guardia lo conducía por los escalones del cadalso.

Ciaran no sintió nada más que una resignación entumecida cuando el verdugo se adelantó, colocando la soga alrededor de su cuello. Tavish dio un paso al frente para dirigirse a la multitud.

—Mi hermano, vuestro antiguo señor y ex jefe del Clan Aitharne, es culpable del asesinato de mi querido hermano, Eoin —anunció Tavish—. Después de su cobarde escape, lo he traído de vuelta al castillo para su castigo: muerte por ahorcamiento.

La multitud reaccionó con silencio, no con las habituales burlas o gritos que acompañaban a los ahorcamientos. Ciaran había sido un señor amable con los aldeanos y trabajadores del castillo; podía ver incredulidad y dolor en los ojos de muchos de ellos.

Tavish frunció el ceño, pareciendo descontento por la falta de aclamación ante su anuncio.

—Hoy no eres el favorito, amado por todos —siseó Tavish en voz baja, volviéndose para enfrentar a Ciaran—. Hoy vas a tu muerte como un traidor y criminal. El clan y el castillo serán míos; haré todo lo posible para borrar tu memoria.

Si Ciaran pudiera sentir algo, se habría estremecido ante el rencor en los ojos de Tavish, aunque una parte de él quería reír.

¿Cómo no lo había visto antes? El odio de Tavish provenía de los celos. Celos de que Ciaran fuera el jefe y señor, de que fuera un líder querido. Fueron estos celos los que lo llevaron a matar a Eoin, dejando todo el poder heredado para él.

Pero Ciaran optó por no reaccionar a las palabras de su hermano; no le daría el placer de una respuesta. Miró fijamente hacia adelante, llenando su mente con pensamientos de Isabelle mientras el verdugo apretaba la soga alrededor de su cuello, y Tavish bajaba del cadalso.

La cálida mano de Isabelle en la suya mientras caminaban por los jardines de la finca de Gabhran. La risa de Isabelle mientras él le contaba sobre sus aventuras juveniles con Gabhran. Isabelle hablándole sobre las obras de un poeta aún no nacido llamado William Shakespeare, su voz impregnada de pasión mientras recitaba algo de su poesía: *"Cuando el Amor habla, la voz de todos los dioses hace que el cielo se adormezca con la armonía"*.

Te amo, Isabelle, pensó, cerrando los ojos mientras el verdugo retrocedía. Preparándose para el final.

El sonido de múltiples cascos de caballos y gritos sobresaltados le obligaron a abrir los ojos.

Dos docenas de hombres irrumpieron en el patio, dispersando a la multitud reunida. Ciaran

observó con asombro aturdido, reconociendo a dos de los jinetes —Gabhran y Lachaid— mientras desmontaban de sus caballos y desenvainaban sus espadas para enfrentarse a los hombres de Tavish.

En medio del caos, varios jinetes cabalgaron hacia él, una capa ocultaba el rostro de uno de ellos. Cuando el jinete se acercó, el corazón de Ciaran se detuvo.

El jinete no era un hombre. Era Isabelle.

Los otros hombres que cabalgaban con ella saltaron de sus caballos, arremetiendo contra Tavish y el verdugo. Tavish, que se había quedado inmóvil y pálido por la conmoción, retrocedió tambaleándose mientras los hombres cargaban hacia él, llamando temeroso a sus guardias.

El verdugo se dio la vuelta para huir mientras uno de los rescatadores de Ciaran lo liberaba de la sogá.

Isabelle permaneció en su caballo, extendiendo su mano.

—¡Ciaran! —gritó—. ¡Ven conmigo! ¡Sube a mi caballo!

Esto no es real, pensó Ciaran aturdido. *Ya he muerto, y esto es solo-*

—¡Ciaran! —gritó Isabelle de nuevo—. ¡Tenemos que irnos!

El hombre que lo había liberado de la sogá le dio un suave empujón, y Ciaran bajó del cadalso, subiendo a la grupa del caballo de Isabelle. Ella espoleó los costados de su caballo, y salieron disparados del patio mientras los hombres de Tavish continuaban luchando contra los rescatadores de Ciaran.

La conmoción lo atravesó mientras cabalgaban, y apretó sus brazos alrededor de la cintura de Isabelle, tanto para mantenerse firme como para asegurarse de que ella era real. Inhaló las largas y sedosas hebras oscuras de su cabello, inclinándose hacia adelante para aspirar su familiar aroma a miel. Las lágrimas le picaron los ojos; era ella. Su Isabelle.

Apretó su agarre en la cintura de ella mientras continuaban cabalgando. Ciaran luchó contra su debilidad y fatiga mientras cabalgaban, sin querer quedarse dormido solo para despertar de nuevo en esa celda, para descubrir que todo esto había sido un sueño glorioso.

Isabelle se detuvo cuando llegaron a una vieja mansión en ruinas en lo profundo de las Highlands, una que él no reconocía. Ella desmontó y lo ayudó suavemente a bajar.

Él se tambaleó, extendiendo la mano para tocar su rostro. Ella atrapó sus manos entre las suyas y lo miró a los ojos, con lágrimas brillando en los suyos.

—Isabelle —suspiró—. Mi Isabelle.

Quería besarla, abrazarla y no dejarla ir nunca, pero ya no podía luchar contra su fatiga, y sucumbió a la oscuridad que lo reclamaba.

CAPÍTULO 20



Ciaran despertó en una gran habitación. Yacía en el centro de una cama, con Isabelle sentada a su lado. Ella le acariciaba el cabello mientras le acercaba una copa de agua a los labios.

—Bebe —murmuró—. Estás deshidratado.

Él bebió, deleitándose con la sensación del líquido fluyendo por su garganta, con los ojos fijos en los de Isabelle todo el tiempo, su corazón saltando de alegría. Había temido despertar de nuevo en su celda, o estar ya muerto.

Pero Isabelle estaba a su lado, vestida con un hermoso vestido de color lavanda intenso, su cabello negro como el azabache suelto sobre sus hombros, sus ojos azules llenos de preocupación mientras lo observaba beber.

—Estás aquí —susurró, cuando hubo bebido lo suficiente y ella dejó la copa en la mesita de noche—. ¿Cómo?

—No podía dejarte aquí para que murieras por un crimen que no cometiste. Y aún no he encontrado a Fiona —dijo Isabelle—. Tenía que volver.

Él negó con la cabeza, abrumado por la incredulidad ante su valentía, ante su osadía que rayaba en lo insensato.

—¿Cómo me encontraste?

—Pude viajar de vuelta otra vez, por mi cuenta. Llegué a Tairseach. Conseguí un mapa de esta zona en mi época. Conseguí un caballo en un pueblo cercano y volví directamente a la mansión de Gabhran y Donella; todavía estaban allí. Les dije que había dado la vuelta en la frontera y que no podía soportar dejarte atrás. Mandaron llamar a tu amigo Lachaid cuando les conté sobre Tavish capturándote; Lachaid vino con unos veinte hombres leales a ti de tu clan y el de Gabhran. Todos planeamos el rescate. No quería esperar hasta el día en que estabas programado para ser ahorcado, pero Lachaid me dijo que era más fácil rescatarte cuando estuvieras al aire libre. Yo... temía que fuéramos demasiado tarde —susurró, extendiendo la mano para tocar el lado de su rostro. Exhaló un suspiro tembloroso, señalando la habitación—. Estamos en la mansión del difunto tío de Lachaid. Dijo que Tavish no conoce este lugar, casi nadie lo conoce.

Ciaran la estudió con admiración. Pero por muy feliz que estuviera de verla, una sensación de inquietud lo invadió.

—Me alegro de verte de nuevo. Pero es peligroso para ti estar aquí. Por eso insistí en que volvieras a tu época. Tavish está decidido a verme colgado, y decidido a encontrarte. Ahora que me has ayudado a escapar, él...

—He viajado seiscientos años atrás en el tiempo —interrumpió Isabelle con el ceño fruncido—. No voy a dejar que el miedo a tu hermano malcriado me impida ayudarte y encontrar a mi

mejor amiga.

Ciaran sabía que debía insistir en que volviera a su época, pero ella lo miraba con una determinación ardiente, como si lo desafiara a contradecirla.

Sonrió, tomando su mano y llevándosela a los labios para besarla. No quería que se fuera... por razones puramente egoístas. La quería a su lado y en su cama, no solo por ahora, sino para siempre, aunque sabía que eso era imposible. Ella no pertenecía a esta época, y algún día volvería a la suya.

—Te eché de menos, muchacha —murmuró, apartando el doloroso pensamiento—. Soñé contigo todo el tiempo que estuve en mi celda.

La expresión de Isabelle se suavizó.

—Yo también te eché de menos —susurró—. Temía no volver a verte nunca.

Él la atrajo hacia sí, reclamando su boca con la suya. El calor y el deseo lo envolvieron mientras la saboreaba, deleitándose con la sensación de tenerla en sus brazos una vez más. Su miembro se hinchó mientras la acercaba más, incapaz de sofocar la necesidad que lo llenaba con su proximidad.

Pero Isabelle se movió, liberándose de su beso con un rubor culpable.

—Ciaran, aún estás débil —susurró—. Y no has comido. Deberíamos esperar hasta...

Él la silenció con un beso, atrayéndola a su lado. Isabelle gimió en protesta al principio, pero le rodeó el cuello con los brazos, explorando su boca con la misma avidez que la boca de él exploraba la suya.

—Ahora mismo, solo tengo hambre de ti, mi bella —susurró, liberando su boca de la suya. Bajó el corpiño de su vestido, tragando saliva ante la visión de sus firmes senos—. Soñé con cada parte de tu hermoso cuerpo mientras estaba encarcelado. Tus maduros senos...

Se inclinó, capturando su pezón con la boca y succionando. Isabelle gimió mientras él se dedicaba a un pecho y luego al otro.

—El plano de tu estómago —continuó, despojándola de su vestido antes de besar la extensión de su abdomen.

Isabelle se mordió el labio, ahogando un gemido mientras él bajaba sus besos... cada vez más abajo. Ella gritó cuando su boca encontró su centro, y él se deleitó en ella.

—El sabor a miel entre tus muslos —gruñó, mientras lamía y exploraba su centro, hasta que ella se estremeció con su liberación.

—Ciaran... —gimió ella, cuando volvió a la tierra.

—No he terminado, muchacha —respondió él, mordisqueando la base de su garganta mientras se levantaba de su centro, quitándose el kilt mientras se posicionaba sobre ella—. Soñé con la sensación de ti... cuando me hundía en tu interior.

Isabelle jadeó cuando él se hundió en su interior, sus ojos se abrieron de par en par cuando comenzó a moverse. Aumentó la fuerza de sus embestidas a medida que el placer se acumulaba en su interior, sus ojos vagando desde el rostro sonrojado de Isabelle hasta sus pechos rebotantes, enterrando su rostro en el cuello de ella mientras su placer mutuo alcanzaba el clímax, y gritó su nombre al llegar al orgasmo, derramándose dentro de ella.

—Pero sobre todo, mi belleza —susurró, cuando hubo recuperado el aliento, inclinándose para apoderarse de sus labios con los suyos—. Extrañé tu sonrisa. Tu risa. A ti.

La expresión de Isabelle se llenó de calidez.

—Me sentí como Orfeo cuando regresé —murmuró—. Volviendo al inframundo para salvarte.

Él sonrió, abrazándola mientras extendía la mano para colocar un mechón de cabello rebelde

detrás de su oreja. No era una confesión de amor, pero escuchar que Isabelle se preocupaba por él era suficiente para hacer que su corazón se hinchara.

—¿Las Highlands son el inframundo, muchacha? —bromeó—. ¿Son tan malas comparadas con tu época?

—Sabes a lo que me refiero —dijo Isabelle, extendiendo la mano para darle un golpe juguetón.

—Me alegré de que me rescataras —dijo él, con toda seriedad—. Estaba desprovisto de esperanza hasta que te vi de nuevo. Mi Isabelle.

Isabelle apoyó la cabeza en su hombro, y él la acercó aún más, sin desear nada más que unirla a él. Puede que ella no perteneciera a esta época, pero eso no significaba que no pudiera disfrutar el tiempo que tenía con ella, y tenía la intención de saborear cada momento.



JUSTO DESPUÉS DEL amanecer a la mañana siguiente, Ciaran estaba de pie junto a la ventana, contemplando los terrenos de la mansión. Era difícil creer que justo el día anterior, había estado preparado para la muerte. La había anhelado.

Se volvió hacia Isabelle, que yacía dormida en la cama. Su cabello oscuro había caído sobre su rostro en el sueño profundo, y el subir y bajar de su pecho era constante con su respiración. Su regreso lo había rejuvenecido; su determinación se había reactivado. La vergüenza lo invadió al recordar sus pensamientos oscuros y suicidas del día anterior. ¿Por qué se había permitido enfrentar la derrota? Nunca más. Se enfrentaría a Tavish y recuperaría su derecho de nacimiento.

Isabelle se agitó, sus hermosos ojos se abrieron lentamente. Él cruzó la habitación para sentarse a su lado, atrayéndola hacia el círculo de sus brazos. Tendría que bajar para hablar con Lachaid y Gabhran sobre lo que planeaba hacer, y agradecerles por su rescate. Pero por ahora, quería disfrutar estos pocos momentos a solas con su Isabelle.

—Antes de que hables con los demás, hay algo que deberías saber —murmuró Isabelle, mirándolo—. En mi época, encontré algo notable en un archivo. Era un registro de Tavish otorgando tierras a un noble llamado Walrick el año pasado.

Ciaran se tensó, soltándola. Walrick había sido uno de los hombres que había hecho declaraciones falsas contra él en el asesinato de Eoin.

—¿Lo conoces? —preguntó Isabelle, sosteniendo su mirada.

—Aye —dijo sombríamente—. Lo conozco. Proporcionó falso testimonio que ayudó a condenarme por el asesinato de mi hermano.

—Entonces esto es una prueba —dijo Isabelle, con los ojos muy abiertos—. Una prueba que puedes usar.

—Necesitaría algún registro de la escritura, lo que puede resultar difícil. Pero aye —dijo, poniéndose de pie—. Si puedo conseguirlo y llevarlo a los otros nobles de mi clan, me ayudaría.

Momentos después, él e Isabelle bajaron para saludar a los hombres que lo habían rescatado. Algunos los reconoció de su clan; hombres de bajo nacimiento que labraban los campos de las tierras de Aitharne; habían permanecido leales a él ya que siempre había sido justo con las rentas que cobraba. Otros eran hombres de Gabhran; habían venido en su ayuda solo por la palabra de Gabhran.

Les agradeció a todos antes de llevar aparte a Gabhran y Lachaid para expresarles su gratitud en privado. El alivio llenó a Ciaran cuando Gabhran le dijo que había enviado a Donella y a su hija con parientes que vivían en Edimburgo; estarían a salvo allí mientras él estuviera fuera.

Después de contarles lo que había aprendido sobre Walrick, ambos palidieron.

—Ese bastardo intrigante —siseó Gabhran—. Sonriéndote a la cara, fingiendo ser tu amigo, todo el tiempo conspirando contra ti.

—Me llena de rabia lo que hizo, pero podemos usar esto —dijo Ciaran—. No puedo llegar a los otros nobles a los que mi hermano pagó en el castillo. Pero puedo llegar a Walrick. Le ofreceré más tierras cuando recupere mi título si le dice a los nobles de mi clan lo que Tavish hizo.

—¿Admitiendo su propia culpa? —intervino Isabelle con el ceño fruncido—. ¿Por qué haría eso?

—La muchacha tiene razón —dijo Gabhran—. Ha demostrado que no se puede confiar en él. ¿Cómo sabes que no te entregará?

—Porque puedo ofrecerle más tierras de las que mi hermano puede, y eso es todo lo que le importa. Es la mejor oportunidad que tengo de limpiar mi nombre —dijo Ciaran.

—Incluso si esto funciona, ¿cómo llegamos a él? —preguntó Lachaid.

—Solía cazar con él. Sale a cazar al mediodía solo con sus dos hijos. Podemos rodearlo cuando esté en un área remota y traerlo aquí. Una vez aquí, lo convenceré de que acepte.

Cayó un largo silencio. Isabelle, Gabhran y Lachaid parecían inseguros. Sabía que su plan era arriesgado, pero no tenía una variedad de opciones.

—Supongo que es la mejor manera de limpiar tu nombre —dijo finalmente Lachaid, sacudiendo la cabeza—. ¿Cuándo quieres cabalgar?

—Mañana. Podemos seguirlo desde su mansión justo cuando salga —dijo Ciaran.

Gabhran y Lachaid se fueron para informar a los otros hombres de su plan. Isabelle se acercó a su lado, tomando su mano en la suya, su rostro tenso de preocupación.

—¿Qué pasa, muchacha?

—Me preocupa que tu plan salga mal.

—¿Salga mal? —preguntó él, frunciendo el ceño confundido ante el extraño término.

—Que no salga según lo planeado —aclaró Isabelle—. Solo desearía que hubiera alguna manera de saber que no te entregará o traicionará.

—Es un riesgo que debo correr. Quiero que Eoin sea vengado y recuperar mi vida —dijo, colocando su mano en el lado de su rostro.

Entonces tendré una vida que ofrecerte, añadió en silencio. Entonces quizás pueda convencerte de quedarte en un tiempo al que no perteneces, aunque sea egoísta pedirlo, con el hombre que siempre te amará.

CAPÍTULO 21



Isabelle caminaba inquieta por su cámara de invitados. Ciaran y la mayoría de los hombres se habían marchado al amanecer para enfrentarse a Walrick. Ella había querido acompañarlos, pero Ciaran se había negado rotundamente. A diferencia del rescate del castillo, del que había sido una parte vital, él y los demás insistieron en que solo estorbaría.

—Y solo querría protegerte, muchacha, cuando necesito concentrarme —había insistido Ciaran.

Así que la había dejado atrás con varios corpulentos montañeses como guardias. Ciaran les había dado instrucciones estrictas de devolverla a Tairseach si algo salía mal, ignorando sus protestas.

Exhaló un suspiro, mirando alrededor de su amplia y húmeda cámara de invitados. Odiaba sentirse inútil. Incluso su búsqueda de Fiona se había estancado; no había nada que pudiera hacer para reanudarla hasta que tuviera acceso a otro mensajero. Ciaran le había asegurado que una vez que recuperara su título, haría todo lo posible para ayudarla a localizar a Fiona.

Isabelle se acercó a la ventana, mirando hacia afuera por millonésima vez. No sabía exactamente cuánto tiempo había pasado desde que todos se habían ido, pero el mediodía había llegado y pasado, y apenas había probado las dos pequeñas comidas de pan y estofado que un guardia le había traído a su cámara. No tenía apetito; no podría comer ni un solo bocado hasta saber que Ciaran estaba a salvo.

Isabelle se quedó quieta cuando escuchó el rumor de caballos acercándose a la mansión. Se dio la vuelta, apresurándose a salir de la cámara para dirigirse a la planta baja. Ignoró los gritos de advertencia de uno de los guardias mientras abría la puerta principal de golpe.

Su pecho se llenó de alivio al ver a Ciaran cabalgando junto a Gabhran, Lachaid y los demás. Un hombre pelirrojo con el ceño fruncido y otros dos hombres con rasgos similares cabalgaban con ellos; supuso que este era Walrick y sus hijos.

Avanzó mientras los hombres desmontaban. Gabhran y sus hombres mantuvieron sujetos a Walrick y sus dos hijos, marchando con ellos hacia la mansión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Isabelle, una vez que llegó hasta Ciaran.

—Vinieron sin mucha pelea, pero será difícil lograr que Walrick colabore con nosotros —dijo Ciaran.

—¿Y si lo hace?

—Estamos organizando un encuentro con Ramsey, un noble de mi clan que aún me tiene en alta estima. Si Walrick le cuenta lo que Tavish ha hecho, Ramsey informará a los otros nobles.

—¿Entonces tu nombre quedará limpio?

—Si todo sale bien —dijo Ciaran, pero no parecía tan seguro.

Tiene razón en ser cauteloso, pensó Isabelle, con una pizca de inquietud. Tantas cosas aún podían salir mal. Walrick podría traicionarlo. Este otro noble de su clan podría traicionarlo. O los hombres de Tavish podrían asaltar la mansión en cualquier momento y capturarlos a todos.

—No te preocupes por todo esto, muchacha —dijo Ciaran, estudiando sus facciones tensas—. No es asunto tuyo. Si algo llegara a pasar, tú regresa a donde estés segura.

Sus ojos se encontraron con los de ella, e Isabelle entendió su significado. Se mordió el labio, con frustración arremolinándose en su estómago. Pensaba que había sido clara cuando le dijo que no se iría hasta que ayudara a limpiar su nombre y localizara a Fiona. Pero parecía que sus palabras habían caído en oídos sordos.

Antes de que pudiera plantear alguna objeción a sus palabras, él levantó su mano hasta sus labios para darle un rápido beso antes de irse a ocuparse de Walrick.

Ella lo siguió, solo para casi chocar con Lachaid. Se disculpó y comenzó a pasar junto a él, pero sus palabras la detuvieron.

—¿Puedo preguntarte algo, muchacha?

—Por supuesto —dijo Isabelle, aunque se puso tensa con cautelosa precaución. Le había contado a Lachaid la misma historia de fondo que le había contado a todos los demás, pero temía que le pidiera más detalles.

—¿Por qué estás haciendo tanto para ayudar a Ciaran?

Isabelle se sonrojó, tragando saliva con dificultad. Ahora deseaba que le hubiera pedido detalles sobre su lugar de origen. Cualquier cosa menos tener que hablar de su amor por Ciaran.

—Podrías haber estado segura en Inglaterra —continuó Lachaid, sus ojos oscuros escudriñando los de ella—. En cambio, arriesgaste tu vida para volver y rescatarlo.

—Le debo la vida por salvarme de esos bandidos —dijo Isabelle con rigidez.

Lachaid le dirigió una mirada que era mitad escepticismo, mitad incredulidad.

—Ciaran no ha tenido una mujer en su vida antes de ti —dijo Lachaid, tras una larga pausa—. Ha tenido amantes, sí, y antes de este lío con Tavish, los nobles lo presionaban para que se casara. Y lo habría hecho por el bien de su clan.

El corazón de Isabelle se encogió; tuvo que reprimir los celos que la recorrieron ante sus palabras. ¿Por qué no había considerado esto antes? Ciaran era un laird de las Highlands del siglo XIV. ¿No se le exigiría que se casara con la hija de otro noble escocés? Una profesora de inglés de secundaria que viajaba en el tiempo difícilmente encajaba en el perfil de una novia adecuada.

—Pero —continuó Lachaid—, él no habría sido feliz. Lo he observado cuando está contigo. Nunca había visto tal luz en sus ojos. Ha sufrido desde la muerte de Eoin... es como si tú lo hubieras devuelto a la vida. Conozco a Ciaran, y es un hombre de honor. Puede que intente alejarte por este asunto con su hermano. Yo te digo... no se lo permitas.

Lachaid le dedicó una sonrisa amable antes de dejarla sola para que meditara sus palabras. ¿Acaso él había percibido de alguna manera sus verdaderos sentimientos por Ciaran? Y si lo había hecho, ¿podría significar que Ciaran también sospechaba de sus sentimientos?



ESA NOCHE, encontró a Ciaran en su habitación de invitados, mirando por la ventana.

—No creo que Walrick vaya a cooperar —dijo Ciaran, volviéndose para mirarla cuando ella entró.

—Isabelle... —Vaciló, sus ojos ensombreciéndose—. Puede que siga siendo un proscrito por

algún tiempo. ¿Cuánto tiempo estás dispuesta a quedarte en esta época para ayudarme?

Lachaid tenía razón, pensó Isabelle, impresionada por su previsión de que Ciaran intentaría alejarla. Aunque, por otro lado, era lo que ella había esperado. ¿Acaso Ciaran no la había obligado ya a regresar a su propia época?

—El tiempo que sea necesario —dijo con firmeza. No podía ni imaginar volver al futuro y dejar a Ciaran con un destino incierto. Durante el breve tiempo que había estado de vuelta en el presente, se había sentido a la deriva, como un marinero lejos de cualquier costa. Sospechaba que así se sentiría siempre en una época sin Ciaran.

Ciaran se tensó por un momento antes de que su expresión se suavizara.

—Mi Isabelle —murmuró, sus ojos llenándose de admiración—. ¿Qué hice para merecer a una muchacha así? ¿Sabes? He tenido fantasías sobre cómo te habría cortejado si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias.

—¿De verdad? —preguntó ella, sintiendo una oleada de deleite. ¿La habría cortejado, aunque no fuera hija de un noble?—. ¿Cómo me habrías cortejado?

—Primero —dijo él, atrayéndola a sus brazos mientras se volvía hacia la ventana, presionando la espalda de ella contra la dura línea de su pecho—, te habría hecho venir al castillo para un festín. Habría pedido al cocinero que preparara mi comida favorita: cerdo asado con un vino dulce. Y luego te habría llevado a dar un paseo por los terrenos del castillo... te habría mostrado el jardín que plantó mi madre. Después habría ido a verte todos los días, te habría llevado a cabalgar por el bosque que se extiende más allá del castillo y por los páramos de los alrededores. Te habría llevado a dar más paseos largos, no solo alrededor del castillo, sino también por el lago cercano y los bosques, y te habría pedido que me contaras detalles de todos tus cuentos favoritos.

—¿Y luego? —insistió Isabelle, cerrando los ojos mientras imaginaba esta gloriosa línea de tiempo alternativa.

Ciaran la hizo girar para que lo mirara. Ella abrió los ojos y sintió que el calor la envolvía ante la intensa mirada de sus ojos color avellana.

—Luego habría pedido tu mano —susurró.

Isabelle no estaba preparada para la oleada de alegría que la invadió al escuchar sus palabras. Sabía que habría dicho que sí a tal propuesta sin dudarlo y habría renunciado a su vida en el presente para quedarse con Ciaran.

—Y solo entonces —susurró él, atrayéndola aún más cerca, bajando la mirada hacia su boca—, te habría llevado a mi lecho y habría adorado tu hermoso cuerpo como merece ser adorado.

Ella jadeó cuando él la levantó en sus brazos.

—Nada de eso puede suceder mientras sea un proscrito —murmuró—. Excepto la adoración. Y eso pretendo hacerlo tanto como sea posible.

El deseo se filtró en cada parte de ella, y presionó su boca contra la de él mientras la llevaba a la cama, donde cumplió minuciosamente su promesa.

CAPÍTULO 22



A primera hora de la mañana siguiente, Ciaran se encontraba en la pequeña cámara donde retenían a Walrick, fulminando con la mirada al hombre que una vez consideró su amigo. Walrick, atado a una silla, le devolvía la mirada, con sus ojos grises llenos de odio.

Ciaran exhaló, lleno de frustración. Si tan solo hubiera visto la codicia de Walrick, su naturaleza egoísta, cuando eran amigos. Había compartido numerosas cacerías y festines con él, y lo había considerado un hombre jovial y bondadoso. Pero había ayudado a Tavish a salirse con la suya en el asesinato de Eoin, todo por el bien de unas tierras extra.

Apretó los puños a los costados para contener su ira. Permitió que sus pensamientos se desviarán hacia la única persona que lo calmaba: Isabelle. Después de hacer el amor la noche anterior, habían yacido entrelazados en los brazos del otro, hablando de sus esperanzas para el futuro que él había pintado. Temía que su confesión de querer casarse con ella la hubiera asustado, pero solo vio deleite en sus ojos ante sus palabras.

Isabelle era la única luz que había surgido de la oscuridad de la traición de su hermano. Hubo un tiempo en el que nunca habría considerado casarse con una muchacha que no estuviera aliada con su clan. Los matrimonios de los jefes a menudo se arreglaban entre familias de alto rango; era importante mantener las tierras y propiedades consolidadas. Incluso el matrimonio de sus padres había sido arreglado por sus familias; con el tiempo habían llegado a amarse por sí mismos. Ciaran siempre asumió que tendría un matrimonio arreglado, y nunca habría esperado enamorarse de su novia. No de la manera en que se había enamorado de su Isabelle.

—Bastardo traicionero.

Las palabras de Walrick devolvieron a Ciaran al presente, y su ira regresó. Había intentado razonar con Walrick. Si bien había sido relativamente fácil rodear y capturar a Walrick mientras estaba de caza, ni Walrick ni sus dos hijos habían cooperado, y dudaba que Walrick le contara al noble visitante Ramsey sobre la traición de Tavish. Pero Ciaran no tenía otra opción; tenía que convencer a Walrick de que trabajara con él.

—Hablas de ti mismo cuando usas la palabra traicionero —gruñó Ciaran. Sabía que Walrick solo quería provocarle ira, pero sus palabras aún así tuvieron el efecto deseado—. ¿Fue fácil para ti traicionarme por tierras? ¿Conspirar en un asesinato?

—Hago lo que debo por mi familia, por mis hijos —respondió Walrick—. No podía rechazar lo que Tavish ofrecía.

Ciaran se tensó, anhelando alcanzar su espada y hundir su hoja en el pecho de Walrick. Las acciones de este hombre habían permitido que la muerte de Eoin quedara impune. Ciaran tuvo que forzar a su rabia a ceder antes de continuar.

—Ramsey, un noble de nuestro clan que conoces, viene hacia acá. Necesitas contarle sobre

tus tratos con Tavish. Todo lo que tienes que hacer es decirle la verdad, y luego quedarás libre.

—¿O harás qué? —siseó Walrick, mirándolo con furia—. Ambos sabemos que no eres un asesino, Ciaran. Tu honor siempre ha sido tu perdición.

Ciaran apretó los dientes, pero Walrick tenía razón. Gabhran y los otros habían querido amenazar a Walrick con la muerte de sus hijos para hacerlo hablar, pero Ciaran se negó. A pesar de lo que Tavish había hecho, Ciaran no podía obligarse a cometer un asesinato, ni siquiera para limpiar su propio nombre.

Pero Walrick no necesitaba saber eso.

—No sabes de lo que soy capaz —espetó Ciaran, dando un paso amenazador hacia adelante—. Solo dile la verdad a Ramsey, y quedarás libre.

Ciaran se dio la vuelta para irse, pero las siguientes palabras de Walrick lo detuvieron en seco.

—Es una bella muchacha la que tienes escondida aquí —ronroneó Walrick—. Podría jurar que escuché sus gemidos anoche. ¿Sus servicios son solo para ti, o los compartes con tus hombres?

Ciaran no pudo controlar la furia ardiente que lo golpeó ante las palabras de Walrick. Desenvainó su espada y cruzó la cámara en tres zancadas largas, agarrando a Walrick por el cuello y levantando su hoja.

—¡Ciaran!

Una mano restrictiva se posó en su brazo, tirando de él hacia atrás. Ciaran se volvió, con los dientes apretados y la respiración agitada. Gabhran estaba justo detrás de él.

—¿Qué estás haciendo? —espetó Gabhran—. Lo necesitamos vivo.

—Pregunté sobre los servicios de su puta —dijo Walrick imprudentemente, y Ciaran se lanzó contra él de nuevo. Pero Gabhran mantuvo su mano firmemente alrededor de los brazos de Ciaran, arrastrándolo fuera de la cámara.

—Está tratando de provocarte, y tú lo estás permitiendo —siseó Gabhran, cuando estuvieron en el pasillo.

Ciaran cerró los ojos, tomando varias respiraciones profundas mientras su ira se disipaba. Conocía la intención de Walrick, pero eso no cambiaba el estado de su furia.

—Lo siento —murmuró.

—No te acerques a él hasta que Ramsey llegue —dijo Gabhran con el ceño fruncido. Su expresión se suavizó mientras continuaba—: Estamos tratando de limpiar tu nombre. Los hombres aquí están arriesgando sus vidas para ayudarte. No dejes que sus provocaciones te hagan perder de vista eso.

La culpa lo invadió ante las palabras de Gabhran, y le dio un brusco asentimiento.

Aun así, tuvo que caminar por los terrenos que rodeaban la mansión para calmarse, maldiciéndose por su temperamento. Usualmente se las arreglaba bien para calmarse, pero cuando se trataba de amenazas contra su Isabelle... la calma era difícil de mantener.

Isabelle lo encontró mientras caminaba, tomando su mano y caminando con él en un silencio amistoso. Si se preguntaba sobre su estado de agitación, no dijo nada al respecto, permitiéndole calmarse aún más antes de que hablara.

—Estoy nervioso por la visita de Ramsey —dijo finalmente Ciaran. Ella no necesitaba saber sobre las palabras obscenas de Walrick—. Sé que no tengo mucha opción, pero si Walrick sigue sin cooperar...

—No te preocupes por eso ahora —instó Isabelle—. No hay nada que puedas hacer hasta que él llegue.

Ella cambió de tema intencionadamente, preguntándole sobre su conexión con los hombres que estaban allí. Él sabía que ella intentaba distraerlo de sus problemas, y funcionó mientras le contaba sobre su amistad de largo tiempo con Lachaid y cómo conocía a algunos de los hombres que habían acudido en su ayuda.

Para cuando terminaron su paseo y regresaron a la mansión, él se había calmado por completo y estaba listo para la visita de Ramsey.

—Tienes que ir a tu habitación durante la visita de Ramsey —le dijo a Isabelle—. Por favor, por tu seguridad. No quiero que estés cerca en caso de que las cosas salgan mal.

Isabelle parecía indecisa, pero le dio un asentimiento brusco. Él la acompañó a su habitación, asegurándose de que entrara y de que dos hombres se quedaran de guardia fuera de su puerta.

Ramsey llegó momentos después, su caballo acercándose a la mansión. Ciaran se mantuvo rígido mientras Ramsey desmontaba y se acercaba.

Ramsey inclinó la cabeza en una reverencia respetuosa al verlo.

—Mi señor —dijo Ramsey—. Es bueno veros.

La sorpresa lo invadió; había esperado hostilidad sutil y desconfianza de su antiguo noble.

—Creo en vuestra inocencia, y no soy el único —dijo Ramsey, ante la mirada de sorpresa de Ciaran—. Todo lo que necesitamos es una prueba.

—Y espero dárosela —dijo Ciaran—. Venid.

Condujo a Ramsey a la sala de estar donde dos de sus hombres sujetaban firmemente a Walrick entre ellos.

—Entiendo que tenéis algo que queréis decirme sobre Tavish —dijo Ramsey.

El silencio en la habitación se prolongó mientras Walrick mantenía la mirada de Ramsey, antes de que sus fríos ojos se deslizaran hacia Ciaran.

—Este bastardo traicionero me tiene a mí y a mis hijos contra nuestra voluntad —escupió Walrick—. Quieren que os diga algo que no es cierto. Él asesinó a su hermano y quiere...

—¡Maldito bastardo! —rugió Ciaran, su calma hecha añicos mientras se lanzaba hacia Walrick. Esta vez se necesitó tanto a Gabhran como a Lachaid para contenerlo.

—¡Mirad ese temperamento! —gritó Walrick—. ¿Es por eso que matasteis a Eoin? ¿Dijo o hizo algo que os enfureció? ¿O quizás solo queríais aferraros al poder?

—¡Sacadlo de aquí! —siseó Gabhran, y los hombres se llevaron al burlón Walrick de la habitación.

Ciaran cerró los ojos mientras Lachaid y Gabhran lo soltaban, la derrota se asentaba sobre él como un gran peso. Qué tonto había sido al asumir que Walrick lo ayudaría, incluso por tierras. El bastardo no le había mostrado más que hostilidad desde que lo habían capturado. Había sido un plan desesperado y arriesgado; debería haber anticipado mejor este resultado.

—Esperaba que me dijera algo que pudiera contar a los otros nobles —dijo Ramsey, dirigiendo a Ciaran una mirada apenada—. Debéis saber... Tavish os está buscando por todas partes. Tiene la intención de ahorcar no solo a vos, sino a todos los que os han ayudado también.

El pecho de Ciaran se tensó. Sabía esto, pero escuchar las palabras en voz alta aún lo llenaba de miedo. Pensó en Gabhran, en Lachaid, en los valientes hombres que lo habían ayudado.

Pero sobre todo, pensó en su amor. Su Isabelle. Haría cualquier cosa para mantenerla a salvo, incluso si eso significaba entregar su vida. Incluso si eso significaba que la muerte de Eoin quedaría sin vengar.

—Entiendo. Os lo agradezco, Ramsey —dijo Ciaran en voz baja.

—Si hay algo más que pueda hacer para ayudar, solo enviadme un mensaje —dijo Ramsey, antes de despedirse—. Sé que no lo parece, pero aún tenéis amigos en el castillo.

Todos se reunieron en la sala de estar después de que Ramsey se fuera; Isabelle se unió a ellos también. Tan pronto como sus ojos se encontraron, Isabelle cruzó la habitación hacia él.

—Gabhran acaba de contarme lo que pasó —susurró ella—. Lo siento mucho, Ciaran.

—No nos rendiremos —dijo Lachaid, desde el otro lado de la habitación—. Hay otros que pueden ayudar. Puede que lleve tiempo, pero...

—No —interrumpió Ciaran.

Todos guardaron silencio, mirándolo con preocupación. A su lado, Isabelle se tensó.

Tomó aire y tragó saliva. No dejaría que Isabelle o sus amigos sufrieran daño por su culpa. Walrick había sido su última esperanza. Era hora de terminar con esto.

—Tengo un plan diferente, uno que a muchos de vosotros no os gustará.

Isabelle dio un paso atrás, ya pareciendo estar al borde de protestar.

Ciaran apartó la mirada de ella, obligándose a decir las difíciles palabras.

—Voy a hacer que mi hermano confiese sus crímenes, pero requerirá un sacrificio. Yo.

CAPÍTULO 23



Un gélido pavor recorrió las venas de Isabelle mientras Ciaran les contaba su plan.

—Me reuniré con Tavish fingiendo estar solo —dijo—. Lo provocaré hasta que revele lo que ha hecho. Haremos que los otros nobles del clan escuchen a escondidas. Entonces podré arrestarlo.

Isabelle lo miró con incredulidad, y los otros hombres en la habitación quedaron en silencio. Parecían tan conmocionados como ella. Después de varios momentos largos, todos los hombres estallaron en un coro de protestas.

—¡Tu hermano nunca confesará haber asesinado a Eoin! —exclamó Lachaid.

—¿Y cómo propones que entremos al castillo sin ser vistos? —exigió Gabhran.

—Tavish tiene hombres por todas partes, ¿cómo haremos que los otros nobles escuchen? —demandó otro hombre llamado Kelan.

Pero Isabelle no pudo encontrar sus propias palabras, estaba demasiado atónita. Su plan era temerario y peligroso. ¿Acaso intentaba que lo mataran?

Ciaran fijó sus ojos color avellana en ella, como si esperara que hablara. Cuando permaneció en silencio, levantó las manos pidiendo silencio.

—Discutiré esto con todos vosotros más tarde —dijo, dirigiéndose a los hombres pero mirando a Isabelle—. Necesito un momento a solas con Isabelle.

Los hombres accedieron con murmullos de protesta. Una vez que ella y Ciaran estuvieron solos, Isabelle finalmente encontró su voz.

—¿Estás loco, Ciaran? —exigió—. ¿Sabes lo que hará tu hermano en cuanto te tenga a la vista? ¡Estarás en el cadalso antes de que puedas hablar!

—Isabelle...

—Ciaran... te amo.

Una mirada de asombro cruzó el rostro de Ciaran. Ella no había querido confesar sus sentimientos por él de esta manera, en un momento de desesperación. Pero dado que estaba a punto de arriesgar su vida con un plan insensato, no tenía nada que perder.

—Isabelle... —repitió él, sus ojos llenándose de emoción mientras se acercaba a ella.

—Déjame terminar. No sabes lo que me hizo verte en ese cadalso con una soga atada alrededor de tu cuello —continuó Isabelle, su voz temblando ante el recuerdo—. Casi me destruye, Ciaran. ¿No lo entiendes? Volví a través del tiempo no solo para rescatarte y encontrar a Fiona, sino para *estar* contigo. Te amo, y no puedo verte arriesgar tu vida.

Las lágrimas nublaron su visión mientras el miedo se apoderaba de ella; miedo ante la idea de perder a Ciaran. Ciaran extendió los brazos para atraerla hacia él.

—No llores, muchacha. No puedo soportar verte sufrir.

—Entonces dime que no vas a hacer esto.

Lo miró con ojos suplicantes, pero la expresión de Ciaran se mantuvo firme y arrepentida. Isabelle cerró los ojos, su corazón se astillaba en su pecho. No iba a ceder.

—Te amo, Isabelle.

Los ojos de Isabelle se abrieron de golpe. Ciaran la miraba con absoluta sinceridad, con amor. Eran las palabras que ella había esperado que le dijera. En otras circunstancias, una alegría abrumadora la habría llenado ante sus palabras. En cambio, su angustia solo aumentó.

¿Por qué no podían haberse conocido en el futuro, cuando todo era mucho más seguro? ¿Por qué no podían existir en un tiempo y lugar donde simplemente pudieran... ser?

—Sé lo que estás pensando, muchacha —dijo Ciaran suavemente, alzando la mano para limpiar una lágrima de su rostro—. Y es por eso que necesito hacer lo que debo para limpiar mi nombre, sin importar cuán grande sea el riesgo. Es la única forma en que podemos estar juntos.

—¿Y si dejáramos Escocia? —preguntó Isabelle, su desesperación aumentando—. Empezar una vida en algún lugar nuevo. Yo podría seguir buscando a Fiona, y tú puedes seguir pensando en formas de limpiar...

—No —dijo él con firmeza—. No tomaré el camino del cobarde y viviré una vida huyendo. Mi hermano nunca dejará de perseguirme. Y si huimos, irá tras Gabhran, Lachaid, sus familias. Debo terminar con esto. Isabelle —continuó, su voz suavizándose—, quiero que seas mía, que seas mi esposa, que estés a mi lado siempre. Quiero darte la vida que te mereces. Como señora del Castillo Aitharne, esposa del laird. No como la novia de un forajido.

Isabelle se mordió el labio, dividida. Quería estar con Ciaran, más que nada. Pero no a costa de su vida. ¿Cómo podía no ver lo imprudente que era su plan, especialmente después de lo que acababa de pasar con Walrick? Había tantas cosas que podían salir mal.

—Sé cuán insensato parece mi plan, pero conozco a mi hermano. No quería ver cuán oscuro era, de lo que era capaz, pero ahora lo veo. Sé cómo provocarlo, cómo hacerlo reaccionar y decir lo que necesito que diga —dijo Ciaran.

—¿Y si fallas? —espetó Isabelle—. ¿Si te captura en cuanto pongas un pie en ese castillo y te mata?

—Entonces volverás a tu propio tiempo —dijo Ciaran sin vacilar, y la angustia la llenó—. Regresarás a tu vida y vivirás una larga. Encontrarás un hombre que... —su voz se quebró, y pareció forzarse a continuar—, que te ame y te dé la vida que te mereces.

Se fue antes de que ella pudiera protestar más. Isabelle cerró los ojos, parpadeando para contener las lágrimas.

Le tomó varios momentos calmarse y salir de la niebla de pánico. Cuando finalmente lo hizo, se unió a Ciaran y los demás en la segunda sala de estar. Se mantuvo en segundo plano, escuchando mientras revisaban el plan de Ciaran.

Ciaran planeaba regresar al Castillo Aitharne la noche siguiente, en medio de la noche para evitar ser detectado. Ramsey y algunos contactos de confianza los ayudarían a entrar al castillo y alertarían a otros dos nobles en quienes confiaban.

Isabelle observó de cerca a Gabhran y Lachaid mientras Ciaran hablaba, esperando que intentaran disuadirlo. Sin embargo, por las miradas de resignación en sus rostros, supo que habían aceptado su plan.

Isabelle tomó una respiración profunda y temblorosa. Ella también tendría que aceptarlo.

Cuando la reunión terminó y los hombres se dispersaron, Ciaran se acercó a ella.

—No voy a intentar hacerte cambiar de opinión —dijo Isabelle, al ver la expresión de cautela en su rostro—. Pero iré contigo mañana por la noche.

—No —dijo Ciaran rápidamente—. Es peligroso, y no voy a-

—Iré —repitió ella—. Y si pones un guardia en mi puerta para detenerme, saltaré por la ventana y te seguiré de todos modos. ¿Entendido?

Se preparó para más protestas, pero después de un largo silencio, Ciaran sonrió. Tomó su mano, llevándola a sus labios en un beso.

—Ahora sé que no debo intentar cambiar tu opinión, muchacha —murmuró—. ¿Cenarás a solas conmigo esta noche? He pedido a uno de mis hombres que lleve nuestra comida a mi cámara de invitados.

Isabelle comenzó a aceptar, pero se detuvo. ¿Era esto una especie de última cena? ¿Una última pausa antes de la ejecución?

—Siempre y cuando prometas que no será nuestra última cena juntos —susurró, con la garganta seca.

—No puedo prometer eso —dijo él, sus ojos oscureciéndose con tristeza—. Pero tienes mi palabra de que haré todo lo posible para asegurarme de que no lo sea.



CUANDO ISABELLE LLEGÓ a su cámara para cenar esa noche, dejó escapar un suave jadeo. Él se había esmerado en hacer su comida romántica, colocando velas adicionales en la habitación. La suave iluminación de las velas envolvía a Ciaran en un resplandor casi etéreo; se veía aún más apuesto con su túnica blanca parcialmente abierta y su kilt de tartán rojo. Sus ojos multicolores se llenaron de deseo mientras recorrían su cuerpo de pies a cabeza. Cruzó la habitación hacia ella, tomando sus manos entre las suyas.

—Casi estoy pensando en saltarnos la comida por completo, muchacha —dijo con voz ronca—. A la luz de las velas, pareces salida de un sueño.

La besó, atrayendo su cuerpo cerca del suyo y explorando su boca con su lengua. Isabelle se aferró a él, sin querer dejarlo ir, deseando poder prolongar este momento.

Pero se separaron a regañadientes, sentándose a su sencilla comida de estofado de verduras. Mantuvieron su conversación ligera; Ciaran parecía hacer todo lo posible por evitar hablar de su inminente enfrentamiento con Tavish. En su lugar, le preguntó cuáles eran sus libros favoritos, por qué había elegido ser maestra y más detalles sobre el futuro. Ella se rio cuando los ojos de él se abrieron de par en par al describirle las duchas calientes con detalle.

—¿Y estarías dispuesta a renunciar a tales maravillas para quedarte en esta época? ¿Conmigo? —preguntó con una sonrisa juguetona.

Isabelle tomó su mano y se inclinó hacia adelante.

—Sí —susurró—. A todo.

Una expresión cálida llenó su rostro, y se puso de pie.

—Cierra los ojos, muchacha —murmuró—. Quiero contarte otra fantasía.

Intrigada, Isabelle hizo lo que le pedía.

—Imagina... que estamos casados y acabas de convertirte en mi esposa.

Una explosión de alegría la llenó ante la idea. Escuchó a Ciaran moverse detrás de ella, sus grandes manos bajando para agarrar sus hombros. Su respiración se entrecortó cuando él alcanzó a bajar las mangas de su vestido, revelando sus hombros. Besó suavemente la piel expuesta.

—Hemos regresado a nuestra cámara después de las festividades.

Isabelle contuvo la respiración mientras él la ponía de pie. Permaneció completamente inmóvil mientras él lentamente la despojaba de su vestido, su túnica y su ropa interior, hasta que

estuvo desnuda frente a él.

—Y hemos estado hambrientos el uno del otro todo el día —susurró.

La giró para que lo enfrentara. Ella quería abrir los ojos, pero los mantuvo obedientemente cerrados mientras él le daba besos desde la garganta hasta el pecho.

—He estado duro por ti, y tú mojada por mí...

Isabelle jadeó cuando su boca se cerró alrededor de uno de sus pezones doloridos, y sus dedos se hundieron en su centro.

—Ciaran —susurró—. Por favor... ¿puedo abrir los ojos?

—Aún no, mi Isabelle —respondió. Ella gritó cuando él la levantó en sus brazos, y el calor la invadió cuando se dio cuenta de que debía haberse desvestido también; podía sentir su carne desnuda presionada contra la suya.

La bajó a la cama, y ella gimió cuando él se inclinó para besar sus piernas.

—Y una vez que te tengo en mi cama, comienzo a devorarte —gruñó. Isabelle apretó los puños, gimiendo mientras sus labios subían por sus piernas hasta la unión de sus muslos. Su lengua se hundió en su centro; él gimió—. Y sabes a cielo.

—Ciaran —jadeó, retorciéndose bajo su boca mientras sus ojos se abrían de golpe.

—Ojos cerrados —dijo suavemente, mordisqueando su muslo, y ella obedeció con un gemido de decepción.

Chispas de placer recorrieron su cuerpo mientras Ciaran continuaba deleitándose con ella hasta que ya no pudo contener su liberación. Mientras gritaba por la fuerza de su orgasmo, Ciaran besó la extensión de su abdomen, tomando cada uno de sus pechos en su boca mientras la succionaba.

—Ciaran, por favor —suplicó—. Quiero verte.

—Entonces mírame, muchacha —murmuró. Sus ojos se abrieron de golpe. Él se cernía sobre ella, sus ojos avellana infundidos de necesidad—. Mira al hombre que te ama... que daría su vida por ti.

Su respiración salió en un suspiro cuando él hundió su dura longitud dentro de ella. Comenzó a moverse, y ella lo envolvió con sus brazos y piernas, manteniendo sus ojos fijos en los suyos, queriendo memorizar cada momento de su amor, rezando para que esta vez no fuera la última.

CAPÍTULO 24



A lo lejos, el castillo Aitharne se alzaba como un faro oscuro. Mientras Ciaran cabalgaba hacia él, se dio cuenta de que nunca lo había visto desde la distancia en medio de la noche. Apenas podía distinguir su sólida silueta en la oscuridad, ya que estaba demasiado lejos para ver las antorchas que iluminaban las puertas principales. Era extraño regresar a su hogar de toda la vida como un forastero, con incertidumbre y peligro más allá de sus puertas en lugar de la comodidad que siempre había conocido.

Ciaran se volvió para observar a los hombres que cabalgaban con él... y a Isabelle. Era la mitad de la noche; habían pasado el día repasando su plan de ataque y asegurándose de que sus contactos en el castillo pudieran garantizarles un paso seguro al interior sin ser descubiertos. Isabelle había estado callada durante la mayor parte del día; él había esperado que su encuentro amoroso y sus esperanzas de un futuro compartido la hubieran calmado. En cambio, solo parecía haberla llenado de más ansiedad.

Ella encontró su mirada. Aunque podía ver el miedo que acechaba en las profundidades de sus ojos, y aferraba las riendas con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos, le dedicó una sonrisa temblorosa. Él se la devolvió, aunque su propio miedo se hinchaba en su pecho. Su temor no era por sí mismo; había llegado a un punto de aceptación. Su plan tendría éxito y derrotaría a su hermano, o fracasaría, y Tavish finalmente lo ejecutaría. Era así de simple.

Su miedo era solo por su Isabelle. Había hecho que Gabhran y Lachaid juraran ponerla a salvo si su hermano lo capturaba; también los había convencido de que lo dejaran atrás si su propia seguridad se veía comprometida. No dejaría que su hermano lastimara a ninguno de sus hombres.

Ciaran volvió a concentrarse en el castillo a medida que se acercaban. Además de él, Isabelle, Gabhran y Lachaid, diez hombres cabalgaban con ellos. El resto de los hombres cabalgaba a varias yardas detrás; permanecerían fuera de la vista más allá de los terrenos del castillo, acercándose solo si alguno de ellos daba la señal de ayuda.

Cabalaron hasta las puertas traseras. El corazón de Ciaran aceleró su ritmo mientras esperaban. Durante varios largos momentos, temió que sus contactos les hubieran fallado. Pero para su alivio, la puerta pronto se levantó.

Ramsey estaba allí, junto con Angus y dos guardias que aún le eran leales. Ramsey hizo un gesto para que Ciaran y los demás entraran, y así lo hicieron, llevando sus caballos a través del patio vacío y silencioso hasta los establos.

—Tavish está despierto y solo en su cámara —susurró Ramsey—. Hice lo que me pediste: hice que enviaran una carta a su cámara afirmando tener noticias de tu ubicación. La está leyendo ahora. Otros dos nobles ya están en la cámara contigua. Puede que no tengas mucho tiempo con

él, puede darse cuenta de lo que estás tratando de hacer.

Ciaran le dio un brusco asentimiento. Se volvió hacia Isabelle, quien se refugió en sus brazos, rodeándole el cuello con los suyos.

—Vuelve a mí —susurró ella, con los ojos brillantes de lágrimas—. Es una orden.

—Siempre —dijo él, inclinándose para darle un beso breve pero firme.

La soltó con reluctancia. Gabhran y Lachaid se adelantaron para estrecharle el hombro antes de irse con Isabelle y los demás. Los vio partir; debían esconderse en una cámara de invitados vacía desde la cual pudieran escapar fácilmente si las cosas salían mal.

Ramsey condujo a Ciaran al castillo por la parte trasera. Estaba silencioso y vacío a esa hora de la noche; Ciaran podía oír el eco de sus pasos por todo el amplio corredor mientras caminaba. Siguió a Ramsey por las escaleras de caracol hasta las cámaras residenciales. Una anticipación nerviosa llenó su pecho mientras se dirigían hacia la cámara al final del pasillo, la cámara que una vez había sido suya.

—Tan pronto como entres, haré que los otros nobles se reúnan fuera de la puerta. Asegúrate de dejarla parcialmente abierta para que podamos escuchar todo lo que se diga —susurró Ramsey.

Llegaron a la puerta de la cámara, y Ciaran le dio un asentimiento a Ramsey. Exhalando bruscamente, empujó la puerta y entró.



TAVISH ESTABA de pie en el centro de su cámara, con los ojos fijos en la carta en sus manos, utilizando la iluminación de la chimenea encendida para leer. Al principio no levantó la vista, pero cuando lo hizo, se quedó paralizado al ver a Ciaran. Sus ojos pasaron del asombro al miedo y luego a la furia.

—¡GUARDIAS! —rugió Tavish.

—He venido a entregarme, pero solo quiero hablar contigo a solas un momento primero —dijo Ciaran, levantando las manos en señal de rendición, aunque no deseaba nada más que golpear la cabeza asesina de su hermano con la empuñadura de su espada.

—No tengo nada que decirle a un asesino —escupió Tavish, apretando los puños a los costados—. ¡GUARDIAS...!

—¿Cuáles fueron las últimas palabras de nuestro hermano? —interrumpió Ciaran. Angus había logrado distraer a los guardias de Tavish por el momento, pero pronto regresarían. No tenía mucho tiempo.

Sus palabras tuvieron el efecto deseado. Tavish palideció, su rostro perdiendo todo color.

Bien, pensó Ciaran con amargura. *Espero que sientas algo de culpa en ese oscuro corazón tuyo.*

—¿Qué? —titubeó Tavish.

—Me has oído. Cuando lo mataste, ¿cuáles fueron sus últimas...?

—Yo no maté a Eoin —interrumpió Tavish, aunque sus ojos estaban llenos de tormento.

—¿Tanto me odias? —presionó Ciaran. Necesitaba seguir empujando, forzar a Tavish a salir de la avalancha de mentiras bajo la que se había enterrado—. ¿Como para asesinar a tu propio hermano? ¿No recuerdas lo que dijo nuestro padre en su lecho de muerte? Que nosotros tres hermanos éramos todo lo que teníamos. La única familia.

Un destello de emoción cruzó el rostro de Tavish, y Ciaran creyó —esperó— ver un atisbo de culpa.

—¿Quieres que tu muerte sea dolorosa, hermano? —siseó Tavish, su expresión volviéndose dura una vez más—. Sigue hablando y me aseguraré de que tu ejecución sea...

—Es tu envidia la que te hizo ignorar las palabras de nuestro padre —dijo Ciaran. Tomó aire, obligándose a continuar. Necesitaba empujar a Tavish hasta el límite—. Siempre he sido más fuerte que tú. Un mejor líder que tú. Ha sido así desde el principio. Incluso si no hubiera sido el primogénito, nuestro padre me habría preferido.

Tavish se quedó inmóvil, sus ojos encendiéndose de rabia.

—Eso no es cierto —espetó Tavish—. Todo te lo han dado en bandeja. ¡Te convertiste en laird solo por ser el primogénito!

—Pero fui aún más respetado como laird que tú —se burló Ciaran—. ¿Cómo crees que entré al castillo? ¿Que he evadido la captura durante tanto tiempo? Los sirvientes aún me son leales, al igual que tus hombres. No importa a cuántos mates o destruyas para llegar a mí, nunca cambiará tu inferioridad.

—¡Un verdadero líder hace lo mejor para su clan! —rugió Tavish—. Eoin era débil y tú solo te enfocabas en tu poder. Yo era el mejor para liderar, pero siempre ignorado. Contigo fuera del camino, Eoin habría sido el siguiente en la línea para liderar. Si no lo hubiera matado, el clan habría fracasado bajo su liderazgo. Eoin ni siquiera se defendió. Solo suplicó que le perdonara la vida. Y tú huiste, ¡incluso confesaste un asesinato que no cometiste en lugar de luchar! Yo soy el mejor líder para este clan, el mejor laird de este castillo. ¡Y hice lo que fue necesario para demostrarlo!

Una rabia ardiente abrasó el pecho de Ciaran. Debería haberse sentido triunfante; esta era la confesión que había esperado. Pero solo podía ver a Eoin en su mente, suplicando a Tavish que le perdonara la vida antes de ser cruelmente abatido.

Con un rugido feroz, Ciaran alcanzó su espada y cargó contra Tavish, justo cuando la puerta se abrió detrás de ellos. Ramsey y varios otros nobles del clan irrumpieron en la cámara, seguidos por Gabhran, Lachaid, Isabelle y los demás.

Pero Ciaran ya había alcanzado a su hermano, presionando su espada contra el centro de su pecho. Tavish se quedó inmóvil, sus ojos volando más allá de él hacia los otros nobles en la habitación.

—Tú... ¡tú planeaste esto! —gruñó Tavish—. Eres un traidor...

—Esa palabra, y muchas otras, se refieren a ti —siseó Ciaran. Levantó la hoja de su espada hasta el cuello de Tavish. Todo lo que tenía que hacer era hundir la hoja en su garganta y verlo desangrarse.

—¡Ciaran! —gritó Lachaid desde detrás de él—. Sé que quieres hacerlo, y tienes grandes razones. Pero no necesitas matarlo. Todos escuchamos su confesión.

Pero Ciaran era incapaz de moverse, su hoja aún presionada contra la garganta de Tavish. Tavish se había quedado inmóvil ahora, sus ojos fijos en los de Ciaran. Las palabras de Tavish seguían dando vueltas en la mente de Ciaran. *Suplicó que le perdonara la vida.* Tavish merecía la muerte por lo que había hecho.

—Él rogó —susurró Tavish—. El hermano que amabas y juraste proteger, me rogó que le perdonara...

—¡Ciaran! —gritó Gabhran—. Sabe que está atrapado y quiere que lo mates. ¡No le des lo que quiere!

—Ciaran.

Ciaran se congeló. Era la voz de Isabelle. Oyó sus suaves pasos cruzar la habitación hacia él. Los ojos de Tavish se oscurecieron al verla; debió haberla reconocido como la muchacha que

había fingido ser una viajera perdida en la mansión de Gabhran.

Ciaran no apartó los ojos de Tavish mientras Isabelle presionaba su mano contra su brazo.

—No eres un asesino. No eres Tavish —susurró ella—. Piensa en nuestro futuro. No podrás vivir tu vida con la conciencia tranquila si haces esto.

Ciaran tragó saliva, sus ojos ardiendo en los de Tavish. Ella tenía razón. Siempre había sabido, incluso durante sus días oscuros en el calabozo, que nunca sería capaz de matar a su propio hermano, por mucho que lo mereciera. Incluso Eoin, en su infinita bondad, no habría querido que Ciaran asesinara a Tavish en su nombre. ¿Y no sería un castigo mucho mejor para Tavish vivir sus días encarcelado, lejos del poder que siempre había deseado para sí mismo?

Bajó su espada. Isabelle lo alejó suavemente de Tavish mientras Gabhran y Lachaid se acercaban, tomando a Tavish por ambos brazos.

—Llévadlo a los calabozos —dijo Ciaran—. Y convocad una reunión de emergencia con los otros nobles.

Gabhran y Lachaid obedecieron, llevándose a un pálido y tembloroso Tavish fuera de la cámara. El alivio de Isabelle era palpable; apretó su mano mientras sus nobles se acercaban.

Ciaran cerró los ojos, tomando varias respiraciones entrecortadas. La rabia y la desesperación aún ardían dentro de él, pero de sus cenizas, un resquicio de esperanza comenzó a crecer, como el brote de una planta después de una feroz tormenta. Tenía a Isabelle a su lado, y había vuelto a casa.

Piensa en nuestro futuro, había dicho Isabelle. Uno brillante era posible; uno que Eoin habría querido para él.

—Mi laird —dijo uno de sus nobles, un hombre llamado Graham, haciéndole una respetuosa reverencia cuando abrió los ojos—. Se os ha agraviado enormemente y se os ha echado de menos. Esperamos ganar vuestro perdón. Bienvenido a casa.

CAPÍTULO 25



Los días siguientes a la confrontación con Tavish parecieron volar. Ciaran había instalado a Isabelle en su propia cámara privada adyacente a la suya, diciéndole que la trasladaría a la suya propia después de que se casaran. Su cámara era ridículamente grande, más del doble del tamaño de su propio apartamento en Chicago, y contaba con sus propias doncellas. Sus criadas la estudiaban con abierta curiosidad y se maravillaban de su extraña forma de hablar. Pero la trataban con respeto y amabilidad; sospechaba que simplemente estaban felices de que su señor hubiera regresado, aunque lo hubiera hecho con una muchacha que hablaba con un acento extraño.

Ciaran tenía muchos asuntos que atender después de que los nobles le devolvieran sus títulos. Tavish y los hombres que habían conspirado con él para inculpar a Ciaran, incluido Walrick, fueron encarcelados o exiliados. El propio Tavish fue condenado a cadena perpetua en las mazmorras de un viejo castillo en ruinas que había pertenecido a un tío de ellos en tierras lejanas de los Aitharne.

Después de que Tavish y sus conspiradores fueran tratados, Ciaran llevó a Isabelle ante los nobles y les informó que iban a casarse. Isabelle se preparó, esperando la avalancha de protestas, pero no hubo ninguna. Al igual que sus sirvientes, los nobles leales a él parecían tan aliviados de tenerlo de vuelta que habrían aceptado a cualquier mujer como su elección de novia.

—Tenéis nuestras felicitaciones —dijo Ramsey, haciendo un gesto de asentimiento a Isabelle—. Bienvenida al Clan Aitharne, Isabelle.

La alegría llenó el corazón de Isabelle ante la bienvenida, ante la idea de comenzar su vida con Ciaran.

Pero una sombra se cernía.

Era el asunto de Fiona y su absoluta falta de progreso en encontrarla. Tan pronto como se instalaron en el castillo, ella y Ciaran enviaron varios mensajeros a todos los rincones de las Highlands en busca de cualquier noticia o rumor sobre damas sajonas con acentos extraños como el suyo. Cuando pasó una semana sin noticias, la sombra se convirtió en una nube oscura, una que sabía que persistiría. ¿Cómo podría ser verdaderamente feliz hasta que estuviera segura de la seguridad de Fiona?

Pero su melancolía no persistió por mucho tiempo. Después de una quincena, uno de los mensajeros regresó con noticias. Se había enterado de que dos señores de un clan del norte, el Clan Macleay, se habían casado con novias sajonas. Novias que se rumoreaba que hablaban con acentos extraños.

—¿Sus nombres? —preguntó Isabelle al mensajero, con el corazón retumbando.

Y los nombres que le dijo casi la hicieron caer de rodillas con esperanza y alivio. Fiona... y

Kara. La otra mujer desaparecida.

Isabelle abrazó al sorprendido mensajero antes de correr al estudio de Ciaran. Él estaba en una profunda discusión con Lachaid, pero al ver a Isabelle, lo despidió.

—¿Qué sucede, muchacha?

—Tu mensajero la encontró —susurró Isabelle, con los ojos llenos de lágrimas—. Ha encontrado a Fiona.



EL CASTILLO MACLEAY estaba bastante lejos al norte del Castillo Aitharne. Enviaron una carta al norte alertando al señor de la visita de Isabelle. Ciaran insistió en que ella viajara en carruaje y en acompañarla.

—No es necesario que vengas conmigo —dijo ella—. Sé que tienes mucho que atender con el clan y tu...

—Mi error antes fue poner los asuntos del clan por encima de las personas que amaba —interrumpió Ciaran suavemente—. Esto es importante para ti, muchacha. Voy contigo.

Partieron justo después del amanecer la mañana siguiente de enviar su carta al Castillo Macleay, e Isabelle tuvo que apretar sus manos temblorosas en su regazo durante gran parte del viaje hacia el norte. ¿Podría esta novia sajona de Eadan Macleay ser su Fiona? ¿Y qué haría si no lo era? Alejó el pensamiento oscuro, optando por aferrarse a su esperanza en su lugar.

Cuando llegaron al Castillo Macleay —un orgulloso castillo de piedra gris con varias torres almenadas— un sirviente los recibió en el bullicioso patio y los condujo al gran salón.

Isabelle se quedó inmóvil cuando vio a las dos personas que esperaban por ellos. Un hombre alto y apuesto de cabello oscuro estaba de pie junto a... Fiona.

Por un momento Isabelle no pudo respirar, sin creer del todo que la noble mujer que estaba ante ella con un vestido verde esmeralda fuera su Fiona. Pero el cabello castaño y los cálidos ojos marrones eran los mismos, ojos que se llenaron de lágrimas al verla.

—¿Izzy? —susurró Fiona.

Isabelle dejó escapar un sollozo ahogado, y ambas se apresuraron hacia adelante, envolviéndose en un feroz abrazo.



—LO SIENTO POR HABERTE PREOCUPADO —dijo Fiona—. Era lo último que quería hacer.

Era más tarde ese mismo día. Isabelle y Fiona caminaban por los terrenos del castillo con los brazos entrelazados. Ciaran y Eadan las habían dejado solas para que se reconectaran, y Fiona se había ofrecido de inmediato a darle a Isabelle un recorrido por el Castillo Macleay, su nuevo hogar durante los últimos meses. Le contó todo lo que había sucedido desde que desapareció: su llegada al sótano del Castillo Macleay, enamorarse de Eadan, ayudarlo a lidiar con los ataques de otro clan. Le habló de la otra viajera que había conocido, Kara Forrester, ahora felizmente casada con el primo de Eadan, Ronan; vivían en una casa señorial no muy lejos del castillo.

Cuando Isabelle le contó a Fiona su propia historia de viajar en el tiempo y conocer a Ciaran, ella escuchó atentamente. Sacudió la cabeza con asombro cuando Isabelle habló de Kensa.

—Tiene que ser la misma mujer que vi en Aberdeen. Sospechaba que me estaba siguiendo.

—Debe haber sido ella —concordó Isabelle—. Justo antes de que yo llegara aquí, me dijo

que ninguna de las dos pertenecía al presente.

—Tenía razón —dijo Fiona—. Este es el lugar al que pertenezco.

Su mano se deslizó hacia su abdomen, y los ojos de Isabelle se abrieron de par en par.

—Fiona... —suspiró—. ¿Estás...?

—Estoy embarazada —confirmó Fiona, con una amplia sonrisa—. Aún es temprano, pero puedo sentirlo.

—Oh, Fiona —susurró Isabelle, abrazándola con fuerza. Solo había visto brevemente a Fiona y Eadan interactuar antes de que él las dejara solas, pero podía notar que estaban profundamente enamorados.

—Eadan estaba preocupado al principio. Casi insistió en que volviera al presente para tener al bebé, pero me negué. Está haciendo que traigan a las mejores parteras de Inverness y Edimburgo para asistir en el parto. Estaré en buenas manos.

—Felicidades —dijo Isabelle, radiante—. No puedo creer que vaya a ser tía.

—Claro que sí —dijo Fiona—. Espero que esto signifique que te quedarás. ¿Tú y Ciaran...?

—Lo amo —dijo Isabelle simplemente—. Cuando estaba de vuelta en mi tiempo, había una pesadez en mi corazón sin él. Volví no solo para encontrarte... sino por él.

—Lo sabía —dijo Fiona con una sonrisa—. Te miraba como si fueras la única mujer en el mundo. ¿Estoy invitada a la boda?

—Por supuesto —dijo Isabelle, apretando su mano—. Más te vale estar allí.

Ella y Fiona pasaron el resto del día charlando. Fiona la puso al día sobre los detalles de su vida diaria en el castillo, el tiempo que pasaba con Eadan, lo que extrañaba y no extrañaba de su propia época. Isabelle le contó a Fiona sobre sus planes futuros aquí; tenía la bendición de Ciaran para enseñar a leer a los niños de los trabajadores del castillo y de la aldea local.

—Puedo imaginarme haciendo una vida aquí —dijo, llenándose de entusiasmo ante la idea de enseñar de nuevo.

Cuando Isabelle habló de extrañar a Scott, discutieron la posibilidad de que intentara visitarlo en el futuro, o al menos enviarle cartas como Fiona había hecho con ella.

Pero esas eran preocupaciones para otro momento, y se centró en disfrutar su tiempo con Fiona. Permanecieron juntas hasta que cayó la noche, y Ciaran vino a buscarla para irse.

Abrazó a Fiona durante mucho tiempo antes de partir, y juraron visitarse mutuamente tan a menudo como fuera posible.

Mientras su carruaje se alejaba ruidosamente del castillo, Isabelle se retorció en su asiento para ver a Fiona y Eadan desaparecer detrás de ellos, con los brazos alrededor del otro y las manos levantadas en señal de despedida.

Una sensación de calma se apoderó de Isabelle. Había encontrado a su amiga; estaba feliz, segura y enamorada.

—¿Eres feliz? —preguntó Ciaran, cuando ella se volvió.

—Más feliz de lo que jamás pensé que sería posible.

—Bien —murmuró él, tomando su mano—. ¿Te casarás conmigo, Isabelle? ¿Serás mía para siempre?

Isabelle lo miró con una sonrisa desconcertada.

—Ya he aceptado ser tu esposa.

—No se habría sentido bien casarnos con la incertidumbre sobre el paradero de tu amiga. Ahora que sabes dónde está y que es feliz... puedes seguir adelante.

Isabelle alzó la mano para tocar el rostro apuesto de Ciaran, su corazón henchido. ¿Era posible amar a este hombre aún más de lo que ya lo hacía?

—Tienes razón —dijo, con alegría recorriéndola—. Y mi respuesta es sí, Ciaran. Seré tu esposa. Con el corazón abierto y claro. Por el resto de mis días.

CAPÍTULO 26



Actualidad
Edimburgo, Escocia

Niall despertó con un sobresalto.

Acababa de tener el mismo sueño que lo había atormentado durante los últimos meses. En el sueño, una hermosa mujer de cabello ondulado castaño rojizo y brillantes ojos verdes se le acercaba con una amplia sonrisa. Llevaba un vestido carmesí de manga larga y cintura alta, el tipo de vestido que usaban las mujeres nobles del siglo XIV. Una alegría inexplicable lo invadía cuando ella se acercaba, alegría que se mezclaba con una extraña sensación de temor.

Niall exhaló, pasando la mano por su cabello. Había varias versiones de este sueño. En algunas, la mujer parecía melancólica, en otras aterrorizada. Y en otras, su rostro estaba ruborizado de deseo.

Había intentado ignorar estos sueños persistentes, atribuyéndolos a una imaginación hiperactiva o a su falta de pareja romántica últimamente, pero seguían apareciendo.

Se levantó de la cama y salió de su dormitorio para dirigirse a la cocina de su espacioso ático. Mientras se preparaba una tetera de té, intentó racionalizar la recurrencia del sueño. Era historiador; un investigador que asesoraba a museos y bibliotecas sobre libros raros y colecciones de la época medieval. Provenía de un impresionante linaje de historiadores escoceses; su padre antes que él había sido un reconocido historiador, al igual que su abuelo.

Quizás estaba teniendo estos sueños debido a su último trabajo de consultoría con el Museo de Escocia sobre una exposición acerca de la vida de las mujeres en la Escocia medieval. O tal vez aún estaba pensando en su amigo Scott, un profesor de la Universidad de Edimburgo, que recientemente le había estado preguntando detalles sobre la vida en las Tierras Altas escocesas en el siglo XIV, sin querer revelarle el motivo de su repentino interés.

Pero en el fondo sabía que ninguna de estas razones era la causa. Había estado teniendo los sueños desde antes del trabajo de consultoría con el museo, y desde antes de que Scott empezara a bombardear su correo electrónico con preguntas históricas. Sospechaba que los sueños se trataban de algo más. Algo con lo que su familia había estado vinculada durante años.

La familia de Niall tenía la habilidad —aunque él personalmente lo llamaría una maldición— de viajar a través del tiempo. Su padre había viajado tan a menudo que había afectado su salud y finalmente lo había matado. Otros miembros de la familia murieron intentando alterar el curso de la historia, mientras que otros nunca regresaron de sus viajes y simplemente desaparecieron.

Pero Niall estaba decidido a no convertirse en uno de esos viajeros perdidos, obsesionados con el pasado. Siempre había estado determinado a permanecer firmemente en el presente, a

llevar a cabo su investigación histórica por medios honestos, a diferencia de su inescrupuloso padre. Nunca había viajado en el tiempo, ni había tenido el deseo de hacerlo... hasta los misteriosos sueños.

Sospechaba que la mujer de sus sueños era real, y que no era coincidencia que llevara ropa del siglo XIV.

Niall se sirvió una taza de té y se acercó a su gran ventanal. Era un bullicioso sábado por la noche y la gente se dirigía a los pubs. Observó todas las maravillas del siglo XXI: personas con sus teléfonos móviles, coches y taxis atascando las calles, farolas; incluso divisó un avión distante volando en lo alto. A pesar de su profesión, no sentía nostalgia por el pasado. Nunca había entendido la constante necesidad de su padre —y de otros miembros de la familia— de regresar al peligroso y oscuro pasado.

Pero los sueños recurrentes lo obligarían, continuando hasta que buscara a la misteriosa mujer.

Niall se apartó de la bulliciosa calle, con una cansada sensación de resolución asentándose en él. Sabía en sus entrañas que tendría que regresar al pasado, para descubrir quién era esta mujer... y por qué parecía llamarlo en sus sueños.



COMPRA La Novia de Niall (El Destino del Highlander Libro 2) ahora. Sigue leyendo para un breve extracto.

VISTA PREVIA DE LA NOVIA DE NIALL

Cuando el mundo volvió a estabilizarse a su alrededor, Niall se encontró encorvado en el suelo, agarrándose las rodillas y jadeando en busca de aire.

¿Montaña rusa de alta velocidad? Se sentía como si acabara de caer de un avión y se hubiera precipitado hacia la tierra en caída libre. Las náuseas le retorcieron el estómago y respiró profundamente varias veces antes de ponerse de pie tambaleándose.

Se encontraba en el borde de los terrenos de un extenso castillo de piedra, cuyas puertas delanteras estaban iluminadas por antorchas. Algún evento estaba teniendo lugar; carruajes y caballos entraban en tropel por sus puertas abiertas.

Se quedó paralizado. *Caballos y carruajes*. Una parte de él temía que aún se encontraría en la Escocia actual. Pero al observar los caballos, los carruajes y la vestimenta medieval de las personas que podía distinguir desde esa distancia, se dio cuenta de que, efectivamente, estaba en el pasado.

Pero, ¿en qué año? Entrecerró los ojos para mirar a los jinetes y los carruajes. Por el estilo de la ropa y los carruajes, calculó que era finales del siglo XIV o principios del XV.

—Mi señor, ¿qué hace aquí fuera?

Niall se giró para encontrarse con un hombre de pie detrás de él, con las cejas fruncidas en una expresión confusa. Parecía tener poco más de veinte años, con ojos marrones cálidos y cabello oscuro. Llevaba una túnica oscura y un kilt de cuadros con cinturón, bueno, lo que era el precursor del kilt, aunque se parecía bastante. Niall reconoció al instante el distintivo acento escocés. Reconocería el acento de las Highlands en cualquier parte, incluso uno que difiriera ligeramente del moderno. Una sensación de alivio lo invadió. Por la ropa del hombre y su acento, sabía que estaba en las Highlands escocesas. Solo tendría que hacer que su acento coincidiera lo mejor posible con el de los demás a su alrededor.

—¿Mi señor? —repitió el hombre—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Y por qué se ha cambiado de ropa? Usted es el invitado de honor.

Niall se quedó inmóvil, con el corazón retumbando en su pecho. De todos los escenarios que había imaginado, este no había sido uno de ellos. Su mente trabajaba a toda velocidad mientras pensaba qué hacer hasta que recordó algo que su padre le había dicho una vez sobre los viajes en el tiempo.

—Cuando todo lo demás falle, hijo —había dicho Ian O’Kean, con los ojos brillantes—, improvisa.

—Me perdí —dijo Niall, esperando haber logrado el acento—. Y... esta ropa me sentaba mejor.

El hombre se puso rígido, examinándolo de pies a cabeza con la mirada. *¿Lo logré?*, se

preguntó Niall con pánico. *¿O puede darse cuenta de que soy un intruso?*

Pero el hombre le dio un breve asentimiento.

—Los invitados están llegando... el festín comenzará pronto —dijo el hombre, girándose para dirigirse al castillo.

Niall supuso que debía seguirlo, y fue tras el hombre, respirando profundamente para calmar su pánico. El hombre lo condujo más allá de las puertas, a través de un bullicioso patio y pasando las grandes puertas dobles del castillo.

El historiador en Niall quería detenerse en seco y quedarse boquiabierto. Había estado en muchos castillos por toda Escocia e Inglaterra, pero en su época, la mayoría eran ruinas decrepitas de lo que una vez fueron. Este castillo estaba vibrante y lleno de vida. La luz de las velas y las antorchas iluminaban el interior, dominado por techos abovedados y suelos de piedra; el penetrante aroma de carnes y verduras asadas llegaba desde las cocinas al largo corredor, que bullía con las conversaciones de los muchos invitados que se dirigían hacia el gran salón.

Tuvo que forzarse a seguir al hombre, a mantener una expresión de neutralidad, mientras este lo conducía al gran salón.

—Ahí está —dijo el hombre, con una sonrisa casi burlona, señalando la mesa principal—. Tu prometida.

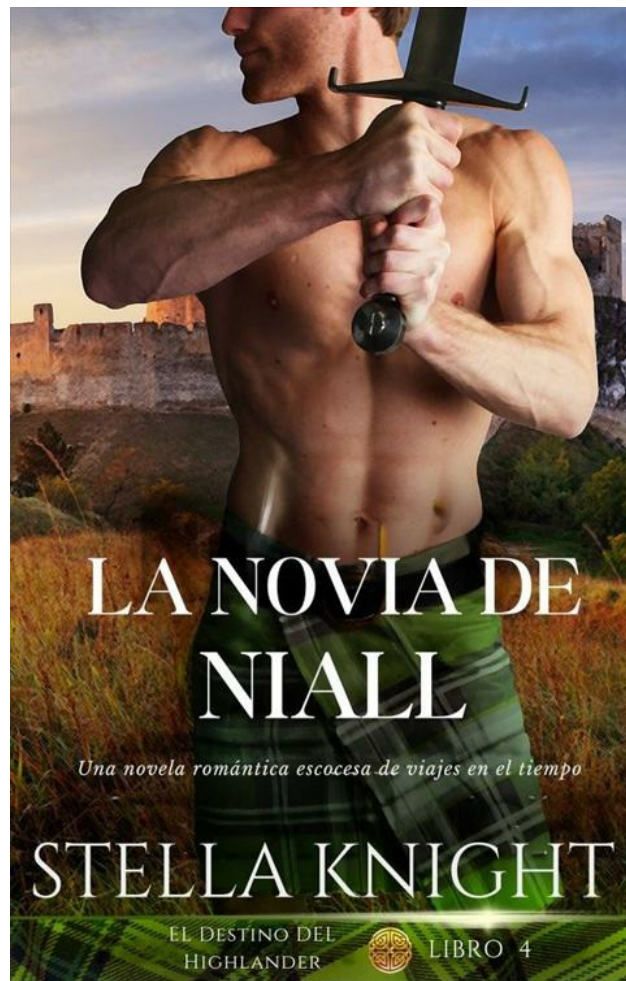
¿Mi prometida? El miedo lo atravesó mientras seguía la mirada del hombre, y su corazón se hundió en su pecho.

Era *ella*. La mujer con la que había estado soñando. Y era aún más hermosa en persona.

Largas ondas cobrizas enmarcaban su rostro en forma de corazón. Tenía ojos verdes profundos, facciones delicadas y femeninas, y llevaba un vestido verde esmeralda que realzaba el color de sus ojos. Podía distinguir la voluptuosa curva de sus senos bajo el corpiño de su vestido, y tragó saliva, su deseo despertando como un dragón dormido que vuelve a la vida.

Estaba bebiendo distraídamente de una copa de cerveza, con la mirada fija en la mesa frente a ella, pero se puso rígida, como si sintiera sus ojos sobre ella. Sus miradas se encontraron, y un leve y encantador rubor se extendió por sus mejillas. La excitación recorrió a Niall ante esa visión, y se le secó la boca. Era la mujer más hermosa que había visto jamás.

LA NOVIA DE NIALL



La historia continúa en LA NOVIA DE NIALL. ¡Consigue tu copia hoy!

TAMBIÉN DE STELLA KNIGHT

Serie El Destino del Highlander

El voto de Eadan
La cautiva de Ronan
El vínculo de Ciaran
La novia de Niall
La tentadora de Artair
El destino de Latharn

Serie El Destino del Highlander, Lairds de las Islas

El amor de Gawen
La promesa de Bhaltair
El honor de Domhnall

Novelas Cortas de El Destino del Highlander

Su destino highlander (novela corta precuela)
La hechicera de Toran

SOBRE LA AUTORA

Stella Knight escribe novelas románticas de viajes en el tiempo y romances históricos. Disfruta transportando a los lectores a diferentes épocas y lugares con héroes y heroínas vívidos y llenos de matices.

¡Mantente en contacto!
stellaknightbooks.com
stella@stellaknightbooks.com